VIOLETA DARK



LUCA

REDENCIÓN SANGRIENTA

SERIE ÉLITE CRIMINAL

LUCA: REDENCIÓN SANGRIENTA

SERIE ÉLITE CRIMINAL

LIBRO 2

VIOLETA DARK

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

© 2025 Violeta Dark
Todos los derechos reservados
Este libro está protegido por derechos de autor. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea digital, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Solo se permiten breves citas para reseñas literarias.

Gracias por estar al otro lado de estas páginas. Para una escritora no hay mayor regalo que compartir historias con sus lectoras.

Si deseas mantenerte al día con mis próximos lanzamientos, sígueme en Amazon escaneando **este código QR**

O pulsa AQUI

PRÓLOGO

LUCA

—No voy a entrar a la puta consulta de la loquera.

El Audi negro está aparcado frente al edificio de cristal y acero. La mañana es fría, el tipo de frío que hace que las cicatrices de mi espalda ardan como si estuviera de nuevo en aquel sótano. Quizás por eso estoy más irritable que de costumbre. O quizás porque odio la idea de que alguien intente hurgar en mi cabeza.

Renzo me mira desde el asiento del conductor con esa expresión que conozco demasiado bien. Es la misma que tenía cuando me encontró encadenado hace tantos años, la que dice que no va a ceder ni un milímetro.

—No es negociable.

Mi risa suena áspera incluso para mis propios oídos.

—Dispararé a todos los Genovese que quieras. Me meteré en cualquier puto infierno que necesites. Envíame a hacer el trabajo sucio, mándame a interrogar a quien sea. Pero no voy a tumbarme en un diván para que una psiquiatra me pregunte por mi infancia.

—Entonces no volverás a tocar un arma en tu vida.

La amenaza flota en el aire entre nosotros. Mi cuchillo encuentra el reposabrazos antes de poder contenerme, hundiéndose en el cuero italiano con un sonido satisfactorio. El olor a piel cortada llena el coche, mezclándose con la colonia cara de Renzo.

—¿Me estás jodiendo?

—Sabes que no —su voz es tranquila, pero hay acero bajo esa calma—. Te lo advertí después de lo de los Genovese. Después de lo que pasó en aquella mansión.

Los recuerdos de esa noche intentan abrirse paso en mi mente: sangre, gritos, el sonido de mis cuchillos encontrando carne una y otra vez. Sacudo la cabeza, intentando mantener a raya las imágenes.

Arranco el cuchillo del asiento con más fuerza de la necesaria. Renzo ni siquiera pestañea. Está demasiado acostumbrado a mis arranques como para

que le afecten.

—Si mato a la psiquiatra, ¿me dejarás volver al trabajo?

—El doctor Leone dice que es la mejor —responde, ignorando deliberadamente mi amenaza—. La ha elegido específicamente para ti.

Salgo del coche dando un portazo que hace que los cristales tiemblen. El frío de la mañana me golpea como una bofetada, pero apenas lo noto. Estoy demasiado ocupado conteniendo las ganas de sacar otro cuchillo y clavarlo en algo. O en alguien.

Renzo camina a mi lado mientras atravesamos el aparcamiento. Sus pasos son silenciosos, controlados, como todo en él. Los guardias que nos siguen mantienen una distancia prudencial. Saben que cuando estoy así, cualquier cosa puede hacerme estallar.

El edificio se alza frente a nosotros como un monstruo de cristal y acero. Demasiado elegante, demasiado moderno para ser la guarida de alguien que se dedica a hurgar en las mentes rotas de otros. La idea de entrar allí, de dejar que una extraña intente arreglar lo que lleva roto tanto tiempo... hace que mi piel se erice.

Nos detenemos frente a las puertas automáticas. El vestíbulo está desierto a esta hora, nuestros pasos resonando contra el mármol pulido. Una secretaria nos indica el camino hacia el ascensor con una sonrisa nerviosa. Probablemente puede oler el peligro que emano.

El ascensor nos lleva hasta la quinta planta en un silencio tenso. Renzo mantiene esa calma que siempre me ha sacado de quicio, como si llevarme a una loquera fuera lo más normal del mundo. El pasillo es todo paredes blancas y puertas cerradas, cada una con su placa dorada identificando al especialista que se esconde detrás.

Doctora K. Petrova, leo en una de ellas. Mi nueva carcelera.

Renzo se detiene frente a la puerta, su mano encontrando mi hombro en ese gesto que pretende ser tranquilizador. Como si algo pudiera calmarme cuando estoy así.

Pero entonces la puerta se abre y el mundo se detiene.

Es ella.

La mujer del baño turco. La que llevo tres semanas buscando por todo Nueva York. La que huyó cuando le ordené que me esperara.

Mi presa.

El destino tiene un sentido del humor jodidamente retorcido.

KATIA

Lo reconozco al instante.

¿Cómo no iba a reconocer a un gigante de metro noventa con tatuajes tribales y cicatrices que cuentan historias de violencia? La última vez que lo vi estaba inmóvil en el baño turco, como una antigua estatua de guerra entre la niebla densa. Recuerdo cómo me preocupó que llevara tanto tiempo allí dentro, cómo entré estúpidamente a comprobar si estaba bien.

El bolígrafo tiembla ligeramente entre mis dedos mientras finjo revisar su expediente. Años de entrenamiento para mantener el control se desvanecen bajo su mirada. El doctor Leone me lo ha enviado como un caso de estrés postraumático por servicio militar, pero mi instinto, ese que me ha mantenido viva todos estos años, grita que es mucho más que un simple veterano.

Por supuesto, él no finge no reconocerme. Sus ojos me devoran como aquella tarde, con esa intensidad que me hizo huir a pesar de su orden de esperarlo. La misma mirada que me persiguió mientras cambiaba de gimnasio, de rutinas, de vida... otra vez.

El aire en la consulta se vuelve denso, cargado de una electricidad que hace que se me erice la piel. Su aroma invade mis sentidos: cuero, metal y algo más oscuro, más peligroso. Y lo peor es que me atrae. Me atrae de una manera visceral que hace que me odie a mí misma, porque debería saber mejor que nadie que los hombres como él son precisamente el tipo de peligro del que llevo toda la vida huyendo.

Soy un imán para los problemas.

Miro el apellido en su ficha otra vez: Salvatore, Luca. El papel dice «veterano con TEPT», pero sus ojos... sus ojos me dicen que es mucho más peligroso que eso. Y lo que más me aterra no es el peligro que representa, sino darme cuenta de que, por primera vez en mi vida, una parte de mí no quiere huir.

CAPÍTULO 1

LUCA

Tres semanas antes

Me despierto de golpe, con el sabor del hierro aún en la boca. Sangre. Siempre sangre. Mis manos buscan instintivamente el cuchillo bajo la almohada, pero no está. Mierda. Alguien ha estado aquí mientras dormía.

La luz que se filtra entre las cortinas me dice que es media tarde. He vuelto a dormir todo el puto día. O lo que sea que haga cuando el doctor Leone me clava sus sedantes.

Me incorporo en la cama y el mundo da vueltas a mi alrededor. Tengo el cuerpo entumecido, como si hubiera corrido una maratón. O como si hubiera masacrado a toda una familia mafiosa.

Los recuerdos vienen en fogonazos. El niño. El guardia usándolo como escudo. Las cadenas invisibles apretando mi pecho. Y después... después solo hay rojo. Rojo en mis manos, rojo en mi ropa, rojo en mi mente.

—Joder —gruño mientras me paso las manos por el pelo. Está grasiento, pegajoso. ¿Cuánto tiempo llevo así?

La puerta de mi habitación se abre sin previo aviso. Solo hay tres personas en el mundo que se atreverían a entrar sin llamar, y dos de ellas son Renzo y Valentina.

—Buenos días, bella durmiente —el doctor Leone entra con su maletín negro, ese que he aprendido a odiar—. O debería decir buenas tardes.

Le lanzo una mirada que habría hecho correr a cualquier otro hombre. Leone ni se inmuta. Supongo que cuando has cosido tantas heridas de bala y has visto tanta mierda como él, un tipo inestable con resaca de sedantes no te impresiona demasiado.

—¿Cuánto tiempo llevo así? —pregunto mientras él saca su estetoscopio.

—Tres días —responde con esa calma profesional que me pone los nervios de punta—. Esta vez te superaste a ti mismo, Luca.

Tres días. Tres putos días inconsciente. Las imágenes vuelven a golpearme: Antonio Genovese suplicando mientras mi cuchillo encuentra su carne una y

otra vez. El sonido húmedo de las puñaladas. Mi propia risa mezclándose con sus gritos.

—Respira hondo —ordena Leone, colocando el frío metal contra mi pecho desnudo.

Obedezco mecánicamente. Mi cuerpo responde a las órdenes mientras mi mente sigue atrapada en la mansión Genovese. En aquel pasillo donde perdí el control. Donde el niño que fui hace tantos años tomó el control y decidió vengarse de todos los demonios que lo atormentaban.

—Tu corazón suena bien —comenta Leone mientras guarda el estetoscopio —. Físicamente estás perfectamente. Mentalmente...

—Estoy bien —le corto.

Su risa es seca, sin humor.

—Mataste a quince hombres con tus cuchillos. A algunos los apuñalaste más de veinte veces cuando ya estaban muertos. Y según Tony, le hablabas a fantasmas mientras lo hacías.

Aprieto la mandíbula tan fuerte que duele. No necesito que me recuerde lo que pasó. Estuve allí, por el amor de Dios. Aunque parte de mí no estaba realmente presente.

—¿Y qué? —gruño—. Eran enemigos. Hice mi trabajo.

Leone me mira como si fuera un puzle particularmente complicado.

—Renzo quiere hablar contigo. Está... preocupado.

Preocupado. La palabra me golpea más fuerte que cualquier puñetazo. Renzo, el hombre que me salvó de aquel sótano, el que me enseñó a convertir mi dolor en un arma, está preocupado por mí. No asustado. No enfadado. Preocupado.

—Dile que entre —murmuro, pasándome una mano por la cara. Necesito una ducha y un afeitado, pero primero tengo que enfrentar esto.

Leone asiente y sale de la habitación. Aprovecho esos minutos para ponerme unos vaqueros y una camiseta negra. Mis movimientos son mecánicos, como si mi cuerpo funcionara en piloto automático. Cuando Renzo entra, estoy sentado al borde de la cama, intentando parecer más entero de lo que me siento.

Su mirada gris me estudia desde la puerta. Lleva uno de sus trajes negros perfectos, sin una arruga, sin una mancha. Como si no hubiera estado en

medio de una masacre hace tres días. Como si no hubiera tenido que arrastrarme fuera de allí mientras yo seguía intentando apuñalar cadáveres.

—¿Cómo te encuentras? —su voz es tranquila, controlada. Siempre controlada.

—Como si me hubiera atropellado un camión —respondo con una sonrisa torcida—. Pero sobreviviré.

Se acerca y se sienta a mi lado. El colchón apenas se hunde bajo su peso. Permanecemos en silencio un momento, hombro con hombro. Es algo que hacemos desde que éramos críos: sentarnos juntos cuando las palabras son demasiado difíciles.

—Lo que pasó en la mansión Genovese... —empieza.

—Lo sé —le interrumpo—. Me pasé de la raya. Lo siento.

Renzo suspira, y ese pequeño sonido contiene más cansancio del que le he escuchado nunca.

—No se trata de pasarse de la raya, Luca. Se trata de que perdiste el control completamente. Y no es la primera vez.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Porque tiene razón, joder. No es la primera vez. Ha habido otros episodios, otros momentos en que mi mente vuelve a aquel sótano y mis manos actúan por cuenta propia.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunto, y odio el tono defensivo de mi voz —. ¿Que deje de ser quien soy? ¿Que finja que no me torturaron durante meses? ¿Que no veo sus caras cada vez que cierro los ojos?

—Quiero que busques ayuda —su voz es firme pero gentil—. Profesional.

Me levanto de un salto, incapaz de quedarme quieto. La idea de hablar con un desconocido sobre lo que me pasa, sobre lo que veo en mis pesadillas, hace que mi piel se erice.

—¿Un loquero? ¿En serio? —mi risa suena áspera incluso para mis propios oídos—. ¿Qué se supone que le voy a contar? ¿Que soy el sicario de una familia mafiosa? ¿Que disfruto cortando a la gente en pedazos?

—Leone conoce a alguien —Renzo sigue sentado, imperturbable—. Una especialista en estrés postraumático. Trabaja con veteranos, gente que ha visto cosas que nadie debería ver.

—No soy un puto veterano —escupo las palabras—. Soy un monstruo, Renzo. Lo sabes tan bien como yo.

Se levanta entonces, y aunque soy más alto que él, su presencia llena la habitación de una manera que hace que me sienta pequeño.

—Eres mi hermano —dice con esa voz que no admite discusión—. Y si tengo que obligarte a buscar ayuda para mantenerte a salvo de ti mismo, lo haré.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. Puedo sentir la ira burbujeando bajo mi piel, mezclándose con algo más oscuro, más peligroso. Pero no es Renzo quien despierta esos sentimientos. Es el miedo. El puto miedo a lo que pueda encontrar un profesional si escarba demasiado profundo en mi cabeza.

—No puedes obligarme —digo finalmente.

Su sonrisa es pequeña, triste.

—No puedo obligarte a hablar, no. Pero puedo prohibirte volver a tocar un arma en tu vida hasta que lo intentes.

La amenaza flota entre nosotros, pesada como plomo. Mis armas. Mis cuchillos. Lo único que me mantiene cuerdo, irónicamente.

—¿Me estás jodiendo? —siseo.

—Sabes que no —responde con calma—. Leone está tratando de convencer a esta especialista. Estamos preparando todo: historial médico falso, documentos, coartadas. Todo para que puedas presentarte como un veterano con estrés postraumático.

Quiero romper algo. Quiero gritar. Quiero hundir mi puño en la pared hasta sentir que los huesos se astillan. Pero la mirada de Renzo me ancla, me recuerda quién soy cuando no estoy perdido en la locura.

Su hermano de corazón. El hombre en quien confía para proteger a su familia. El que juró lealtad sobre la tumba de sus padres.

—Tres sesiones —acepto finalmente, las palabras sabiendo a ceniza en mi boca—. Pero que quede claro: ningún loquero va a arreglarme. Nadie puede.

Renzo asiente, y por un momento veo alivio en sus ojos. ¿Tanto le preocupo?

—Programaremos la primera cita lo más pronto posible —dice mientras se dirige a la puerta—. Leone te dará los detalles.

Cuando se va, me quedo solo con el silencio y los fantasmas que nunca me abandonan. Me dejo caer en la cama, exhausto de repente. Tres sesiones. Puedo sobrevivir a eso. Puedo sentarme frente a alguna estirada con título y soltar las mentiras necesarias.

Pero una parte de mí, esa que solo reconozco en las noches más oscuras, se pregunta qué pasaría si por una vez dijera la verdad. Si confesara que a veces disfruto perdiendo el control. Que hay una parte de mí que se siente viva solo cuando estoy cubierto de sangre ajena.

Cierro los ojos y veo el rostro de Antonio Genovese contorsionado de terror. Oigo sus súplicas. Siento la resistencia de su carne bajo mi cuchillo.

Y lo peor es que, incluso ahora, no siento remordimiento.

Quizás Renzo tiene razón. Quizás estoy más jodido de lo que pensaba.

CAPÍTULO 2

KATIA

Las pesadillas siempre huelen a colonia barata y vodka. Incluso veinte años después, ese olor me persigue desde las sombras, avisándome de que esta noche tampoco dormiré.

Abro los ojos a las 4:47 de la madrugada, con el pulso desbocado y la piel húmeda de sudor. Ni siquiera grito ya. Aprendí a sufrir en silencio cuando era una niña de siete años encadenada a una tubería oxidada. Algunas lecciones nunca se olvidan.

Me levanto sin encender la luz. Conozco cada rincón de este apartamento, cada posible ruta de escape, cada objeto que podría convertirse en un arma. Es el tercer piso que alquilo en dos años. Nunca me quedo más tiempo. Nunca me permito crear raíces.

La ducha caliente lava el sudor, pero no los recuerdos. Mientras el agua cae sobre mi piel, recito mentalmente los nombres de mis pacientes del día. Veteranos con ojos vacíos que han visto demasiado. Supervivientes de violencia que se sobresaltan con cada ruido repentino. Gente rota que intento recomponer mientras mis propios pedazos siguen desperdigados.

A veces me pregunto si los ayudo porque realmente creo en la curación, o si es mi forma de expiar una culpa que no debería sentir. La culpa de ser la única que sobrevivió.

A las 5:30 estoy en el gimnasio del edificio. Nadie más madruga tanto, lo que me da una hora de soledad para golpear el saco hasta que mis nudillos protestan. Cada golpe es una afirmación: sigo aquí, sigo luchando, sigo viva. El dolor físico siempre ha sido más fácil de manejar que el otro, el que se esconde en los rincones oscuros de mi mente.

La rutina es mi armadura. Café negro, tostada integral, revisión de notas clínicas. Ropa profesional pero discreta: pantalón negro, blusa azul marino, blazer oscuro. Nada que llame la atención. El pelo rubio recogido en un moño bajo. Maquillaje mínimo que oculta las sombras bajo mis ojos. Perfume suave que nunca, jamás, lleva notas de vodka.

Mi consulta está en un edificio moderno del centro, con seguridad en la entrada y cámaras en cada pasillo. Lo elegí precisamente por eso. Las paredes son de un verde suave que, según los estudios, reduce la ansiedad. Mi escritorio siempre está entre el paciente y la puerta. Otra lección que nunca olvido: siempre necesitas una ruta de escape.

El primer paciente llega a las 8:00. Robert, marine retirado, tres tours en Afganistán. Pesadillas, flashbacks, ataques de pánico. Se sobresalta cuando la secretaria deja caer un bolígrafo. Reconozco el miedo en sus ojos porque es el mismo que veo en mi espejo cada mañana.

—¿Cómo ha ido la semana, Robert? —pregunto con una sonrisa que he practicado hasta la perfección: profesional pero cálida, cercana pero no invasiva.

—Dormí tres horas seguidas el martes —responde, y en su voz hay un orgullo tímido que me encoge el corazón—. Sin pastillas.

—Eso es un progreso enorme —digo, y lo es. Tres horas de paz en un mar de tormentas. Sé exactamente lo que significa.

Las sesiones se suceden. Cada historia diferente, cada trauma único, y, sin embargo, tan similar. El cerebro humano reacciona al horror de formas predecibles. El cuerpo recuerda lo que la mente intenta olvidar.

Entre pacientes, reviso mi teléfono. Tres llamadas perdidas de un número desconocido. La inquietud se instala en mi estómago como una piedra fría. Podría ser cualquier cosa. Un número equivocado. Un teleoperador. O podría ser *él*, encontrándome después de todos estos años.

La paranoia es mi fiel compañera. Me ha mantenido viva.

A las 14:00, mientras como una ensalada en mi despacho (nunca en lugares públicos, nunca con la espalda hacia la puerta), escucho unos golpes en la puerta. Tres toques rápidos, pausa, dos más lentos. La señal.

—Adelante, Mark —digo, y algo en mi interior se relaja ligeramente.

Mark Donovan entra con su traje perfectamente planchado y esa sonrisa que nunca llega a sus ojos. Lleva siendo mi oficial de contacto del FBI desde hace cinco años, el más longevo de todos. A veces pienso que es lo más parecido a un amigo que tengo.

—¿Cómo está mi psicóloga favorita? —pregunta mientras se sienta frente a mí.

—Ocupada —respondo, ofreciéndole una manzana que rechaza con un gesto—. ¿Es una visita rutinaria o hay algo que deba saber?

Sus ojos recorren mi despacho, deteniéndose en la ventana, en los conductos de ventilación, en las esquinas. Buscando amenazas invisibles, micrófonos, cámaras ocultas. Es un ritual que conozco bien.

—Rutinaria —dice finalmente—. Y quería ver cómo estabas. Te has saltado nuestro café semanal.

Es cierto. Cancelé nuestra reunión habitual hace unos días. La ansiedad ha estado peor últimamente, aunque no sabría explicar exactamente por qué.

—He estado ocupada —repito, y ambos sabemos que es una excusa.

Mark me estudia con esos ojos que han visto demasiados casos como el mío. Testigos protegidos que eventualmente se rompen bajo el peso del miedo constante, de la soledad impuesta.

—Katia —su voz se suaviza—. ¿Hay algo que no me estás contando?

—No —respondo, y esta vez es verdad. No hay nada específico, solo esta sensación constante de que algo se acerca. La misma que he tenido durante veinte años—. Todo está bajo control.

Mark asiente, pero veo la preocupación en sus ojos.

—Has cambiado tu rutina otra vez. Nuevo horario en la consulta, nuevas rutas...

—Rotación preventiva —respondo con una sonrisa tensa—. Ya sabes que nunca mantengo las mismas rutinas demasiado tiempo.

—Lo sé —concede—. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

Estoy a punto de responderle cuando mi teléfono suena. Número desconocido, el mismo de las llamadas perdidas. Mark lo nota.

—¿Esperas alguna llamada? —pregunta, tensándose visiblemente.

—No —respondo, mirando fijamente el teléfono que sigue sonando.

Mark hace un gesto con la cabeza.

—Contesta. Pondré el rastreador.

Asiento mientras él saca discretamente un dispositivo de su bolsillo. Con un movimiento practicado, activo el altavoz.

—Doctora Petrova —respondo con voz profesional.

—Buenas tardes, doctora. Soy el doctor Leone —la voz al otro lado es masculina, con un ligero acento italiano—. Espero no molestarla.

Mark y yo intercambiamos una mirada. Él niega con la cabeza: no conoce el nombre.

—¿En qué puedo ayudarle, doctor Leone? —mantengo el tono neutro mientras observo a Mark teclear rápidamente en su teléfono, probablemente buscando información sobre mi interlocutor.

—Me gustaría consultarle sobre un caso... especial —hay una breve pausa —. Soy médico de una familia privada y tengo un paciente que necesita ayuda psicológica urgente. Estrés postraumático severo, con episodios disociativos y violentos.

Mi mente profesional se activa automáticamente, pero la superviviente en mí está en alerta máxima.

—¿Puedo preguntar quién le ha dado mi contacto? —inquiero.

—El doctor Friedman, de la Asociación de Veteranos. Me dijo que es usted la mejor especialista en casos... complicados.

Conozco a Friedman. Es legítimo. Pero algo en esta llamada me inquieta.

—Comprendo —digo lentamente—. ¿Podría darme más detalles sobre el paciente?

—Preferiría hacerlo en persona —responde Leone—. Es un caso delicado. La familia para la que trabajo valora mucho su privacidad. Podríamos reunirnos en un lugar público de su elección.

Mark me hace un gesto afirmativo. El doctor Leone parece ser quien dice ser, según lo que sea que esté viendo en su teléfono.

—Tengo la agenda completa esta semana —miento, ganando tiempo—. Quizás la próxima...

—Le pagaremos el triple de su tarifa habitual —interrumpe Leone—. Y cubriremos cualquier gasto adicional que considere necesario para la seguridad del tratamiento.

El triple. La cifra resuena en mi cabeza. Con ese dinero podría permitirme otro traslado, quizás incluso fuera del estado. Lejos de las sombras que últimamente siento que me observan.

Mark asiente discretamente. Cree que debería aceptar.

—Podríamos reunirnos mañana —concedo finalmente—. En la cafetería del MoMA, a las 11:00.

—Perfecto —la satisfacción en su voz es palpable—. Llevaré un ejemplar de «El hombre en busca de sentido» para que pueda identificarme.

—Yo llevaré una bufanda azul —respondo, siguiendo el juego de las señales de reconocimiento.

Cuando cuelgo, Mark ya está guardando su dispositivo.

—El doctor Alessandro Leone —informa—. Médico legítimo, especializado en trauma y medicina de emergencia. Sin antecedentes. Tiene una pequeña consulta privada, pero según nuestros registros, trabaja principalmente para clientes exclusivos.

—No voy a aceptar el caso —digo, más para convencerme a mí misma que a Mark.

—Deberías considerarlo —responde, sorprendiéndome—. Triple tarifa, Katia. Y son italianos. No estaría mal que por una vez bajases un poco la guardia.

¿Me he vuelto demasiado paranoica?

Lo considero en silencio. El dinero sería útil. Muy útil. Y Mark tiene razón: si son italianos, no tienen conexión con mi pasado. No saben quién soy realmente.

—Lo pensaré —concedo finalmente.

Cuando Mark se va, me quedo mirando por la ventana. El cielo de Nueva York está nublado, amenazando tormenta. Me pregunto si es un presagio.

La tarde transcurre en una nebulosa de sesiones y notas clínicas, pero mi mente está dividida. Una parte sigue siendo la doctora profesional que mis pacientes necesitan. La otra está de vuelta en aquel sótano de Moscú, escuchando las risas de hombres borrachos mientras decidían qué hacer con la hija de siete años del traidor.

El recuerdo llega sin avisar, como siempre. Estoy revisando mis notas del día cuando de repente ya no estoy en mi despacho.

El frío. Eso es lo que más recuerdo. Un frío que se metía en los huesos y no salía nunca. La tubería a la que me encadenaron estaba helada, y el metal de las esposas me quemaba la piel de las muñecas.

«Mira a la princesita», decía uno de ellos en ruso, su aliento apestando a vodka. «Tan orgullosa como su padre».

No lloraba. Había aprendido que llorar solo los divertía más. Me quedaba muy quieta, como un ratoncito esperando que la serpiente se olvide de él.

«¿Sabes lo que le hicimos a tu papá, princesita?», preguntaba otro, agachándose hasta que su cara quedaba a centímetros de la mía. «¿Quieres ver las fotos?»

Y entonces sacaban esas polaroids. Imágenes que ninguna niña debería ver. Imágenes que siguen apareciendo en mis pesadillas veinte años después.

Lo peor no eran las burlas y el hambre. Era la espera. Horas, días enteros, sin saber si volverían para matarme o para algo peor. El sonido de sus botas en las escaleras hacía que mi corazón se detuviera cada vez.

Y luego, un día, llegaron hombres diferentes. Disparos. Gritos. Alguien rompiendo mis cadenas. Un hombre con uniforme del FBI envolviéndome en una manta, susurrando que todo había terminado, que estaba a salvo.

Mentira. Nunca he vuelto a estar a salvo.

El sonido del teléfono me devuelve al presente. Parpadeo varias veces, desorientada. Mi cuerpo está tenso, las manos agarrando los reposabrazos de mi silla con tanta fuerza que los nudillos están blancos.

Es mi último paciente, cancelando. Debería sentirme aliviada por terminar antes, pero la perspectiva de volver a mi apartamento vacío, con sus sombras y sus fantasmas, no resulta reconfortante.

Mañana tengo la reunión con el doctor Leone. Y esta noche... esta noche probaré el nuevo gimnasio que Mark me recomendó hace semanas. El gimnasio de mi edificio no tiene piscina y yo necesito perderme en el agua. En la usencia de sonido. Necesito el ejercicio para calmar mi mente, para cansarme lo suficiente como para, quizás, dormir sin pesadillas.

Mientras recojo mis cosas, mi mente vuelve a la oferta del doctor Leone. Triple tarifa. Un paciente con TEPT severo y episodios violentos. Un desafío

profesional, sin duda. Y el dinero... el dinero significaría algo de tranquilidad. Al menos temporalmente.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Mark: «Vigilaré tu espalda mañana.»

Suspiro mientras cierro mi despacho. Veinte años huyendo. Veinte años construyendo identidades que abandono como piel muerta. Veinte años esperando que un día, tal vez, pueda dejar de mirar por encima del hombro.

Quizás este trabajo sea solo otro paso en ese camino interminable. O quizás, por una vez, sea algo diferente.

CAPÍTULO 3

LUCA

Golpeo el saco con toda la furia que me consume por dentro. Una, dos, veinte veces. Mis nudillos ya sangran, pero el dolor es bienvenido. Es real, tangible, algo que puedo entender. No como la puta locura que me devora desde dentro.

El gimnasio está casi vacío a esta hora. Es el tipo de lugar donde nadie hace preguntas si apareces con cicatrices nuevas cada semana o si destrozas un saco de boxeo en un ataque de ira.

Izquierda, derecha, gancho. Repito la secuencia hasta que mis músculos arden y el sudor empapa mi camiseta. La conversación con Renzo sigue taladrándome la cabeza. *«Eres mi hermano... prohibirte volver a tocar un arma...»* Sus palabras me persiguen como cuchillos clavados en mi espalda.

Un loquero. Una puta terapeuta. Como si hablar de mis demonios fuera a silenciar los gritos que escucho cada noche.

El saco se balancea violentamente cuando conecto un último golpe que hace que las cadenas amenacen con romperse. Me quedo inmóvil, respirando como un animal herido, dejando que el agotamiento físico adormezca mi mente por un momento.

—¿Quieres destrozar el gimnasio entero o solo el saco? —pregunta Pietro, el entrenador, mientras se acerca con una toalla.

Sonrío sin humor. Si supiera que he destrozado cosas mucho más valiosas que su puto saco... que mis manos han arrancado vidas con la misma facilidad con que ahora tomo la toalla que me ofrece.

—Día complicado —respondo, secándome el sudor que me cae a chorros por el rostro.

Pietro asiente, sin insistir. Otra ventaja de este lugar: la discreción tiene precio, y Renzo paga bien.

—El baño turco está libre —comenta—. Te vendría bien para esos músculos. Pareces una bomba a punto de estallar.

La idea de sentarme quieto, encerrado en un espacio pequeño, hace que mi piel se erice. Las paredes estrechas, el calor... demasiado similar a aquel sótano.

Pero quizás el vapor logre lo que el ejercicio no ha conseguido: callar las voces, apagar el zumbido constante en mi cabeza, esa electricidad estática que precede a mis episodios.

—Gracias —murmuro, dirigiéndome a los vestuarios.

La niebla me golpea como una pared en cuanto abro la puerta del baño turco. Es una habitación circular de mármol, con bancos en diferentes niveles y una luz tenue que apenas permite distinguir las formas. La condensación forma gotas que resbalan por las paredes como lágrimas. Como sangre diluida.

Me dejo caer en el banco más alto, apoyando la espalda contra la pared caliente. Cierro los ojos y trato de concentrarme en mi respiración, como me enseñó aquel monje tibetano antes de que intentara matarme. Inhala. Exhala. Cuenta hasta cuatro. Repite.

No funciona. Nunca funciona realmente. Los recuerdos se filtran como veneno en mis venas. El niño en la mansión Genovese. Su mirada de terror cuando el guardia lo usó como escudo. Tan similar a mi propio terror cuando tenía su edad, encadenado en aquel sótano, sintiendo cómo el cuchillo se hundía en mi piel una y otra vez...

Aprieto los puños hasta que mis nudillos crujen. La rabia y el miedo se mezclan en mi estómago como ácido corrosivo. ¿Cómo voy a contarle esto a una desconocida? ¿Cómo explicar que a veces disfruto causando el mismo dolor que me atormentó?

El tiempo pierde significado en la densa niebla del baño turco. Los minutos se estiran como goma de mascar, pegajosos y sin forma. Mi mente flota en ese espacio entre la vigilia y algo más oscuro, más primitivo. Un lugar donde no hay pasado ni futuro, solo el pulso de la sangre en mis sienes.

Y entonces lo siento.

Una presencia que electrifica el aire. Mis sentidos, afilados por años de supervivencia, se activan como un depredador que huele a su presa. Mantengo los ojos cerrados, pero todo mi cuerpo vibra en alerta. Alguien me observa.

No necesito abrir los ojos para saberlo. Hay algo en el aire que cambia cuando entra, como si trajera consigo una corriente eléctrica que despierta cada terminación nerviosa de mi piel. Puedo sentir su mirada recorriendo mi cuerpo, deteniéndose en mis cicatrices, en los tatuajes que intentan ocultarlas.

—Disculpe —su voz rompe el silencio como cristal quebrándose—. ¿Se encuentra bien?

Abro los ojos lentamente, y el mundo se detiene.

A través del vapor, la veo como una aparición. Rubia, con el pelo húmedo cayendo en ondas salvajes alrededor de un rostro que parece esculpido por manos divinas. Su piel brilla con gotas de agua que resbalan como diamantes líquidos por su cuello, por sus hombros, perdiéndose en el escote de un bañador negro que abraza cada curva como una segunda piel.

Pero son sus ojos los que me atraviesan como un relámpago. Verde grisáceo con motas doradas. Ojos que han visto demasiado. Ojos que reconocen el dolor porque lo han sentido en carne propia.

Mi corazón, ese músculo que creía dormido, da un vuelco salvaje en mi pecho.

—Lleva aquí casi cuarenta minutos —continúa, y su voz tiene un acento ligero que no puedo ubicar, pero que hace que cada palabra se deslice como seda sobre mi piel—. Le he visto cuando entré a las piscinas y sigue en la misma posición. Me preocupaba que pudiera deshidratarse o...

Se interrumpe, y veo cómo su mirada profesional se transforma en algo más. Algo que hace que el calor del baño parezca una brisa fresca en comparación con lo que empieza a arder en mi interior.

—Estoy perfectamente —respondo, mi voz más ronca y profunda de lo normal, como si hubiera pasado años sin usarla.

Ella asiente, pero no se mueve. Sus ojos me estudian con una intensidad que me desnuda más que el calor del baño. Hay cautela en su mirada, pero también algo más... una chispa de reconocimiento, como si de alguna manera supiera lo que soy, sin necesidad de palabras.

El vapor se arremolina entre nosotros, creando un velo translúcido que hace que parezca una fantasía, una alucinación nacida del calor y mi mente retorcida. Pero el pulso que late visiblemente en su garganta me dice que es real. Tan real como el deseo que comienza a despertar en mí con una violencia que me sorprende.

—¿Eres médico? —pregunto, incorporándome ligeramente, consciente de cómo su mirada sigue el movimiento de mis músculos bajo la piel.

Un destello de sorpresa cruza su rostro, como un relámpago en una noche oscura.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por cómo me miras —respondo, sintiendo cómo mis labios se curvan en una sonrisa depredadora—. Como si estuvieras diseccionando cada parte de mí, catalogando cada cicatriz, cada sombra bajo mis ojos.

Una sonrisa fugaz aparece en sus labios, pero no llega a sus ojos. Esos ojos que parecen guardar secretos tan oscuros como los míos.

—Algo así —responde evasivamente—. La costumbre, supongo.

Hay algo en ella que me resulta inquietantemente familiar. No su rostro, que estoy seguro jamás habría olvidado, sino su lenguaje corporal. La forma en que se mantiene cerca de la salida. Cómo sus ojos recorren constantemente la habitación, evaluando riesgos. La tensión controlada en sus hombros.

Es como mirarme en un espejo. Un espejo que refleja mi alma rota en un cuerpo diferente.

—Entra —le digo, y suena a lo que es: una orden que espero sea obedecida —. El vapor es bueno para calmar los músculos después del ejercicio.

No sé qué me está pasando con esta mujer.

Veo el conflicto en sus ojos, una batalla tan feroz que casi puedo oír el choque de espadas. Parte de ella quiere huir, lo leo en la forma en que sus dedos se tensan sobre el marco de la puerta. Pero otra parte... otra parte está magnetizada.

—Prefiero no molestar —responde, pero su voz tiembla ligeramente, traicionando sus palabras.

—No molestas —insisto, bajando deliberadamente mi tono hasta convertirlo en una caricia áspera—. Al contrario.

Se muerde el labio inferior, un gesto inconsciente que envía una descarga de calor abrasador directamente a mi entrepierna. Joder, ¿qué me está pasando? No reacciono así ante desconocidas. El sexo para mí es mecánico, una forma de liberar tensión, no... esto. Esta necesidad visceral, casi dolorosa, de acercarme, de descubrir qué secretos esconde detrás de esa mirada que parece haberlo visto todo.

Finalmente, entra. El aire cambia inmediatamente, cargándose de una electricidad casi palpable. Se sienta en el banco más bajo, lo más lejos posible

de mí, pero el espacio reducido del sauna hace que la distancia sea insignificante. Puedo oler su perfume mezclándose con el vapor: algo fresco, con notas de jazmín y un toque cítrico. Limpio. Puro. Todo lo que yo no soy.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta, y casi sonrío ante lo banal de la pregunta, considerando la tensión que vibra entre nosotros.

—Lo suficiente para saber que tú no —respondo, sin apartar mis ojos de ella—. Te recordaría.

Un silencio cargado de significado sigue a mis palabras.

—Es mi primera vez —admite—. Un... amigo me recomendó este lugar.

La forma en que duda antes de decir «amigo» me dice que hay más historia ahí. ¿Un ex? ¿Un amante? Por alguna razón, la idea me irrita hasta el punto de querer encontrar a ese «amigo» y arrancarle la cabeza.

—¿Y qué te parece? —pregunto, reclinándome contra la pared. El movimiento hace que mis músculos se flexionen bajo la piel húmeda, y veo cómo su mirada recorre mi torso antes de apartarse rápidamente.

—Es... intenso —responde, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Como todo en esta ciudad.

El silencio cae entre nosotros, pero no es incómodo. Es eléctrico, cargado de promesas no pronunciadas. Sus ojos encuentran los míos a través del vapor, y por un segundo, un breve instante que parece detener el tiempo, veo algo en ellos. Reconocimiento. Como si su alma supiera que estaba destinada a encontrarse con la mía en este baño turco, en este momento.

O quizás solo son los delirios de un demente que ha encontrado por primera vez a una mujer que despierta algo en él.

Entonces su mirada baja hacia mi pecho, donde las cicatrices de mi tortura son visibles incluso en la penumbra. Veo cómo su respiración cambia, cómo su pecho sube y baja más rápidamente. No es asco lo que veo en sus ojos. Es comprensión.

—¿Eres militar? —pregunta en voz baja, señalando con un gesto las marcas en mi piel.

Una mentira fácil. La que uso siempre.

—Algo así.

Asiente, y hay entendimiento en su mirada. No curiosidad morbosa, sino verdadera comprensión. Como si conociera el dolor, el verdadero dolor, no la

versión diluida que experimenta la mayoría de la gente.

—Yo también tengo cicatrices —dice, tan bajo que apenas la escucho—. Aunque no todas son visibles.

Sus palabras me golpean con la fuerza de un puñetazo en el plexo solar. Por un momento, siento el impulso salvaje de contarle todo. De explicarle que entiendo perfectamente lo que quiere decir. Que algunas noches me despierto gritando, atrapado en recuerdos que tienen años, pero se sienten tan frescos como si hubieran ocurrido ayer.

En lugar de eso, me levanto y me acerco a ella. El movimiento es deliberadamente lento, como un depredador acechando. Veo cómo se tensa, cómo sus ojos buscan instintivamente la salida. Pero no retrocede. No huye. Me siento a su lado, dejando apenas unos centímetros entre nosotros, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo mezclándose con el mío.

—Las cicatrices invisibles son las peores —digo, mi voz más suave de lo que creía posible—. Son las que nunca dejan de sangrar.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, un brevísimo instante que contiene toda la eternidad, todas mis defensas caen. No soy Luca el sicario, el loco, el monstruo. Soy solo un hombre roto frente a una mujer que, de alguna manera, parece entender exactamente cómo se siente estar destrozado por dentro.

Su respiración se acelera. Puedo ver el pulso desbocado en su cuello, la forma en que sus labios se entreabren ligeramente. Estamos tan cerca que podría contar cada una de sus pestañas doradas, ver cada mota de oro en sus ojos verdes. El deseo me golpea con una intensidad que me deja sin aliento. Quiero besarla. Quiero devorarla. Quiero poseerla de una manera que va más allá de lo físico.

Algo cambia en su expresión. Una mezcla de miedo y deseo tan potente que casi puedo saborearla. Se levanta abruptamente, como si mi cercanía quemara más que el vapor que nos rodea.

—Tengo que irme —dice, pero no hay convicción en su voz. Es el tipo de mentira que uno se dice a sí mismo cuando sabe que está a punto de cometer una locura.

—Espérame —las palabras salen de mi boca con la fuerza de una orden inquebrantable—. Cinco minutos. Quiero hablar contigo. Fuera.

Veo el conflicto en sus ojos. La lucha entre la prudencia y algo más primitivo, más instintivo. Finalmente, asiente levemente, un movimiento casi imperceptible, y sale del baño turco antes de que pueda responder.

Me quedo inmóvil, sintiendo cómo mi corazón golpea contra mi caja torácica como si quisiera escapar. Nunca he sentido esta... conexión instantánea con nadie. Como si ella pudiera ver a través de todas mis capas, directamente a la oscuridad que habita en mi interior. Y lo más fascinante es que, en lugar de repelerla, parece atraerla igual que a mí me atrae la suya.

Me levanto para seguirla, pero me detengo un momento. Necesito calmarme, recuperar el control. Respiro hondo, tratando de ordenar mis pensamientos. Hay algo en ella, algo que no puedo explicar, que me atrae como un imán al metal. Y no es solo su belleza, aunque Dios sabe que es la mujer más hermosa que he visto. Es algo más profundo, más visceral. Como si mi alma reconociera a la suya.

Cuando finalmente salgo de los vestuarios, recorro el gimnasio con la urgencia de un adicto buscando su dosis. Pero ella ya no está.

La rabia y la frustración me inundan con tal fuerza que golpeo una taquilla, dejando la marca de mi puño en el metal. La he perdido. Se ha ido.

Pero algo dentro de mí, ese instinto depredador que nunca me falla, me dice que la volveré a ver. Y cuando lo haga, no dejaré que escape de nuevo.

KATIA

No debería haber entrado en ese baño turco. Lo supe en el instante en que lo vi.

Estaba nadando largos hasta que los músculos ardieran, cuando lo noté. Un hombre sentado inmóvil en el baño turco, con los ojos cerrados y una expresión que oscilaba entre la concentración y el dolor. Alto, musculoso, con tatuajes tribales cubriendo parte de unas cicatrices que reconocí inmediatamente como marcas de tortura.

Algo en él me atrajo desde el primer momento. Una fuerza magnética que hizo que mi mirada volviera a él una y otra vez mientras descansaba entre largos. Había una belleza salvaje en su rostro, en la forma en que sus músculos se tensaban bajo la piel bronceada, en las líneas duras de su mandíbula. Era

como contemplar a un depredador dormido: hermoso, letal y absolutamente hipnótico.

Al principio intenté ignorarlo. No es asunto mío si un desconocido decide quedarse en el baño turco más tiempo del recomendado. Pero después de casi cuarenta minutos, seguía en la misma posición. Y había algo en él, algo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus puños se cerraban y abrían rítmicamente, que despertó mi instinto profesional.

O eso me dije a mí misma.

La verdad es que había algo más. Una atracción que me quemaba por dentro, que me hacía imposible apartar la mirada. Algo primitivo, casi animal, que no había sentido jamás. Y eso me aterrorizó, porque reconozco el peligro cuando lo veo. Y ese hombre... ese hombre era peligro en estado puro.

Debería de haber huido en dirección contraria en ese momento.

Aun así, entré. Me preocupaba que pudiera deshidratarse, me dije. Una preocupación puramente profesional. La mentira más grande que me he contado en años.

Y ahora estoy huyendo como una cobarde, el corazón latiendo tan fuerte que parece querer salirse de mi pecho. Mis manos tiemblan mientras me visto a toda prisa, dejando el pelo húmedo, sin molestarme siquiera en secarme adecuadamente.

«Espérame», me había dicho. No me lo había pedido, me lo había ordenado. Con esa voz profunda que hizo que un escalofrío de placer recorriera mi columna. Y lo peor es que una parte de mí quería obedecerle. Quería quedarse y descubrir qué habría pasado si me hubiera acercado más, si hubiera permitido que la distancia entre nosotros desapareciera por completo.

Esa es la parte de mí que siempre me mete en problemas. La que se siente atraída por el peligro como una polilla a la llama. La que casi consiguió que me mataran hace tres años.

No. No puedo permitirme esto.

El frío de la noche de Nueva York me golpea como una bofetada, aclarando momentáneamente mi mente. Camino rápido, sin dirección fija, solo queriendo poner distancia entre ese hombre y yo. Entre esos ojos verdes que parecían desnudar mi alma y los secretos que he pasado veinte años ocultando.

«Las cicatrices invisibles son las peores. Son las que nunca dejan de sangrar.»

Sus palabras resuenan en mi cabeza, haciendo que mi pecho se contraiga dolorosamente. Había tal comprensión en su voz, tal conocimiento del dolor... por un momento sentí que estaba frente a alguien que entendía. Que realmente entendía lo que significa vivir con fantasmas que nunca te abandonan.

Y eso es lo más peligroso de todo. Porque si hay algo que he aprendido en mis años como psicóloga y en mis décadas como superviviente, es que la comprensión es la puerta de entrada a la confianza. Y la confianza, para alguien como yo, es un lujo que no puedo permitirme.

Tomo un taxi en lugar del metro, otra ruptura en mi rutina. Otra pequeña grieta en la armadura que me mantiene a salvo. Mientras el vehículo se desliza por las calles iluminadas de Manhattan, apoyo la frente contra el cristal frío y cierro los ojos.

Pero lo único que veo es su rostro. Sus ojos verdes que parecían ver directamente dentro de mí. Sus labios que se curvaron en una sonrisa que prometía placeres prohibidos. Sus manos, grandes y marcadas por cicatrices, que me hicieron preguntarme cómo se sentirían sobre mi piel.

Un calor que nada tiene que ver con haber salido corriendo se extiende por mi cuerpo, y me odio por ello. Soy una profesional, por el amor de Dios. Una psicóloga especializada en trauma. Debería ser capaz de analizar esta atracción, diseccionarla, entender que probablemente es solo una respuesta a la adrenalina, al miedo, a la soledad.

Pero no puedo. Porque lo que sentí en ese baño turco fue más real, más visceral que cualquier cosa que haya experimentado en años. Como si una parte de mí que creía muerta hubiera despertado de repente, hambrienta y exigente.

Ha llegado el momento de volver a cambiar de rutina. De sitio. No puedo permitirme volver a estar cerca de ese hombre.

CAPÍTULO 4

LUCA

La he perdido.

Salgo del gimnasio como un animal herido, con la rabia burbujeando bajo mi piel. El frío de la noche de Nueva York me golpea en la cara, pero apenas lo siento. Solo puedo pensar en ella. En sus ojos verdes. En cómo se mordió el labio cuando le ordené que me esperara. En la forma en que su cuerpo parecía llamarme.

Y en cómo ha desaparecido, dejándome con esta sed que me quema por dentro.

Jamás me había sentido así.

—¡Mierda! —golpeo el capó de mi coche con tanta fuerza que dejo una abolladura. El dolor me recorre el brazo, pero es bienvenido. Es real, tangible, no como esta obsesión que se ha instalado en mi cabeza en cuestión de minutos.

Vuelvo a entrar al gimnasio como un huracán. Pietro me ve desde el mostrador y algo en mi expresión hace que se tense visiblemente.

—Luca, ¿está todo bien?

—¿Quién era la mujer rubia? —mi voz suena áspera, casi irreconocible—. La nueva. La que estaba en la zona de piscinas. Necesito su nombre.

Pietro frunce el ceño, incómodo.

—Sabes que no puedo darte esa información. La privacidad de los clientes...

No le dejo terminar. En dos zancadas estoy frente a él, tan cerca que puedo oler su miedo. No he sacado ningún cuchillo, no he hecho ningún gesto amenazante, pero algo en mi mirada debe decirle que estoy a un paso de perder el control.

—Su nombre —repito, cada sílaba cargada de una promesa oscura.

—No... no lo sé —tartamudea—. Es nueva. Pagó en efectivo. Solo sé que es sanitaria o algo así. Lo mencionó cuando rellenó el formulario.

Así que tenía razón.

Médica. El dato se clava en mi mente como una astilla. Encaja con su forma de observarme, con esa mirada clínica que se transformó en algo más cuando

nuestros ojos se encontraron.

—¿Cuándo viene? —pregunto, aflojando ligeramente mi agarre sobre su camisa. No recuerdo haberlo agarrado.

—No lo sé —responde, tragando saliva—. Es la primera vez que la veía, lo juro. Luca, por favor...

Lo suelto, asqueado conmigo mismo. No es culpa de Pietro que ella se haya esfumado. No es culpa de nadie, excepto quizás mía por no haber sido más rápido, por haberle dado esos cinco minutos que aprovechó para huir.

O por haberla asustado.

—Lo siento —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. Mal día.

Pietro asiente, intentando recomponer su dignidad.

—Si vuelve, te avisaré —ofrece, y ambos sabemos que lo hace por miedo, no por amabilidad.

Salgo del gimnasio por segunda vez, pero ahora con un propósito. Médico. En Nueva York. No es mucho, pero es un comienzo.

Tres días después, he convertido mi habitación en un centro de operaciones. Mapas de Manhattan cubren las paredes, marcados con ubicaciones de hospitales, clínicas privadas, consultorios. He visitado veintidós lugares, mostrando una foto borrosa que conseguí de las cámaras de seguridad del gimnasio. Nada.

No he dormido más de dos horas seguidas. Cuando cierro los ojos, la veo. Cuando los abro, la busco. Es como si un fuego me consumiera desde dentro, una necesidad que nunca había sentido. No es solo deseo —aunque Dios sabe que la deseo como nunca he deseado a una mujer—, es algo más profundo, más primitivo. Como si una parte de mí supiera que ella es importante. Vital.

Renzo entra sin llamar. Sus ojos recorren el caos de mi habitación, deteniéndose en los mapas, en las listas de nombres que he tachado uno a uno.

—¿Qué es todo esto? —pregunta, su voz cuidadosamente neutral.

No puedo decirle la verdad. Que estoy obsesionado con una desconocida. Que no puedo comer, no puedo dormir, no puedo respirar sin pensar en ella. Sonaría como un lunático. Más de lo habitual.

—Nada —respondo, arrancando uno de los mapas de la pared—. Solo un proyecto personal.

Renzo me observa con esa mirada que me conoce demasiado bien.

—Leone se ha encontrado con la psicóloga especialista —dice finalmente, cambiando de tema—. Está negociando con ella.

Asiento distraídamente. La terapeuta. El ultimátum. Todo parece tan insignificante ahora, comparado con la necesidad de encontrarla a ella.

—Me da lo mismo —murmuro, doblando el mapa—. Avísame cuando sepa algo.

Renzo suspira, ese sonido cansado que hace cuando está preocupado por mí, pero no sabe cómo ayudarme. No es su culpa. Ni siquiera yo sé qué me pasa.

—Luca —su voz se suaviza—. Lo que sea que estés haciendo... ten cuidado.

Asiento, pero no prometo nada. No puedo. La necesidad de encontrarla es más fuerte que cualquier instinto de autopreservación.

Una semana después, recurro a medidas más drásticas. Tony, nuestro experto en informática, me mira con curiosidad cuando le pido acceso a las cámaras de seguridad de la ciudad.

—¿Un nuevo objetivo? —pregunta mientras teclea comandos en su ordenador.

—Algo así —respondo vagamente—. Es personal.

No hace más preguntas. En nuestro mundo, «personal» significa «no te metas». Le doy la hora y ubicación del gimnasio, y me muestra las grabaciones. La veo salir, su pelo aún húmedo, su paso apresurado. Sube a un taxi y desaparece en la noche de Nueva York.

—Necesito rastrear ese taxi —digo, señalando la pantalla.

Tony silba entre dientes.

—Eso es más complicado. Tendría que hackear el sistema de la compañía de taxis, y sin una orden de Renzo...

Le lanzo una mirada que hace que se interrumpa.

—Hazlo.

No es una petición. Es una orden. Y aunque técnicamente no puedo darle órdenes, algo en mi expresión debe decirle que es mejor no discutir.

Dos días después, tengo una dirección. Un edificio elegante en el Upper East Side. El tipo de lugar donde vive gente que valora su privacidad y puede permitírsela.

Me quedo en el coche la primera noche, observando la entrada. Cuatro horas y nada. La segunda noche, decido ser más directo. El portero es un tipo mayor con cara de haber visto demasiado en la vida.

—Busco a una mujer —digo, mostrándole la foto borrosa—. Rubia, ojos verdes, médico.

Me mira con sospecha.

—No conozco a ninguna inquilina así.

Saco un fajo de billetes. Su mirada cambia.

—Apartamento 5B —murmura, tomando el dinero—. Es muy reservada.

Mi corazón se acelera. Estoy tan cerca que casi puedo olerla. Subo en el ascensor, la anticipación haciendo que mi piel hormiguee. El pasillo del quinto piso está en silencio. Me detengo frente al 5B, mi mano suspendida en el aire.

¿Y ahora qué? ¿Qué le digo? «Hola, soy el tipo del baño turco que te ha estado acosando por toda la ciudad.»

Antes de que pueda decidir, la puerta del apartamento contiguo se abre. Una mujer mayor con un pequinés me mira con recelo.

—¿Busca a alguien? —pregunta, abrazando al perro como si temiera que fuera a robárselo.

—A la doctora del 5B —respondo, forzando mi sonrisa más encantadora—. Somos... viejos amigos.

La mujer entrecierra los ojos.

—¿La doctora? Se mudó ayer por la mañana. Muy temprano. Parecía tener prisa.

La decepción me golpea como un puño en el estómago. Se ha ido. Justo cuando estaba a punto de encontrarla.

—¿Sabe adónde? —pregunto, y algo en mi voz hace que la mujer retroceda.

—No —responde, su mano buscando el pomo de su puerta—. Apenas hablaba con nadie.

Vuelvo al coche con una sensación de vacío que me consume. Es como si el universo se burlara de mí. Como si ella supiera que la estoy buscando y deliberadamente se mantuviera un paso por delante.

Dos semanas después de nuestro encuentro, mi obsesión ha alcanzado niveles que asustarían a cualquiera. He revisado las grabaciones de seguridad de todos los gimnasios exclusivos de Manhattan. He sobornado a recepcionistas, entrenadores, personal de limpieza. He visitado hospitales, clínicas, consultorios privados.

Nada. Es como si se hubiera desvanecido en el aire.

Por las noches, cuando el cansancio me vence, sueño con ella. Con su piel húmeda brillando bajo la luz tenue. Con sus labios entreabiertos cuando le ordené que me esperara. Con sus ojos, esos malditos ojos que parecían ver directamente dentro de mí, hasta los rincones más oscuros.

Y despierto sudando, excitado y furioso a partes iguales.

Renzo me observa cada vez con más preocupación. No pregunta, pero lo veo en sus miradas, en cómo parece medir sus palabras cuando habla conmigo. Probablemente piensa que estoy al borde de otro episodio. Y quizás tenga razón.

Porque no es normal esta obsesión. No es normal que no pueda pensar en otra cosa, que cada mujer rubia que veo en la calle haga que mi corazón se detenga por un segundo. No es normal que esté dispuesto a poner patas arriba toda la ciudad por alguien cuyo nombre ni siquiera conozco.

Una noche, después de otra búsqueda infructuosa, vuelvo a la mansión más tarde de lo habitual. Encuentro a Renzo en su despacho con Leone. Ambos levantan la mirada cuando entro, y hay algo en sus expresiones que me pone en alerta.

—Luca —dice Renzo—. Justo hablábamos de ti.

—La doctora ha aceptado —anuncia Leone, con un alivio mal disimulado —. Ha costado convencerla, pero finalmente ha accedido a verte.

Debería sentir algo. Alivio, irritación, lo que sea. Pero lo único que siento es un vacío enorme donde antes ardía la obsesión por encontrarla a ella.

—Bien —respondo mecánicamente—. ¿Cuándo?

—Este viernes —dice Renzo, estudiando mi reacción—. En su consulta. Te acompañaré personalmente.

Asiento sin entusiasmo. ¿Qué más da? Nada parece importar excepto encontrarla a ella, y cada día que pasa sin conseguirlo me hunde más en esta espiral de obsesión.

—¿Algo más? —pregunto, ya girándome para salir.

—Luca —la voz de Renzo me detiene—. ¿Qué está pasando? Llevas semanas actuando de forma extraña. Apenas comes, apenas duermes. Desapareces durante horas sin decir adónde vas.

Me tenso. No puedo decirle la verdad. Que estoy obsesionado con una desconocida. Que he recorrido la ciudad como un demente buscándola. Que por primera vez en mi vida, siento que necesito a alguien más que al aire que respiro.

—Nada —miento—. Solo necesito despejarme.

Renzo no insiste, pero veo en sus ojos que no me cree. Leone me observa con interés clínico, como si estuviera analizando mis síntomas. Quizás debería dejar que lo haga. Quizás esta obsesión es solo otro síntoma de lo jodida que está mi cabeza.

Esa noche, tumbado en mi cama, mirando al techo, intento convencerme de que tengo que olvidarla. Que fue solo un momento, una conexión fugaz que nunca debió ser más que eso.

Pero incluso mientras me lo repito, sé que es mentira. Porque lo que sentí en ese baño turco no fue solo atracción física. Fue reconocimiento. Como si mi alma hubiera encontrado a su igual, a alguien que entiende la oscuridad porque también vive en ella.

Cierro los ojos y la veo de nuevo. Su rostro, su cuerpo, la forma en que me miró... todo grabado a fuego en mi memoria. Y sé, con una certeza que me asusta, que no descansaré hasta encontrarla de nuevo.

CAPÍTULO 5

KATIA

El taxi se detiene frente a mi nuevo apartamento. Después del encuentro en el baño turco, después de sentir esa conexión inexplicable con un desconocido, mi instinto de supervivencia se activó como una alarma.

No volví al gimnasio de esa noche. Al día siguiente, llamé a mi casero y le dije que tenía que romper el contrato. Le pagué tres meses extra, ignorando su mirada confusa. No es la primera vez que desaparezco en mitad de la noche. Ni tampoco será la última.

Este nuevo lugar es más pequeño, más anónimo. Un edificio sin portero en Williamsburg, donde nadie hace preguntas y los vecinos apenas se saludan. Perfecto para alguien que no quiere ser encontrada.

Mark me llamó al día siguiente de la mudanza, preocupado porque no podía localizarme en mi antigua dirección.

—¿Otra vez en movimiento? —preguntó, y pude imaginar su ceño fruncido al otro lado de la línea.

—Es solo por precaución —respondí, sin entrar en detalles sobre el hombre del baño turco. Sobre cómo sus ojos parecían ver a través de todas mis defensas, sobre cómo su voz hizo que algo dentro de mí se estremeciera.

Mark no necesita saber eso. Nadie lo necesita.

También cambié mis rutinas en la consulta. Nuevos horarios, nuevas rutas para llegar. Les dije a mis pacientes que estaba reorganizando mi agenda por motivos personales. La mayoría lo aceptó sin preguntas. Los que llevan tiempo conmigo, los que también han vivido con miedo, entendieron sin necesidad de explicaciones.

Estoy revisando los expedientes de mis pacientes del día cuando mi teléfono suena. Es el doctor Leone. Hemos estado en contacto desde nuestra reunión en el MoMA hace casi tres semanas. No he aceptado su oferta todavía, pero tampoco la he rechazado. Algo me dice que debería alejarme, que trabajar para una familia adinerada, es jugar con fuego.

Pero el dinero... el triple de mi tarifa habitual. Suficiente para otro traslado, quizás incluso fuera del país si las cosas se complican.

—Doctora Petrova —respondo con tono profesional.

—Buenos días, doctora —la voz de Leone suena cansada—. Lamento molestarla tan temprano, pero quería saber si ha considerado nuestra propuesta.

Miro por la ventana. Las noticias de Mark sobre movimiento en Brighton Beach me han tenido en vilo estas semanas. Cada rostro desconocido en la calle, cada llamada de número oculto, cada ruido extraño en la noche... todo parece una amenaza.

—La he considerado —respondo cautelosamente—. Tengo algunas preguntas adicionales.

—Por supuesto —dice Leone—. ¿Le parece bien que nos veamos esta tarde? Podría darle más detalles sobre el paciente.

Dudo. Cada fibra de mi ser me dice que debería rechazar este trabajo, que es un riesgo innecesario. Pero luego pienso en las facturas que se acumulan, en el coste de mis constantes mudanzas, en lo que significaría tener un colchón económico si tengo que desaparecer de nuevo.

—De acuerdo —concedo finalmente—. ¿Mismo lugar que la última vez?

—Perfecto —responde, y puedo notar el alivio en su voz—. A las cuatro, si le parece bien.

Después de colgar, me quedo mirando el teléfono. Parte de mí se pregunta si estoy cometiendo un error. Sé que hay algo que el doctor no me está diciendo.

El MoMA está relativamente tranquilo esta tarde. Encuentro a Leone en la misma mesa de la cafetería donde nos reunimos la primera vez.

—Doctora Petrova —se levanta para saludarme—. Gracias por venir.

Me siento frente a él, estudiando su rostro. Parece más cansado que la última vez, con ojeras pronunciadas y una tensión en la mandíbula que habla de noches sin dormir.

—Háble me del paciente —digo sin preámbulos—. Necesito saber exactamente a qué me enfrentaría.

Leone suspira, pasándose una mano por el pelo entrecano.

—Es... complicado. Un hombre joven, treinta y pocos años. Sufrió torturas severas cuando era niño. Fue rescatado, pero el trauma nunca fue tratado adecuadamente.

—¿Y ahora? —pregunto, mi instinto profesional activándose a pesar de mis reservas.

—Episodios disociativos. Flashbacks violentos. A veces... —duda, buscando las palabras— a veces parece que vuelve a ese lugar, a ese momento. Y reacciona en consecuencia.

—¿Violentamente? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Leone asiente.

—Ha habido incidentes. El último fue... significativo. Su mejor amigo, mi jefe, está preocupado. No solo por los demás, sino por él mismo. Cree que, si no recibe ayuda, podría autodestruirse.

Considero sus palabras. Suena como un caso severo de TEPT, complicado por años sin tratamiento adecuado. El tipo de caso en el que me especializo, irónicamente. Ayudar a otros a lidiar con sus traumas mientras lucho con los míos propios.

—¿Por qué yo? —pregunto—. Hay muchos especialistas en trauma en Nueva York.

Leone sonríe ligeramente.

—Porque usted entiende lo que significa estar dañado. Mi paciente necesita a alguien que no solo conozca la teoría del trauma, sino que lo haya vivido.

Me tenso. ¿Cómo sabe eso de mí? ¿Qué más sabe?

Como si leyera mi mente, Leone añade:

—El doctor Friedman mencionó que usted tenía experiencia personal con el trauma. No dio detalles, por supuesto. Solo dijo que eso la hacía excepcionalmente empática con ciertos pacientes.

Relajo ligeramente los hombros. Friedman conoce partes de mi historia, las que necesitaba saber para recomendarme a pacientes adecuados. No todo, nunca todo.

—Entiendo —digo finalmente—. ¿Cuándo comenzaríamos?

—¿Eso significa que acepta? —pregunta Leone, una chispa de esperanza en sus ojos cansados.

Pienso en los rusos de Brighton Beach, en las noticias de Mark sobre movimientos extraños. Pienso en mi cuenta bancaria, en lo que significaría tener un colchón económico si tengo que huir de nuevo.

—Acepto —digo, y las palabras saben a destino—. Pero con condiciones. Quiero control total sobre las sesiones. Si en algún momento siento que el paciente representa un peligro real para mí o para otros, me reservo el derecho de terminar el tratamiento.

Leone asiente.

—Por supuesto. Y sobre el pago...

—Triple tarifa, como acordamos —confirmo—. Pagado por adelantado, en una cuenta que le proporcionaré.

Discutimos los detalles prácticos durante la siguiente media hora. El paciente vendrá a mi consulta este viernes. Su jefe lo acompañará la primera vez. Me entregará un expediente médico completo mañana, para que pueda prepararme.

Cuando nos despedimos, siento una extraña mezcla de anticipación y temor. Como si hubiera aceptado algo más que un nuevo paciente. Como si acabara de dar un paso hacia algo inevitable.

Esa noche, mientras reviso las notas que Leone me ha enviado por correo electrónico, mi mente vuelve al hombre del baño turco. A sus ojos verdes que parecían contener océanos de dolor. A la conexión instantánea que sentí, como si nos conociéramos de otra vida. A que hui de él en vez de quedarme, cuando siento que necesitaba ayuda.

Sacudo la cabeza, molesta conmigo misma. No puedo permitirme estas distracciones. Tengo un nuevo paciente que preparar, un caso complejo que requiere toda mi atención profesional. Es en lo único que tengo que concentrarme.

CAPÍTULO 6

KATIA

No puedo precisar cuándo empezó la sensación. Quizás fue al salir del metro esta mañana, cuando creí ver la misma gabardina oscura que había notado ayer. O tal vez al entrar en la cafetería, cuando el reflejo en la ventana me mostró a un hombre que apartó la mirada demasiado rápido. O simplemente es mi paranoia habitual, amplificada por el estrés de las últimas semanas.

Pero está ahí. Esa inquietud en la base de mi cuello. Ese hormigueo que me dice que algo no está bien.

Alguien me está observando.

Cambio de acera sin motivo aparente, un movimiento casual para cualquiera que me vea, pero calculado para detectar si alguien ajusta su ruta para seguirme. Nadie lo hace. Al menos, nadie que pueda identificar.

Entro en una tienda de ropa, finjo interés en unos vestidos que jamás compraría. Desde este ángulo puedo observar la calle a través del escaparate. Nada. Nadie sospechoso. Ninguna cara que se repita.

Y, sin embargo, la sensación persiste.

Es esto lo que más odio de mi vida: no saber nunca si el peligro es real o imaginado. Si estoy detectando una amenaza genuina o si mi mente, entrenada para esperar lo peor, está creando fantasmas donde no los hay.

Llego a mi consulta veinte minutos antes de lo habitual. El edificio está tranquilo, la mayoría de las oficinas aún están cerradas. Me gusta este silencio. Me da tiempo para calmar mi mente, para convencerme de que estoy a salvo.

Pero hoy el silencio solo amplifica mis miedos.

Reviso cada rincón de mi despacho, una rutina que he perfeccionado con los años. Busco cualquier cosa fuera de lugar, cualquier indicio de que alguien ha estado aquí. Todo parece normal. Y aun así...

Tomo mi teléfono y marco el número de Mark. Dudo un segundo antes de llamar. ¿Qué voy a decirle? ¿Que tengo un presentimiento? ¿Que mi paranoia está actuando de nuevo?

Pero Mark siempre me ha dicho que confíe en mis instintos. Que mi paranoia me ha mantenido viva durante veinte años.

Contesta al tercer tono.

—Donovan.

—Soy yo —digo en voz baja, aunque estoy sola en mi despacho—. Creo que me están siguiendo.

No hay suspiros de exasperación, ni preguntas sobre si estoy segura. Mark sabe que no lo llamaría si no tuviera motivos para preocuparme.

—¿Puedes identificar a alguien? —pregunta, su voz inmediatamente en modo profesional.

—No —admito—. Es solo una sensación. Pero es... intensa.

—¿Desde cuándo?

—Un par de días. Quizás más. Al principio pensé que era por el estrés, pero...

—Pero tus instintos rara vez se equivocan —completa por mí—. ¿Dónde estás ahora?

—En mi consulta. Tengo un paciente nuevo en una hora.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea. Puedo imaginar a Mark sopesando opciones, evaluando riesgos.

—Voy a enviar a alguien para que vigile el edificio —dice finalmente—. Y quiero que cambies tus rutas durante unos días. Nada drástico, solo variaciones sutiles. Si alguien te está siguiendo, lo notaremos.

—¿Crees que podría ser...? —no termino la pregunta. No necesito hacerlo.

—No tenemos ninguna información sobre actividad rusa inusual —responde con cautela—. Pero investigaré. Mientras tanto, mantén los ojos abiertos. Y Katia... si la sensación empeora, llámame inmediatamente. No importa la hora.

Cuando cuelgo, me siento ligeramente mejor. No porque crea que el peligro ha pasado, sino porque al menos no estoy completamente sola en esto. Mark estará vigilando. Como siempre lo ha hecho.

Me acerco a la ventana, observando la ciudad que se extiende ante mí. Nueva York. Tan inmensa, tan anónima, y, sin embargo, nunca lo suficientemente grande para esconderme por completo.

La soledad me golpea de repente, un peso familiar que se asienta en mi pecho. Veinte años huyendo. Veinte años sin poder formar vínculos reales, sin poder decirle a nadie quién soy realmente. Veinte años de mirar por encima del

hombro, de sobresaltarme con cada ruido inesperado, de planificar rutas de escape incluso en mis momentos más tranquilos.

A veces me pregunto si esto es vivir o simplemente existir.

El hombre del baño turco aparece en mi mente sin ser invitado. Sus ojos verdes que parecían ver directamente dentro de mí. Sus cicatrices, tan similares a las mías, aunque las suyas eran visibles. La extraña conexión que sentí, como si de alguna manera entendiera mi oscuridad sin necesidad de palabras.

Es una fantasía estúpida. La idea de que un desconocido, un hombre claramente peligroso, podría entenderme mejor que nadie. Como si el daño que vi en sus ojos fuera garantía de que comprendería el mío. Como si alguien que ha visto el abismo en el que vivo pudiera querer quedarse a mi lado.

Nadie lo hace. Por eso estoy sola. Por eso siempre lo estaré.

Me obligo a apartar esos pensamientos y me concentro en el expediente del nuevo paciente. L.S. Veterano con TEPT severo. Episodios disociativos. Tendencias violentas. Resistencia a la terapia.

El tipo de caso en el que me especializo. El tipo de caso que, en otras circunstancias, me apasionaría. Pero hoy mi mente está dividida, parte de ella todavía escaneando peligros invisibles, buscando amenazas en las sombras.

Me preparo un té, notando cómo mis manos tiemblan ligeramente. Respiro hondo, intentando centrarme. No puedo permitirme estar distraída. No con un paciente nuevo. No con un caso tan complejo.

Me siento en mi sillón, frente al diván donde pronto se sentará L.S. Cierro los ojos por un momento, visualizando la sesión. Imaginando que estoy en control, que soy la profesional que todos creen que soy.

Pero la verdad es que estoy aterrorizada. No por el paciente, sino por la sensación constante de ser observada. Por la posibilidad de que, después de tantos años, me hayan encontrado de nuevo.

El teléfono del escritorio suena, sobresaltándome. Es mi secretaria.

—Doctora Petrova, el señor Caballero y el señor Salvatore han llegado para la cita de las once.

Mi corazón se acelera. Es la hora.

—Que pasen en cinco minutos —respondo, orgullosa de que mi voz suene firme.

Cuando cuelgo, me obligo a respirar profundamente. Soy la doctora Katia Petrova. Soy una profesional. He sobrevivido a cosas peores que un paciente difícil.

He sobrevivido a todo.

Excepto a mis propios demonios.

La manecilla del reloj avanza inexorablemente hacia las once. Escucho pasos acercándose por el pasillo. Voces masculinas, una de ellas con un tono de evidente irritación.

Me pregunto cómo será L.S. Si sus ojos tendrán esa mirada vacía que he visto en tantos veteranos. Si su cuerpo mostrará las cicatrices de su trauma como las del hombre del baño turco.

El hombre del gimnasio. De nuevo en mis pensamientos. Como un fantasma que se niega a desaparecer.

Llaman a la puerta. Tres golpes firmes.

—Adelante —digo, y mi voz suena más segura de lo que me siento.

La puerta se abre lentamente.

Y el mundo se detiene.

CAPÍTULO 7

LUCA

Tres semanas de búsqueda inútil. Tres semanas de obsesión. Tres semanas sin poder sacarme de la cabeza a la mujer del baño turco. Y ahora Renzo quiere que desperdicie mi mañana con una puta psiquiatra en lugar de seguir buscándola.

Estoy de un humor de perros cuando me despierto. Las pesadillas han sido peores esta noche. El niño de los Genovese mezclándose con mis propios recuerdos del sótano. Sangre, gritos, cadenas. Y en medio de todo, ella. La rubia de ojos verdes, mirándome como si pudiera ver directamente dentro de mi alma rota.

Me ducho con agua helada, intentando aclarar mi mente. Tenía planes para hoy. Había conseguido una lista de consultorios médicos privados en Brooklyn que aún no había visitado. Era una posibilidad remota, pero era algo. Y ahora, en lugar de buscarla, tengo que ir a que una desconocida intente hurgar en mi cabeza.

Cuando bajo a desayunar, Renzo ya está allí, impecable como siempre con su traje negro. Ni siquiera levanta la vista de su periódico cuando entro.

—Nos vamos en veinte minutos —dice, como si fuera lo más normal del mundo.

—No voy a ir —respondo, sirviéndome café.

Ahora sí me mira, con esa expresión que dice que ya esperaba esta reacción.

—No es negociable, Luca.

—Tengo cosas que hacer —insisto, aunque sé que es inútil. Cuando Renzo decide algo, es como intentar mover una montaña con las manos.

—¿Qué cosas? —pregunta, y hay algo en su tono que me pone alerta—. ¿Seguir buscando a tu misteriosa mujer del gimnasio?

Me tenso. No le he contado nada sobre ella. Nadie sabe de mi obsesión. O eso creía.

—No sé de qué hablas —miento, pero la mentira suena hueca incluso para mí.

Renzo suspira, dejando el periódico sobre la mesa.

—Tony me ha contado sobre las cámaras de seguridad. Carlo sobre el rastreo del taxi. Y Pietro del gimnasio me llamó hace unas semanas, preocupado porque parecías a punto de arrancarle la cabeza cuando no te dio información sobre una cliente.

Mierda. Debería haber sido más discreto.

—Es personal —digo finalmente.

—Todo lo que te afecta es mi asunto —responde Renzo, y hay una dureza en su voz que no admite discusión—. Especialmente cuando empiezas a usar recursos de la familia para perseguir a una desconocida.

—No la estoy persiguiendo —protesto, aunque sé que es exactamente lo que he estado haciendo—. Solo quiero... hablar con ella.

Renzo me estudia con esa mirada que parece ver directamente a través de mí.

—Sea lo que sea, tendrá que esperar. Hoy vas a ver a la doctora Petrova. Y vas a comportarte.

Acepto solo para que deje de meterse en mis asuntos.

Veinte minutos después, estamos en el Audi, dirigiéndonos hacia Manhattan. El silencio entre nosotros es espeso, cargado de tensión. Conforme nos acercamos al edificio de la consulta, mi irritación crece. No quiero estar aquí. No quiero hablar con una extraña sobre mis demonios. Quiero seguir buscándola a ella, la única persona que ha despertado algo en mí desde... nunca.

Cuando Renzo aparca frente al edificio de cristal y acero, mi paciencia se agota por completo.

—No voy a entrar a la puta consulta de la loquera.

El Audi negro está aparcado frente al edificio de cristal y acero. La mañana es fría, el tipo de frío que hace que las cicatrices de mi espalda ardan como si estuviera de nuevo en aquel sótano. Quizás por eso estoy más irritable que de costumbre. O quizás porque odio la idea de que alguien intente hurgar en mi cabeza.

Renzo me mira desde el asiento del conductor con esa expresión que conozco demasiado bien. Es la misma que tenía cuando me encontró encadenado hace tantos años, la que dice que no va a ceder ni un milímetro.

—No es negociable.

Mi risa suena áspera incluso para mis propios oídos.

—Dispararé a todos los Genovese que quieras. Me meteré en cualquier puto infierno que necesites. Envíame a hacer el trabajo sucio, mándame a interrogar a quien sea. Pero no voy a tumbarme en un diván para que una psiquiatra me pregunte por mi infancia.

—Entonces no volverás a tocar un arma en tu vida.

La amenaza flota en el aire entre nosotros. Mi cuchillo encuentra el reposabrazos antes de poder contenerme, hundiéndose en el cuero italiano con un sonido satisfactorio. El olor a piel cortada llena el coche, mezclándose con la colonia cara de Renzo.

—¿Me estás jodiendo?

—Sabes que no —su voz es tranquila, pero hay acero bajo esa calma—. Te lo advertí después de lo de los Genovese. Después de lo que pasó en aquella mansión.

Los recuerdos de esa noche intentan abrirse paso en mi mente: sangre, gritos, el sonido de mis cuchillos encontrando carne una y otra vez. Sacudo la cabeza, intentando mantener a raya las imágenes.

Arranco el cuchillo del asiento con más fuerza de la necesaria. Renzo ni siquiera pestañea. Está demasiado acostumbrado a mis arranques como para que le afecten.

—Si mato a la psiquiatra, ¿me dejarás volver al trabajo?

—El doctor Leone dice que es la mejor —responde, ignorando deliberadamente mi amenaza—. La ha elegido específicamente para ti.

Salgo del coche dando un portazo que hace que los cristales tiemblen. El frío de la mañana me golpea como una bofetada, pero apenas lo noto. Estoy demasiado ocupado conteniendo las ganas de sacar otro cuchillo y clavarlo en algo. O en alguien.

Renzo camina a mi lado mientras atravesamos el aparcamiento. Sus pasos son silenciosos, controlados, como todo en él. Los guardias que nos siguen mantienen una distancia prudencial. Saben que cuando estoy así, cualquier cosa puede hacerme estallar.

El edificio se alza frente a nosotros como un monstruo de cristal y acero. Demasiado elegante, demasiado moderno para ser la guarida de alguien que se dedica a hurgar en las mentes rotas de otros. La idea de entrar allí, de dejar que

una extraña intente arreglar lo que lleva roto tanto tiempo... hace que mi piel se erice.

Nos detenemos frente a las puertas automáticas. El vestíbulo está desierto a esta hora, nuestros pasos resonando contra el mármol pulido. Una secretaria nos indica el camino hacia el ascensor con una sonrisa nerviosa. Probablemente puede oler el peligro que emano.

El ascensor nos lleva hasta la quinta planta en un silencio tenso. Renzo mantiene esa calma que siempre me ha sacado de quicio, como si llevarme a una loquera fuera lo más normal del mundo. El pasillo es todo paredes blancas y puertas cerradas, cada una con su placa dorada identificando al especialista que se esconde detrás.

Doctora K. Petrova, leo en una de ellas. Mi nueva carcelera.

Renzo se detiene frente a la puerta, su mano encontrando mi hombro en ese gesto que pretende ser tranquilizador. Como si algo pudiera calmarme cuando estoy así.

Pero entonces la puerta se abre y el mundo se detiene.

Es ella.

La mujer del baño turco. La que llevo tres semanas buscando por todo Nueva York. La que huyó cuando le ordené que me esperara.

Mi presa.

El destino tiene un sentido del humor jodidamente retorcido.

KATIA

Lo reconozco al instante.

¿Cómo no iba a reconocer a un gigante de metro noventa con tatuajes tribales y cicatrices que cuentan historias de violencia? La última vez que lo vi estaba inmóvil en el baño turco, como una antigua estatua de guerra entre la niebla densa. Recuerdo cómo me preocupó que llevara tanto tiempo allí dentro, cómo entré estúpidamente a comprobar si estaba bien.

El bolígrafo tiembla ligeramente entre mis dedos mientras finjo revisar su expediente. Años de entrenamiento para mantener el control se desvanecen bajo su mirada. El doctor Leone me lo ha enviado como un caso de estrés postraumático por servicio militar, pero mi instinto, ese que me ha mantenido viva todos estos años, grita que es mucho más que un simple veterano.

Por supuesto, él no finge no reconocerme. Sus ojos me devoran como aquella tarde, con esa intensidad que me hizo huir a pesar de su orden de esperarlo. La misma mirada que me persiguió mientras cambiaba de gimnasio, de rutinas, de vida... otra vez.

El aire en la consulta se vuelve denso, cargado de una electricidad que hace que se me erice la piel. Su aroma invade mis sentidos: cuero, metal y algo más oscuro, más peligroso. Y lo peor es que me atrae. Me atrae de una manera visceral que hace que me odie a mí misma, porque debería saber mejor que nadie que los hombres como él son precisamente el tipo de peligro del que llevo toda la vida huyendo.

Soy un imán para los problemas.

Miro el apellido en su ficha otra vez: Salvatore, Luca. El papel dice «veterano con TEPT», pero sus ojos... sus ojos me dicen que es mucho más peligroso que eso. Y lo que más me aterra no es el peligro que representa, sino darme cuenta de que, por primera vez en mi vida, una parte de mí no quiere huir.

CAPÍTULO 8

KATIA

El mundo se detiene mientras mi cerebro intenta procesar lo que mis ojos están viendo.

Mi cuerpo se tensa en alerta máxima, como un animal que detecta al depredador. Mis pensamientos se aceleran, chocando entre sí. ¿Cómo me ha encontrado? ¿Me ha estado siguiendo? ¿Es esto una coincidencia o algo más siniestro?

Veinte años de supervivencia me gritan que corra, que active el botón de pánico bajo mi escritorio, que haga cualquier cosa excepto quedarme aquí, inmóvil, mirándolo a los ojos.

Pero otra parte de mí, la psicóloga entrenada, analiza fríamente la situación. Este hombre es italiano. Viene acompañado de un cliente respetable del doctor Leone. No tiene conexión alguna con la mafia rusa.

Sin embargo, ese razonamiento no calma el pulso que late desbocado en mi garganta. Porque quizás no pertenezca a la mafia rusa, pero eso no lo hace menos peligroso.

No para mí.

Para la parte de mí que no ha podido olvidar sus ojos verdes, sus cicatrices, la forma en que su voz hizo que algo dentro de mí se estremeciera. Para la parte de mí que, vergonzosamente, ha soñado con él estas tres semanas.

El silencio se extiende entre nosotros, espeso como la niebla. Él sigue de pie en el umbral, junto a otro hombre que debe ser el señor Caballero mencionado por mi secretaria. Pero apenas puedo prestarle atención. Toda mi percepción está consumida por *él*. Por Luca Salvatore. Por el hombre del gimnasio.

Su mirada verde me atraviesa como si pudiera leer cada uno de mis secretos. Como si supiera exactamente quién soy bajo todas mis capas de protección.

—¿Doctora Petrova? —la voz del otro hombre rompe el hechizo—. Soy Renzo Caballero. Hablamos por teléfono.

Parpadeo, obligándome a apartar la mirada de Luca. El señor Caballero es más bajo, pero irradia un tipo diferente de peligro. Más controlado. Más frío.

El tipo de hombre que no necesita alzar la voz para que todos en una habitación le obedezcan.

—Por supuesto —respondo, y me sorprende que mi voz suene tan profesional cuando por dentro soy un caos—. Adelante, por favor.

Renzo entra primero, pero Luca permanece inmóvil, como si estuviera evaluando sus opciones. Por un segundo, temo que simplemente se dé la vuelta y se vaya. Y lo que más me asusta es darme cuenta de que no quiero que lo haga.

—Luca —dice Renzo, con un tono que sugiere que está acostumbrado a lidiar con su resistencia—. La doctora no tiene todo el día.

Algo cambia en la expresión de Luca. Una decisión tomada. Entra finalmente y cierra la puerta tras él. El espacio de mi consulta, que siempre me ha parecido amplio, de repente se siente claustrofóbico con su presencia.

—El doctor Leone me ha puesto al tanto de su caso, señor Salvatore —digo, refugiándome en el profesionalismo—. Por favor, tomen asiento.

Renzo se sienta en una de las sillas frente a mi escritorio, pero Luca se queda de pie, recorriendo la habitación con la mirada. Estudiando las salidas, los objetos, las distancias. Lo reconozco porque es exactamente lo que yo hago en cada espacio nuevo.

—Hermoso despacho, doctora —comenta Renzo, intentando llenar el silencio incómodo—. Leone nos ha hablado muy bien de usted.

—Gracias —respondo, sin apartar los ojos de Luca, que ahora examina los títulos en mi estantería—. Señor Salvatore, ¿prefiere que hablemos los tres juntos primero, o le gustaría comenzar la sesión en privado?

Luca se gira hacia mí, y hay algo en sus ojos que me hace contener la respiración. Una intensidad que no tiene nada que ver con la terapia.

—En privado —dice, y su voz ronca envía un escalofrío por mi columna—. Renzo puede esperar fuera.

No es una petición. Es una orden. Y para mi sorpresa, Renzo simplemente asiente, como si estuviera acostumbrado a ceder ante Luca en ciertas cosas.

—Estaré en la cafetería de abajo —dice, levantándose.

Luca no responde, sus ojos fijos en mí. Renzo me dirige una mirada que no sé interpretar —¿advertencia? ¿preocupación?— antes de salir y cerrar la puerta.

Y entonces estamos solos.

Mi entrenamiento me dice que tome el control de la situación. Que establezca límites claros. Que mantenga la distancia profesional. Pero hay algo en Luca Salvatore que hace que todas mis defensas profesionales parezcan insuficientes.

Jamás me había sentido así con nadie.

—Por favor, siéntese —digo, señalando el diván.

—Prefiero estar de pie —responde, y se acerca a la ventana, dándome la espalda.

Respiro hondo. Puedo hacer esto. He tratado con veteranos traumatizados antes. Con personas violentas, impredecibles. Puedo manejar a Luca Salvatore.

Pero ninguno de esos pacientes me había visto casi desnuda en un sauna. Ninguno me había mirado como si quisiera devorarme. Ninguno había despertado en mí esta mezcla terrible de miedo y deseo.

—Señor Salvatore —comienzo, intentando sonar firme—. Entiendo que esto puede ser incómodo. La terapia suele serlo al principio. Pero estoy aquí para ayudarle, no para juzgarle.

Se gira lentamente. Su mirada recorre mi rostro, mi cuello, mis manos que aferran el bolígrafo con demasiada fuerza. No dice nada, pero no hace falta. Su silencio es más elocuente que cualquier palabra.

—¿Por qué huiste? —pregunta finalmente.

La pregunta me desconcierta. No es lo que esperaba. No es cómo se supone que debe comenzar una sesión.

—Creo que hay un malentendido —digo, intentando reconducir la conversación—. Esta sesión es sobre usted, señor Salvatore, no sobre mí.

Una sonrisa lenta, casi depredadora, curva sus labios.

—Luca —dice—. Mi nombre es Luca. Y no hay ningún malentendido, doctora. Ambos sabemos que nos hemos visto antes. En el baño turco. Hace tres semanas.

Mi corazón se acelera. Parte de mí esperaba que fingiera que no nos habíamos visto. Que respetara la barrera profesional. Pero claramente, Luca Salvatore no es un hombre que respete barreras de ningún tipo.

—Eso es irrelevante para su tratamiento —respondo, luchando por mantener mi voz estable.

—¿Lo es? —se acerca, y cada paso que da hacia mí hace que mi pulso se dispare—. He pasado tres semanas buscándote. Y ahora resulta que eres tú quien va a meterse en mi cabeza.

Se detiene frente a mi escritorio, apoyando las manos sobre la superficie pulida e inclinándose hacia mí. Está tan cerca que puedo oler su colonia mezclada con algo más primitivo, más masculino.

—Dime, doctora —su voz baja a un susurro peligroso—. ¿Crees en el destino?

LUCA

La tengo frente a mí.

El mundo a mi alrededor se desvanece. Solo existe ella. La mujer que ha consumido mis pensamientos durante tres semanas. La que me ha hecho recorrer la ciudad como un demente, buscando en cada rincón un rastro de su presencia.

Y ahora está aquí, a un escritorio de distancia, mirándome con esos ojos que me han perseguido en sueños y pesadillas. Ojos que reconocieron mi oscuridad desde el primer momento.

Puedo oler su perfume sutil, mezclado con el aroma a café que impregna la habitación. Puedo ver cómo su pecho sube y baja con respiraciones controladas, demasiado medidas para ser naturales. Está luchando por mantener la calma. Está fallando.

—No creo en el destino —dice finalmente, respondiendo a mi pregunta con una voz que intenta ser profesional—. Creo en las coincidencias y en las decisiones.

Una sonrisa se forma en mis labios sin que pueda evitarlo. Tiene carácter. Me gusta. Me gusta demasiado.

—Qué conveniente, doctora —respondo, saboreando cada sílaba—. Porque hay decisiones que cambian vidas. Como la de entrar en ese baño turco.

Veo el impacto de mis palabras en sus ojos. El destello de alarma. La chispa de algo más que no quiere admitir. Bien. Quiero que sepa que recuerdo cada segundo de nuestro encuentro.

—Señor Salvatore... —comienza, aferrándose a la formalidad como un escudo.

—Luca —la corrijo, acercándome un paso más a su escritorio—. Mi nombre es Luca. Y tú lo sabes.

La veo tragar saliva. Su mano aprieta el bolígrafo con tanta fuerza que temo que pueda romperse.

—Luca —concede finalmente—. Creo que deberíamos aclarar algo. Nuestro... encuentro previo fue una coincidencia desafortunada. Si te sientes incómodo con que sea tu terapeuta, puedo recomendarte a otros profesionales igualmente cualificados.

La idea de que intente alejarme, de perderla de nuevo, hace que algo primitivo se agite en mi interior. Un gruñido casi escapa de mi garganta, pero lo contengo. No puedo asustarla. No ahora.

La observo detenidamente. La tensión en sus hombros. La forma en que evita mirarme directamente más de unos segundos. Está preparada para huir. Como un animal salvaje que ha olido al depredador.

Necesito cambiar de estrategia.

Necesito que piense que estoy relajado.

Que no acaba de cambiar todo mi mundo.

Retrocedo lentamente y me siento en el diván. Adopto una postura deliberadamente relajada, no amenazante. La veo exhalar ligeramente, su cuerpo aflojando una fracción de su rigidez.

—No quiero otro terapeuta —digo con voz más suave—. Te quiero a ti.

Sus pupilas se dilatan ante la ambigüedad de mis palabras. Bien. Que entienda exactamente lo que quiero decir.

—Eso no es... apropiado —responde, pero hay un temblor en su voz que me dice que la estoy afectando.

—Pocas cosas en mi vida lo son —me encojo de hombros—. Pero puedo jugar según tus reglas. Por ahora.

La última frase la digo más baja, casi para mí mismo, pero sé que la ha escuchado por la forma en que se tensa nuevamente.

—Bien —dice, recuperando algo de su compostura profesional—. ¿Por qué no empezamos hablando de lo que te trae aquí?

Considero mis opciones. Podría mentir. Podría darle la versión suave que Leone preparó. Pero algo en ella me hace querer revelar partes de mí que

normalmente mantengo ocultas. No todo, solo lo suficiente para mantenerla intrigada.

—Tengo problemas con el control —digo simplemente—. Hay momentos en los que... me pierdo. Y cuando vuelvo, las cosas nunca son las mismas.

Lo digo con deliberada ambigüedad, observando su reacción. Ella inclina ligeramente la cabeza, evaluándome.

—¿Con qué frecuencia ocurre? —pregunta, su voz profesional, pero con un matiz de genuina curiosidad.

—Lo suficiente para preocupar a Renzo —respondo—. Lo suficiente para que me haya traído aquí.

—¿Y qué desencadena estos episodios? —presiona, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Sonrío lentamente.

—Mi turno de preguntar, doctora.

Frunce el ceño, confundida.

—¿Disculpa?

—Propongo un intercambio —explico, enderezándome en el diván—. Por cada pregunta que respondas sobre ti, yo responderé una sobre mí. Con total honestidad.

Veo la lucha en su rostro. La profesional quiere rechazar mi propuesta inmediatamente. La mujer... la mujer quiere saber más.

—Así no es cómo funciona la terapia —dice finalmente.

—Nada en mi vida funciona como debería —respondo, sosteniendo su mirada—. Pero es mi oferta. Tómala o déjala.

Se queda en silencio, evaluándome. Puedo ver los engranajes girando en su mente, sopesando riesgos y beneficios.

—Una pregunta para mí, dos para ti —contraoferta finalmente—. Y me reservo el derecho a no responder si considero que es inapropiado.

Victoria. Sonrío.

—Trato hecho. Yo primero. ¿Por qué huiste del baño turco?

La pregunta la toma por sorpresa, aunque debería haberla esperado. Se toma un momento antes de responder, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Porque me sentí... expuesta —dice finalmente—. Y no me refiero solo a la falta de ropa.

Es una respuesta esquiva, pero hay verdad en ella. Lo veo en la forma en que evita mi mirada mientras habla.

—Tu turno —concedo, genuinamente curioso por lo que preguntará.

—¿Qué te pasó? —su voz es suave pero directa—. ¿De qué trauma estamos tratando realmente?

No esperaba que fuera tan directa. La mayoría de los terapeutas dan rodeos, establecen confianza primero. Ella va directa a la yugular. Me gusta cada vez más.

—Digamos que aprendí demasiado joven lo que significa estar a merced de otros —respondo, midiendo cada palabra—. Las cicatrices que viste... son solo la superficie.

Veo un destello de algo en sus ojos. No es lástima, gracias a Dios. Es algo más profundo. Más personal. Como si entendiera exactamente de qué estoy hablando.

—¿Siempre eres tan cautelosa con las personas que conoces? —pregunto, a pesar de saber que no es mi turno, pero ella no se da cuenta. O está tan metida como yo en nuestro intercambio.

Se tensa visiblemente. No es la pregunta que esperaba.

—Sí —responde simplemente—. La cautela me ha mantenido viva.

Es una frase extraña, cargada de significado. «Me ha mantenido viva», no «me ha mantenido a salvo». Interesante. Muy interesante.

—Tu turno —digo, observando cómo procesa mi reacción.

—¿Qué desencadena tus episodios? —pregunta, volviendo al tema profesional.

Considero cuánto revelar.

—Recuerdos, principalmente. Situaciones que... despiertan al niño que fui.

Es vago, pero no es mentira. Veo que capta la importancia de lo que no estoy diciendo.

—Mi turno —digo antes de que pueda indagar más—. ¿Tienes a alguien en tu vida? ¿Alguien importante?

—Eso es inapropiado —responde automáticamente.

—¿Lo es? ¿O simplemente no quieres responder?

Nos miramos fijamente, una batalla silenciosa de voluntades. Finalmente, ella aparta la mirada primero.

—No —dice en voz baja—. No tengo a nadie. No puedo.

Las últimas dos palabras son apenas un susurro, como si no hubiera pretendido decirlas en voz alta. «No puedo». No «no quiero». Interesante.

—Tu turno —digo, dándole espacio para recuperarse.

Se aclara la garganta, volviendo a su papel profesional.

—¿Qué esperas conseguir de estas sesiones, Luca? Ni siquiera pretendes abrirte a mí.

La miro directamente a los ojos.

—Paz.

No es toda la verdad, pero tampoco es mentira. Desde que la vi en ese baño turco, no he tenido un momento de tranquilidad. Cada pensamiento, cada sueño, cada segundo despierto ha estado consumido por ella.

—¿Y crees que yo puedo dártela? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que no había mostrado hasta ahora.

—Creo que eres la única que puede —respondo con honestidad.

Un silencio cae entre nosotros, cargado de cosas no dichas. Puedo sentir la electricidad en el aire, la tensión que nos conecta a través del espacio que nos separa.

—Mi turno —digo suavemente—. ¿Te gustaría tomar un café conmigo? Fuera de aquí. Sin expedientes, sin divanes.

Una risa sorprendida escapa de sus labios, y el sonido me golpea como un puñetazo en el estómago. Es hermosa cuando se ríe, con una luz que transforma todo su rostro.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto, genuinamente curioso.

—Lo siento —dice, controlando su risa—. Es solo que... no puedo imaginarte en una cafetería normal. Sentado tranquilamente entre personas comunes, tomando un latte.

Su observación me desconcierta. Es cierto que no frecuento cafeterías. Que evito lugares públicos donde la gente podría reconocerme o donde me sentiría expuesto. Pero me molesta que ella lo haya notado tan fácilmente.

—Hay muchas cosas que no puedes imaginar sobre mí, doctora —respondo, mi voz más baja, más íntima—. Pero me encantaría mostrártelas.

El rubor que sube por su cuello es fascinante. Quiero seguirlo con mis dedos, con mis labios.

—No has respondido mi pregunta —insisto—. ¿Café? ¿Tú y yo?

—No —dice finalmente—. No sería ético.

—¿Porque soy tu paciente?

—Porque eres mi paciente, sí.

Me fijo en cómo toma su propio café que está vacío sobre la mesa. Negro, sin azúcar, con olor a canela. Lo memorizo para más tarde.

—¿Y si no lo fuera? —presiono.

—Esa es otra pregunta —evade hábilmente—. Mi turno. ¿Qué sucedió recientemente que hizo necesaria esta terapia?

La imagen del niño usado como escudo humano destella en mi mente. El terror en sus ojos. Siento cómo mis manos se tensan involuntariamente.

—Vi algo que me recordó demasiado a mi pasado —respondo con cuidado —. Y reaccioné... mal.

Es el eufemismo del siglo, pero no puedo decirle que masacré a quince hombres. No todavía.

El reloj en la pared marca el final de nuestra hora. Siento una punzada de frustración. No quiero irme. No quiero dejarla ir.

—Nuestro tiempo ha terminado —dice, y parece casi aliviada—. Continuaremos la próxima semana.

—Una semana es demasiado tiempo —respondo inmediatamente—. Necesito otra sesión antes.

Frunce el ceño.

—Mi agenda está completa hasta entonces.

—Estoy teniendo problemas para dormir —insisto—. Pesadillas. Podría ser peligroso dejarme así una semana entera.

Es una manipulación descarada, y por su expresión, sé que ella lo sabe. Pero también sabe que hay verdad en mis palabras. Los expedientes no mienten: soy una persona inestable.

—Tengo un hueco el martes —dice finalmente—. A las cinco.

Sonrío.

—Perfecto.

Me levanto y me acerco a su escritorio. Ella se tensa visiblemente, pero no retrocede. Es valiente.

—Hasta el martes, doctora —digo, extendiendo mi mano.

Duda un segundo antes de estrecharla. Su piel es suave, cálida. El contacto envía una descarga eléctrica por mi brazo. Por la forma en que contiene la respiración, sé que ella también lo ha sentido.

Mantengo su mano en la mía un segundo más de lo necesario.

—Gracias por no huir esta vez.

La suelto antes de que pueda responder y me dirijo a la puerta. Puedo sentir sus ojos en mi espalda mientras salgo.

Renzo me espera en el pasillo, su expresión inescrutable como siempre.

—¿Y bien? —pregunta mientras caminamos hacia el ascensor—. ¿Ha sido tan terrible como esperabas? Has aguantado la hora entera.

No respondo inmediatamente. Espero hasta que las puertas del ascensor se cierran tras nosotros, aislándonos.

Entonces, por primera vez en semanas, sonrío. Una sonrisa genuina, no la mueca sardónica que suelo mostrar.

—La he encontrado —digo simplemente.

Renzo me mira confundido.

—¿A quién?

—A la chica del gimnasio —respondo—. La que he estado buscando por toda la ciudad.

Sus ojos se ensanchan ligeramente.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Estaba en la consulta de la psicóloga?

Mi sonrisa se amplía, probablemente haciéndome parecer el lunático que todos creen que soy.

—Es la psicóloga.

Renzo me mira fijamente durante un largo momento. Luego sacude la cabeza, una mezcla de incredulidad y resignación en su rostro.

—Joder, esto no va a acabar bien —murmura—. Que Dios nos pille confesados.

No me importa su preocupación. No me importa nada excepto el hecho de que la he encontrado. Y esta vez, no voy a dejar que se me escape.

Mientras bajamos en el ascensor, saco discretamente mi teléfono y envío un mensaje a Carlo, mi hombre más discreto: «Necesito vigilancia 24/7 y un informe completo. Doctora K. Petrova. Prioridad máxima.»

Adjunto la ubicación.

La respuesta llega en segundos: «Entendido, jefe.»

Guardo el teléfono antes de que Renzo lo note. Ahora que la he encontrado, no pienso perderla de vista ni un segundo. Cada paso que dé, cada persona con la que hable, cada lugar que visite... lo sabré todo.

Y cuando llegue el momento adecuado, cuando entienda qué secretos esconde detrás de esos ojos que han visto demasiado, entonces... entonces será mía.

CAPÍTULO 9

KATIA

La cena para una sola persona es siempre igual. Un plato sencillo, ensalada y pollo a la plancha. Un vaso de vino tinto. La televisión encendida para llenar el silencio de mi apartamento.

Me siento en el sofá con las piernas recogidas bajo mi cuerpo y el plato en mi regazo. En la pantalla, una pareja discute sobre algo que olvidarán en el próximo episodio. No presto atención realmente. Mi mente está en otro lugar. En otra persona.

Luca Salvatore.

Intento concentrarme en los aspectos profesionales del caso. Sus episodios disociativos. Su trauma infantil apenas mencionado. La forma en que evitó hablar directamente de lo que desencadenó su último episodio.

Pero lo que regresa una y otra vez no es el caso. Es él. Sus ojos verdes que parecían ver a través de mí. Sus manos grandes, marcadas por cicatrices antiguas. La electricidad que sentí cuando sus dedos tocaron los míos.

—Esto es ridículo —murmuro, tomando un sorbo de vino más largo de lo necesario.

He tratado a decenas de pacientes traumatizados. Algunos atractivos, otros carismáticos. Ninguno me ha afectado así. Ninguno ha hecho que mi corazón se acelere con solo recordar su voz.

«Te quiero a ti.»

Sus palabras resuenan en mi cabeza. La ambigüedad deliberada, la intensidad de su mirada cuando las pronunció. Sé que debería transferir su caso a otro terapeuta. Es lo ético, lo profesional.

Pero no puedo. Y eso me aterra.

Dejo el plato a medio terminar en la cocina y me sirvo otra copa de vino. El alcohol no ayudará, lo sé, pero esta noche necesito algo que adormezca mis pensamientos.

Me acerco a la ventana y observo la ciudad. Luces que parpadean en la oscuridad. Vidas que continúan, ajenas a mis conflictos internos. Me pregunto cuántas personas estarán ahí fuera, sintiéndose tan solas como yo.

Veinte años huyendo. Veinte años sin permitirme formar vínculos reales. Sin permitirme sentir... esto. Lo que sea que es esto que Luca ha despertado en mí.

Mi mirada se dirige instintivamente hacia la estantería donde guardo mi caja de recuerdos. Un hábito peligroso, coleccionar fragmentos de las vidas que he dejado atrás. Postales de ciudades donde viví brevemente. Pequeños objetos que significaron algo en algún momento. Pruebas de que existí en esos lugares, aunque fuera por poco tiempo.

La maleta bajo mi cama es otro recordatorio constante. Siempre lista, siempre preparada. Ropa básica, documentación falsa, dinero en efectivo. Lo esencial para desaparecer en cuestión de minutos si es necesario.

Así es como vivo. Siempre alerta, siempre con un pie en la puerta.

Y, sin embargo, hoy, por primera vez en mucho tiempo, me pregunto cómo sería quedarme. Cómo sería no tener que huir.

Termino mi vino y me dirijo al baño. La rutina nocturna es otro ancla en mi vida caótica. Desmaquillarme. Cepillar mis dientes. Aplicar crema hidratante. Pequeños rituales que me dan la ilusión de normalidad.

El reflejo en el espejo me muestra a una mujer que apenas reconozco. Mis ojos parecen diferentes. Más brillantes. Más vivos. Como si algo dormido durante mucho tiempo hubiera comenzado a despertar.

—Para —me digo a mí misma—. Es solo un paciente. Un paciente peligroso, complicado y absolutamente inapropiado.

Pero incluso mientras pronuncio las palabras, sé que estoy mintiendo. Luca Salvatore no es solo un paciente. No para mí. Y eso hace que todo sea infinitamente más peligroso.

Me pongo el pijama y me meto en la cama. Apago la luz, pero el sueño no viene. En la oscuridad, los recuerdos del día son más vívidos. Su voz. Su aroma. La forma en que sus labios se curvaron en una sonrisa cuando dejé escapar aquella risa involuntaria.

«Hay muchas cosas que no puedes imaginar sobre mí, doctora. Pero me encantaría mostrártelas.»

Un escalofrío recorre mi cuerpo, y no es de miedo. Eso es lo que más me asusta. Que lo que siento cuando pienso en él no se parece en nada al miedo que debería sentir.

Cierro los ojos, intentando vaciar mi mente. Mañana será otro día. Mañana recuperaré mi profesionalismo. Mañana recordaré quién soy y por qué no puedo permitirme sentir esto.

Pero esta noche, en la seguridad de mi hogar, me permito recordar cómo se sintió su mano en la mía. Y por un breve momento, antes de que el sueño me reclame, me pregunto cómo se sentiría rendirme a esta atracción imposible.

LUCA

La noche me pertenece. Siempre ha sido así.

Mientras el resto del mundo duerme, yo acecho. Observo. Cazo.

Y esta noche, mi presa es ella.

El apartamento de Katia está en el tercer piso de un edificio sin portero en Williamsburg. Modesto, anónimo, con un sistema de seguridad decente pero no excepcional. El tipo de lugar diseñado para no llamar la atención.

Carlo ha hecho un buen trabajo recopilando información básica. Pero necesito más. Necesito entenderla. Y para eso, necesito ver cómo vive cuando cree que nadie la observa.

Espero en mi coche hasta que las luces de su apartamento se apagan. Dos horas más para asegurarme de que esté profundamente dormida. Luego me muevo.

El acceso al edificio es ridículamente fácil. Una cerradura electrónica que cede en segundos con el dispositivo que Tony diseñó. Las cámaras de seguridad ya han sido hackeadas para mostrar grabaciones en bucle. Nadie sabrá que estuve aquí.

Subo por las escaleras, evitando el ascensor. Mis pasos son silenciosos, años de práctica en el arte de la infiltración. La puerta de su apartamento presenta un desafío mayor, pero nada que no pueda superar en menos de un minuto.

Y entonces estoy dentro.

Algo dentro de mí sabe que lo que estoy haciendo está mal. A la otra parte le da completamente igual. Katia ha sido mía desde el mismo momento en que la vi. Esto lo hago para conocerla. Esto lo hago para entenderla. Esto lo hago para cuidarla. Es mi obligación. Es mi privilegio.

Su aroma me golpea inmediatamente. Jazmín, cítricos y algo más personal, más íntimo. El olor de su piel. Cierro los ojos por un momento,

permitiéndome absorberlo, memorizarlo.

Me muevo como una sombra por el apartamento. La sala de estar es minimalista. Pocos muebles, ninguna fotografía personal. Las paredes están desnudas excepto por un par de láminas abstractas. No hay nada que indique quién vive aquí. Como si fuera un espacio de alquiler temporal, no un hogar.

La cocina cuenta la misma historia. Utensilios básicos. Una botella de vino tinto a medio terminar en la encimera. Una copa con un residuo púrpura en el fondo. Un plato con restos de cena en el fregadero.

Hay algo profundamente triste en este lugar. Es funcional, limpio, pero carece de alma. Como si su ocupante no esperara quedarse mucho tiempo.

Mi atención se dirige a una pequeña estantería junto a la ventana. A diferencia del resto del apartamento, este rincón parece contener algo personal. Me acerco, curioso.

Una caja de madera, sencilla pero elegante, descansa en el estante central. La abro con cuidado.

Dentro, encuentro un tesoro. Postales de diferentes ciudades: Berlín, París, Chicago, Seattle, Barcelona. Ninguna escrita, solo coleccionadas. Un pequeño guijarro con una fecha grabada. Un boleto de teatro. Un pañuelo de seda con iniciales bordadas que no corresponden a su nombre.

Son recuerdos, pero no los típicos que la gente guarda. No hay fotos con amigos o familiares. No hay cartas de amor. Solo estos pequeños testigos silenciosos de lugares donde estuvo. Momentos que significaron algo para ella, pero que parece haber dejado atrás.

¿Quién eres realmente, Katia Petrova?

Dejo la caja exactamente como la encontré y continúo mi exploración. El baño revela poco: productos básicos de higiene, una botella de perfume caro que parece ser su único lujo.

Finalmente, llego a su dormitorio.

Contengo la respiración mientras entro. La habitación está en penumbra, iluminada solo por la luz de la ciudad que se filtra a través de las cortinas entreabiertas. Y allí está ella, dormida en su cama.

Verla así, vulnerable, inconsciente de mi presencia, despierta algo primitivo en mi interior. Un instinto de posesión tan intenso que me deja momentáneamente paralizado.

Su cabello rubio se extiende sobre la almohada como un halo dorado. Su rostro, libre del control que mantiene durante el día, parece más joven, más suave. Sus labios están ligeramente entreabiertos, y por un momento enloquecedor, considero cómo se sentirían contra los míos.

Me acerco silenciosamente, manteniéndome en las sombras. Observo cómo su pecho sube y baja con cada respiración. El ritmo hipnótico de alguien en sueño profundo.

Algo se agita bajo la superficie de mi consciencia. Un reconocimiento. Esto no es normal. Lo que estoy haciendo, lo que estoy sintiendo... va más allá de la curiosidad o la atracción. Es obsesión. Una necesidad visceral de poseerla, de conocer cada secreto, cada pensamiento, cada miedo.

Debería asustarme. Debería hacerme retroceder.

No lo hace.

Mi mirada se dirige al espacio bajo su cama, donde distingo el contorno de algo. Me agacho y descubro una maleta. Pequeña, compacta, del tipo que puedes llevar como equipaje de mano en un avión.

La abro con infinito cuidado. Dentro hay lo esencial para una huida rápida. Ropa básica. Un neceser con artículos de higiene. Un sobre con lo que parecen ser varios miles de dólares en efectivo. Y más inquietante aún, un pasaporte que, cuando lo abro, muestra su foto, pero con un nombre diferente.

Katia Petrova está preparada para desaparecer en cualquier momento.

Esa idea me golpea como una maza.

¿De quién huyes, doctora?

Vuelvo a colocar todo exactamente como estaba y me incorporo. Permanezco inmóvil junto a su cama, observándola dormir. Hay una paz en ella ahora que no vi durante nuestra sesión. Una vulnerabilidad que despierta en mí un instinto protector tan feroz como inesperado.

Quiero matar a cualquiera que la haya hecho sentir que necesita estar siempre lista para huir.

Y al mismo tiempo, una parte oscura de mí se regocija. Porque si está huyendo, si tiene secretos, entonces es tan complicada como yo. Tan rota. Tan perfecta para mí.

En un impulso que no puedo controlar, me inclino y aspiro profundamente cerca de su cuello, capturando su aroma. Jazmín, cítricos y ella. Mi nueva

obsesión.

Se mueve ligeramente en sueños, murmurando algo ininteligible. Me quedo completamente inmóvil, conteniendo la respiración. No se despierta.

Es hora de irme. He visto suficiente por esta noche.

Salgo tan silenciosamente como entré, asegurándome de dejar todo exactamente como estaba.

De vuelta en mi coche, miro hacia su ventana una última vez. La ciudad duerme a mi alrededor, ajena a lo que acaba de suceder. A la conexión que se está formando, inevitable como la gravedad.

Mientras conduzco de regreso a la mansión, me doy cuenta de que estoy sonriendo. Una sonrisa que haría que la mayoría de la gente cruzara la calle para evitarme.

Porque ahora sé algo que nadie más sabe. Ahora tengo piezas de ella que nadie más ha visto.

Y pronto, muy pronto, la tendré a ella por completo.

CAPÍTULO 10

LUCA

El cuchillo gira entre mis dedos, una extensión de mi propio cuerpo. Hipnótico. Familiar. El único consuelo que conozco cuando los recuerdos amenazan con ahogarme.

Sentado en el suelo de mi habitación, la espalda contra la pared, observo el filo capturar y reflejar la luz. Un giro, dos giros, tres. El ritual que calma mi mente, que mantiene a raya los fantasmas.

Pero esta noche no está funcionando.

Han pasado dos días desde que estuve en su apartamento. Dos días desde que aspiré su aroma mientras dormía. Dos días en los que no he podido pensar en otra cosa que no sea ella.

El informe de Carlo llegó esta mañana. Treinta páginas sobre Katia Petrova. Su historial médico. Sus calificaciones académicas. Sus anteriores lugares de residencia: Seattle, Chicago, Boston, todos por períodos cortos. Sus cuentas bancarias, modestas, pero con transferencias regulares a fondos de inversión sin vigilar. Su historial de viajes.

Y, sin embargo, nada sobre su infancia. Nada sobre su familia. Como si hubiera aparecido de la nada a los dieciocho años, cuando se matriculó en la universidad.

Carlo encontró algo más, algo que hace que mi sangre hierva: visitas regulares de un hombre a su consulta. No como paciente. Reuniones privadas, fuera de su horario habitual. Un hombre que, según las fotografías de vigilancia, parece demasiado cómodo en su presencia.

¿Quién es él? ¿Qué significa para ella?

El cuchillo se detiene en mi mano. Lo aprieto con fuerza, sintiendo el frío metal contra mi palma.

«No tengo a nadie. No puedo.»

Eso fue lo que dijo cuando le pregunté si tenía a alguien importante en su vida. ¿Me mintió? ¿O este hombre es algo más? ¿Un contacto? ¿Alguien relacionado con su pasado misterioso?

Necesito saberlo. Necesito entender cada parte de ella.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—Luca —la voz de Renzo, firme pero cautelosa—. Leone está aquí para tu revisión.

La revisión. Lo había olvidado. También parte del trato para que me permitieran volver al trabajo: chequeos regulares con el médico de la familia.

—Dame un minuto —respondo, mi voz más áspera de lo que esperaba.

Guardo el cuchillo en su funda y me pongo de pie. Me paso una mano por el pelo, intentando parecer más compuesto de lo que me siento. No necesito que Renzo o Leone vean lo que está pasando dentro de mi cabeza. El caos. La obsesión.

Cuando abro la puerta, ambos están esperando. Renzo, impecable como siempre en su traje negro. Leone, con su maletín médico y esa mirada evaluativa que tanto detesto.

—¿Podemos hacer esto rápido? —pregunto, dirigiéndome a Leone—. Tengo cosas que hacer.

—Por supuesto —responde con ese tono profesional que usa cuando cree que estoy al borde de otro episodio—. Solo algunas preguntas y un chequeo básico.

Nos dirigimos al estudio de Renzo. Es el lugar donde siempre hacemos estas «revisiones». Neutral. Seguro. Con suficientes salidas para todos si las cosas se ponen feas.

Me siento en el sofá de cuero, deliberadamente relajado. Leone toma asiento frente a mí, mientras Renzo se apoya contra su escritorio, aparentemente casual pero estratégicamente posicionado.

—¿Cómo te has sentido desde la sesión con la doctora Petrova? —comienza Leone, sacando su libreta.

El nombre hace que algo se agite dentro de mí. Una mezcla de deseo y posesividad que me cuesta controlar. No me gusta que nadie hable de ella.

—Bien —respondo escuetamente.

—¿Has tenido problemas para dormir? ¿Pesadillas?

Pienso en las últimas noches. En cómo he pasado horas mirando el techo, reviviendo cada segundo en su presencia. En cómo su rostro dormido aparece cada vez que cierro los ojos.

—Lo normal.

Leone intercambia una mirada con Renzo. No me están creyendo.

—Luca —interviene Renzo—, necesitamos honestidad aquí. Si la terapia no está funcionando...

—La terapia está bien —lo corto—. La doctora Petrova es... competente.

La palabra se queda corta. Tan ridículamente inadecuada para describir lo que ella es. Lo que significa para mí.

—¿Has tenido algún episodio? —pregunta Leone—. ¿Momentos en los que te hayas desconectado?

—No —miento.

Porque no puedo decirles que cada vez que pienso en el hombre que visita a Katia, siento que algo oscuro se agita en mi interior. Que ayer, cuando Carlo me mostró las fotos, destrocé media habitación antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Y los medicamentos? —continúa Leone—. ¿Los estás tomando según lo prescrito?

Otra mentira.

—Sí.

Las pastillas están intactas en su frasco. Odio cómo me hacen sentir. Embotado. Lento. Vulnerable.

Leone suspira, claramente no convencido.

—Vamos a revisar tus signos vitales.

Se levanta y se acerca con su estetoscopio. Detesto esta parte. El contacto físico. La invasión de mi espacio. Pero me obligo a quedarme quieto mientras coloca el frío metal contra mi pecho.

—Respira profundo —instruye.

Obedezco mecánicamente, pero mi mente está en otro lugar. En un apartamento en Williamsburg. Con una mujer dormida con una maleta preparada bajo su cama.

—Tu presión está alta —comenta Leone después de medirla—. Y tu pulso acelerado. ¿Estás seguro de que te sientes bien?

—Perfectamente —respondo, cada vez más irritado con este interrogatorio.

Leone saca una pequeña linterna y la dirige hacia mis ojos.

—Mira hacia arriba.

La luz es repentina, demasiado brillante. Y entonces sucede.

Un destello. No de la linterna, sino en mi mente. Una imagen superponiéndose a la realidad.

El sótano. La luz cegadora en mis ojos mientras me preguntan dónde está escondido mi padre. El dolor que sigue cuando no respondo. El cuchillo brillando bajo esa misma luz.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Un movimiento reflejo, violento e instintivo.

Mi mano encuentra la muñeca de Leone, torciéndola con fuerza suficiente para hacer que la linterna caiga al suelo. Lo siguiente que sé es que lo tengo contra la pared, mi antebrazo presionando su garganta.

No veo a Leone. Veo a uno de ellos. Los hombres del sótano.

—Luca, ¡para! —la voz de Renzo parece venir de muy lejos—. ¡No es real! ¡Estás a salvo!

Pero no estoy a salvo. Nunca estoy a salvo. Siempre vuelven por mí.

Siento manos en mis hombros, intentando apartarme. Me giro, listo para atacar. Mi puño conecta con algo sólido. Escucho un gruñido de dolor.

Renzo. He golpeado a Renzo.

Esta realización debería sacarme del episodio, pero estoy demasiado perdido. La habitación se ha convertido en el sótano. Leone y Renzo son mis torturadores. Y yo soy ese niño de doce años otra vez, luchando por su vida.

—¡Luca! —la voz de Renzo, más fuerte esta vez—. Tendremos que avisar a tu psiquiatra. A Katia.

Su nombre es como un ancla en medio de la tormenta. Me aferro a él, intentando volver a la superficie.

Katia. Su cabello rubio extendido sobre la almohada. Su respiración tranquila mientras duerme. El aroma a jazmín y cítricos.

Parpadeo, y la realidad comienza a filtrarse de nuevo. El estudio de Renzo. Leone contra la pared, tosiendo. Renzo frente a mí, un hilo de sangre corriendo desde su labio partido.

—Joder —murmuro, retrocediendo hasta que mi espalda golpea la pared opuesta—. Joder, joder, joder.

La realidad de lo que acabo de hacer me golpea como un puñetazo en el estómago. He atacado a Leone. He golpeado a Renzo. A las dos únicas

personas que han estado ahí para mí desde que me sacaron de ese maldito sótano.

—Estoy bien —dice Leone, masajeándose la garganta—. Solo fue un episodio.

Pero no estoy escuchando. La vergüenza y el asco hacia mí mismo son demasiado intensos. Me deslizo por la pared hasta quedar sentado en el suelo, la cabeza entre las manos.

—Lo siento —digo, mi voz apenas audible—. Lo siento.

Renzo se acerca lentamente, como quien se aproxima a un animal herido. Se agacha frente a mí, ignorando su propio labio sangrante.

—No es tu culpa —dice con esa firmeza que siempre me ha anclado—. Pero esto confirma lo que ya sabíamos. Necesitas ayuda, Luca. Más de lo que pensábamos.

Asiento débilmente. No puedo discutir. No después de esto.

—Voy a llamar a la doctora Petrova —anuncia Leone, sacando su teléfono —. Creo que necesitamos adelantar tu próxima sesión.

Al escuchar su nombre, algo se agita dentro de mí. Mitad esperanza, mitad terror. La idea de verla antes, mezclada con el miedo de que me vea así. Roto. Fuera de control. Un monstruo.

—No —digo rápidamente—. No quiero que me vea así.

Renzo y Leone intercambian una mirada que conozco demasiado bien. La mirada que dice que mi opinión no importa en este momento.

—Necesita saber con qué está tratando —dice Leone con suavidad—. Si queremos que te ayude, tiene que entender la gravedad de la situación.

Quiero protestar, pero estoy demasiado agotado. El episodio me ha dejado vacío, como siempre. Así que me quedo sentado en silencio mientras Leone sale de la habitación para hacer la llamada.

Renzo permanece conmigo, en silencio. No necesitamos palabras. Nunca las hemos necesitado.

Después de lo que parecen horas, Leone regresa.

—He hablado con ella —informa—. Ha adelantado tu cita para mañana a las cuatro.

Mañana. Veinticuatro horas. Tan pronto y a la vez tan lejos.

—Le he explicado lo sucedido —continúa Leone—. Fue muy profesional, pero parecía genuinamente preocupada.

Preocupada. La palabra hace que algo se retuerza en mi pecho. No quiero su preocupación profesional. Quiero... no sé qué quiero de ella. Solo sé que es más de lo que debería.

—Deberías descansar —sugiere Renzo, poniéndose de pie—. Te traeré algo de comer más tarde.

Asiento, demasiado cansado para discutir. Me levanto con piernas temblorosas y me dirijo a la puerta.

Antes de salir, me detengo. Sin mirarlos, digo:

—Lo siento. De verdad.

—Lo sabemos —responde Renzo—. Descansa, hermano.

Mientras camino hacia mi habitación, un pensamiento se forma en mi mente, claro y terrible: si esto es lo que le hago a las personas que me importan, ¿qué podría hacerle a ella?

La idea de lastimar a Katia, de ver miedo en sus ojos dirigido hacia mí, hace que algo se rompa dentro de mi pecho.

Por primera vez en mucho tiempo, siento verdadero miedo. No por mí, sino por ella. Por lo que mi oscuridad podría hacerle a su luz.

KATIA

El teléfono suena mientras estoy terminando con mi último paciente del día. Lo ignoro, concentrándome en el veterano de Afganistán que finalmente está abriendo sobre sus experiencias. Momentos así son sagrados en mi profesión, ventanas a almas heridas que rara vez se abren.

Solo cuando Robert se va, con una sonrisa tímida y la promesa de volver la próxima semana, reviso mi teléfono. Número desconocido. Una llamada perdida y un mensaje de voz.

Presiono reproducir, esperando algún posible nuevo paciente.

«Doctora Petrova, soy el doctor Leone. Disculpe la llamada sin previo aviso, pero ha surgido una situación con nuestro paciente común, Luca Salvatore. Ha tenido un episodio disociativo severo. Físicamente está bien, pero creo que sería beneficioso adelantar su próxima sesión. Por favor, llámeme cuando reciba este mensaje.»

Mi corazón se acelera mientras escucho. Un episodio disociativo. La voz de Leone suena tensa, casi rasposa, como si hubiera estado gritando. O como si alguien hubiera estado apretando su garganta.

Marco su número inmediatamente, mi mente profesional ya evaluando posibilidades, preparando enfoques terapéuticos. Pero hay algo más bajo esa respuesta clínica. Una preocupación que va más allá de lo profesional.

—Doctor Leone —responde al segundo tono.

—Soy la doctora Petrova —digo, manteniendo mi voz calmada—. Recibí su mensaje sobre Luca. ¿Puede darme más detalles?

Hay una breve pausa, como si estuviera considerando cuánto decirme.

—Estábamos haciendo un chequeo de rutina —comienza—. Usé una linterna para examinar sus pupilas y... se desconectó. Completamente. Atacó a Renzo y a mí antes de que pudiéramos calmarlo.

—¿Estáis heridos? —pregunto, mi preocupación genuina.

—Nada serio —responde, pero hay un matiz en su voz que me dice que está minimizando la situación—. Renzo tiene el labio partido. Yo tendré algunos moretones en el cuello. Nos hemos visto en peores situaciones.

La tranquilidad con la que habla de la violencia me inquieta. Como si los ataques de Luca fueran algo habitual, algo con lo que han aprendido a vivir.

—¿Y Luca? ¿Cómo está ahora?

—Físicamente bien —responde Leone—. Emocionalmente... destrozado. Estos episodios siempre lo dejan exhausto y lleno de culpa. Se odia a sí mismo por perder el control.

Anoto mentalmente esta información. La culpa post-episodio. El auto-odio. Elementos cruciales para entender su patrón. Elementos que lo hacen todavía más real.

—¿Qué lo desencadenó exactamente? Mencionó una linterna.

Leone suspira.

—La luz brillante en sus ojos. Creemos que es un disparador relacionado con su trauma infantil. No es la primera vez que sucede.

Pienso en lo poco que Luca me ha contado. Las cicatrices. La mención vaga de un sótano. Las piezas comienzan a encajar, formando un cuadro cada vez más oscuro.

—Puedo verlo mañana a las cuatro —ofrezco—. Voy a cancelar una consulta para atenderlo.

—Se lo agradezco —dice Leone, y suena sinceramente aliviado—. Hay algo más que debería saber.

—¿Sí?

—Cuando estaba en medio del episodio, completamente perdido en sus flashbacks... Renzo mencionó su nombre. Y funcionó. Lo trajo de vuelta.

Un escalofrío recorre mi columna.

—¿Mi nombre?

—Sí —confirma Leone—. No sé qué significa, pero pensé que debería saberlo.

Después de colgar, me quedo inmóvil en mi silla, procesando esta nueva información. El hecho de que mi nombre pudiera anclar a Luca durante un episodio disociativo es... significativo. Demasiado significativo.

Como profesional, debería estar evaluando esto clínicamente. Como terapeuta de trauma, debería estar considerando las implicaciones para su tratamiento.

Pero como mujer, como ser humano, lo que siento es algo completamente diferente. Algo que no debería estar sintiendo por un paciente.

Me levanto y camino hacia la ventana, observando la ciudad mientras el sol comienza a ponerse. Las luces se encienden una a una, como estrellas en un cielo urbano.

Pienso en Luca. En su fuerza bruta y su vulnerabilidad oculta. En cómo sus ojos parecen ver directamente dentro de mí. En cómo su voz hace que algo en mi interior se estremezca.

Y me pregunto, no por primera vez, si estoy cometiendo un error al seguir siendo su terapeuta. Si la conexión que siento no está cruzando líneas que deberían permanecer firmemente trazadas.

Pero luego recuerdo su dolor. Su lucha. La forma en que me miró cuando dijo que yo era la única que podía darle paz.

¿Cómo puedo abandonarlo ahora? ¿Cómo puedo dejarlo cuando mi nombre es lo que lo trae de vuelta de la oscuridad?

Tomo mi teléfono y reviso su expediente, buscando pistas, patrones, cualquier cosa que pueda ayudarme a entenderlo mejor. A ayudarlo mejor.

Porque eso es lo que me digo a mí misma. Que solo quiero ayudarlo. Que mi interés es puramente profesional.

La mentira suena hueca incluso en mi propia mente.

Mañana lo veré. Mañana tendré que enfrentar lo que sea que está creciendo entre nosotros. Y temo, más que nada, que no tenga la fuerza para hacer lo correcto.

Porque lo correcto sería transferirlo a otro terapeuta. Alguien que pueda mantener la distancia profesional que yo estoy perdiendo rápidamente.

Pero la idea de no volver a verlo, de no estar ahí cuando me necesite, hace que algo dentro de mí se rebele con una ferocidad que me asusta.

Y eso, me dice que ya estoy demasiado involucrada.

CAPÍTULO 11

KATIA

Son las tres y cuarenta y cinco cuando termino de revisar mis notas sobre Luca Salvatore. El expediente se ha vuelto más grueso después de la llamada de Leone, añadiendo detalles sobre el episodio disociativo que confirman mis sospechas: su trauma es mucho más severo de lo que aparenta.

Me levanto y camino hacia la ventana, intentando ordenar mis pensamientos. Necesito ser profesional. Necesito mantener la distancia. Necesito recordar que es mi paciente, no el hombre que ha invadido mis pensamientos desde aquel encuentro en el baño turco.

El sonido de la puerta exterior me sobresalta. Mi secretaria ya se ha ido, y Luca no debería llegar hasta dentro de quince minutos. Instintivamente, mi cuerpo se tensa, años de entrenamiento preparándome para una potencial amenaza.

Pero entonces lo escucho. Su voz. Profunda, ligeramente ronca.

—¿Doctora Petrova?

Respiro hondo antes de abrir la puerta de mi despacho. Y ahí está él. Alto, imponente, vestido completamente de negro. Sus ojos verdes me encuentran inmediatamente, y siento ese ya familiar tirón en mi estómago. Esa conexión inexplicable que me aterra y me fascina a partes iguales.

Pero lo que me desconcierta es lo que lleva en las manos: dos vasos de café para llevar.

—Llegas temprano —digo, intentando sonar profesional.

—Puntualidad italiana —responde con una media sonrisa que no llega a sus ojos—. ¿Puedo pasar?

Me hago a un lado, permitiéndole entrar. Su aroma me envuelve cuando pasa junto a mí: cuero, especias y algo más oscuro, más primitivo. Cierro los ojos por un segundo, luchando contra el impulso de respirar más profundamente.

—Te he traído café —dice, ofreciéndome uno de los vasos—. Pensé que podrías necesitarlo.

—Gracias —respondo, tomando el vaso con cautela, como si pudiera quemarme—. No era necesario.

—Lo sé —se encoge de hombros, sentándose en el diván sin esperar invitación—. Pero quería hacerlo.

Vuelvo a mi silla, manteniendo el escritorio entre nosotros como una barrera necesaria. Tomo un sorbo del café y casi me ahogo. Está exactamente como me gusta. Negro, sin azúcar, con un ligero toque de canela.

—¿Estás bien? —pregunta, y hay algo en su mirada que me dice que ya conoce la respuesta.

—Perfecto —respondo, estudiándolo con más atención—. ¿Cómo has sabido que tomo el café así?

Una sonrisa lenta, casi depredadora, curva sus labios.

—Soy observador.

—No recuerdo haber tomado café durante nuestra sesión anterior.

—No lo hiciste —concede—. Pero tenías una taza vacía en tu escritorio. El aroma de la canela era sutil, pero estaba ahí.

Es una explicación plausible. Demasiado plausible. Y, sin embargo, algo en mi interior se agita inquieto. Como si una parte de mí supiera que está mintiendo.

—Hablé con el doctor Leone —digo, cambiando de tema—. Me contó lo que pasó.

La expresión de Luca se endurece.

—¿Te contó que casi lo estrangulo? ¿Que le partí el labio a Renzo? ¿Eso es lo que quieres oír?

—Quiero oír tu versión —respondo con calma—. No lo que Leone dijo que pasó. Lo que tú experimentaste.

Me estudia durante un largo momento, como evaluando cuánto puede confiar en mí. Finalmente, suspira.

—No hay mucho que contar. Leone usó una linterna para examinar mis ojos, y... me perdí. Cuando volví, estaba sujetándolo contra la pared.

—¿Recuerdas algo de lo que sucedió mientras estabas «perdido»?

—Fragmentos —responde, y su mirada se desvía hacia la ventana—. No es la primera vez que pasa.

—¿Qué viste, Luca? —presiono suavemente—. ¿Qué te hizo esa luz?

Sus ojos vuelven a mí, y hay algo tan crudo, tan vulnerable en ellos que me deja sin aliento.

—El sótano —dice finalmente, su voz apenas audible—. Siempre vuelvo al maldito sótano.

Anoto la palabra en mi cuaderno, aunque no es necesario. Cada detalle sobre Luca parece grabarse directamente en mi memoria.

—¿Puedes hablarme de ese sótano? —pregunto, manteniendo mi voz deliberadamente neutra.

—No —responde tajante—. No hoy.

Respiro hondo. Es hora de confrontarlo.

—Luca, si quieres que te ayude, necesito que seas honesto conmigo. Completamente honesto.

—¿Cómo tú lo eres conmigo? —contraataca, inclinándose hacia adelante—. ¿Me estás contando todos tus secretos, doctora?

La pregunta me desestabiliza.

—Esta sesión no es sobre mí.

—Todo entre nosotros es sobre ti y sobre mí —dice, y hay una intensidad en su voz que hace que mi piel se erice—. No pretendamos que esto es una relación terapeuta-paciente normal.

—Es exactamente lo que es —insisto, aferrándome a mi profesionalismo como a un salvavidas—. Y si no puedes aceptar eso, quizás deberías considerar otro terapeuta.

Una sonrisa que no contiene humor alguno curva sus labios.

—Ambos sabemos que eso no va a pasar.

Tiene razón, y eso es lo que más me aterra. La idea de no volver a verlo me produce un dolor físico que no debería sentir.

—Entonces coopera —digo, intentando recuperar el control de la sesión—. Háblame del episodio. ¿Qué recuerdas exactamente?

Luca suspira, recostándose en el diván.

—Recuerdo la luz. Demasiado brillante. Y luego... estaba de vuelta allí. Tenía doce años otra vez, y ellos estaban preguntándome dónde estaba escondido mi padre.

—¿Ellos? —pregunto suavemente.

—Los hombres que me secuestraron —responde, y su voz es tan controlada que sé cuánto esfuerzo le cuesta mantenerla así—. Los que me mantuvieron encadenado en ese sótano durante tres meses.

Mi corazón se contrae dolorosamente. Tres meses. A los doce años. Casi la misma edad que tenía yo cuando...

No. No puedo ir ahí. No ahora. Nuestras vidas se parecen demasiado como para que me pueda sentir indiferente a él.

—¿Qué te hacían? —pregunto, aunque una parte de mí ya sabe la respuesta. Las cicatrices que vi cuentan su propia historia.

—¿Realmente quieres los detalles? —pregunta, y hay algo desafiante en su tono—. ¿Quieres saber cómo usaban cuchillos para ver cuánto podía aguantar antes de desmayarme? ¿Cómo me despertaban con cubos de agua helada para empezar de nuevo?

Cada palabra es como un puñal, no solo por el horror que describe, sino por lo familiar que me resulta. Demasiado familiar.

—Sí —respondo con firmeza—. Quiero saberlo todo. No puedo ayudarte si te escondes detrás de medias verdades.

Me mira fijamente, como si estuviera viendo algo en mí que nadie más puede ver. Algo que nadie antes se ha preocupado por ver.

—¿Y tú, doctora? ¿Estás dispuesta a darme la misma honestidad que me pides?

—Esto no es sobre mí —repito, pero mi voz suena débil incluso para mis propios oídos.

—Lo es —insiste—. Porque me reconociste. En el baño turco. Viste mis cicatrices y las reconociste. No con lástima, no con horror. Con comprensión.

Me quedo inmóvil, incapaz de respirar. ¿Cómo puede saber eso? ¿Cómo puede ver tan claramente lo que he pasado años ocultando?

—Tienes secreto profesional, ¿verdad? —continúa, su voz más suave ahora —. Todo lo que te diga queda entre nosotros.

—Por supuesto —respondo automáticamente.

—Entonces quiero proponerte algo —dice, inclinándose hacia adelante—. Sinceridad total. De ambas partes. Porque sé que estás tan rota como yo, Katia. Lo veo en tus ojos cada vez que mencionas mi trauma. Lo siento en la forma en que te tensas cuando estoy demasiado cerca.

Escuchar mi nombre en sus labios me provoca un escalofrío. Es la primera vez que lo usa, y suena demasiado íntimo, demasiado personal.

—Eso sería completamente inapropiado —logro decir.

—¿Más inapropiado que el hecho de que tu nombre fue lo único que me trajo de vuelta durante mi episodio? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que me llega muy dentro—. Leone te lo dijo, ¿verdad?

Asiento, incapaz de mentir.

—¿No te parece significativo? —presiona—. ¿Que en medio de mi peor pesadilla, fueras tú quien me anclara a la realidad?

Lo es. Es tremendamente significativo. Y aterrador.

—Luca —digo finalmente—, necesito que entiendas algo. Puedo ayudarte como tu terapeuta. Pero nada más. No puede haber nada más.

—¿Por qué? —pregunta simplemente.

—Porque no es ético. Porque violaría cada código profesional que juré respetar. Porque...

—Porque tienes miedo —me interrumpe—. No de mí. De lo que sientes cuando estás conmigo.

Sus palabras me golpean como una bofetada. Tan certeras, tan precisas que me dejan sin aliento.

—Eso es suficiente —digo, poniéndome de pie—. Esta sesión ha terminado.

Él también se levanta, y de repente está demasiado cerca. Puedo ver las motas doradas en sus ojos verdes, la cicatriz casi imperceptible en su mandíbula, la tensión en sus labios.

—¿Sabes por qué no puedo contarte todo sobre el sótano? —pregunta, su voz apenas un susurro—. Porque cuando salí de allí, me convertí en alguien más. Alguien que juró que nunca volvería a ser una víctima. Alguien que haría lo que fuera necesario para sobrevivir.

Reconozco esas palabras. Ese sentimiento. Es el mismo juramento que yo hice, encerrada en aquel sótano en Moscú, con el olor a vodka impregnando el aire.

—¿Y en quién te convertiste, Luca? —pregunto, mi voz traicionándome con un temblor.

Se acerca aún más, hasta que apenas nos separan unos centímetros. No retrocedo. No puedo.

—En alguien que no deberías conocer —responde—. Por tu propio bien.

—Déjame decidir eso a mí —digo, y me sorprende mi propia audacia.

Una sonrisa triste curva sus labios.

—Si supieras quién soy realmente, saldrías corriendo. Y no podría culparte.

—Pruébame —lo desafío.

Por un momento, parece que va a decir algo más. Que va a cruzar esa línea invisible que hemos trazado entre nosotros. Puedo sentir su aliento en mi rostro, ver cómo su mirada baja brevemente a mis labios.

Pero entonces retrocede, creando una distancia que se siente como un abismo.

—Gracias por el café, doctora —dice, recuperando su máscara de control —. Te veré la próxima semana.

Y antes de que pueda responder, se ha ido, dejándome sola con un café que sabe exactamente como me gusta y la inquietante sensación de que Luca Salvatore sabe mucho más sobre mí de lo que debería.

CAPÍTULO 12

LUCA

Hay algo diferente en mí desde nuestra última sesión. Una inquietud que me corroe las entrañas. Un hambre que ninguna cantidad de violencia puede saciar. La necesidad de verla se ha convertido en una obsesión que amenaza con desbordar los límites de mi ya precario control.

Por eso estoy aquí, en este café a dos calles de su consulta, esperando como un depredador paciente. Carlo me informó que viene aquí cada miércoles a la misma hora. Un ritual que mantiene incluso cuando cambia todas sus demás rutinas. Una debilidad que puedo explotar.

La veo antes de que entre. Su cabello rubio captando la luz del sol, brillando como oro líquido. Lleva un abrigo azul marino que resalta la palidez de su piel y un bolso de cuero cruzado sobre el pecho. Siempre alerta, siempre preparada para huir.

Mi corazón se acelera, un fenómeno que solo ella provoca. Estoy a punto de levantarme, de «encontrarla casualmente», cuando la puerta se abre de nuevo y un hombre entra tras ella.

Es él. El hombre de las fotografías de vigilancia. El que visita su consulta fuera de horas. Carlo no ha podido identificarlo todavía, pero hay algo en su postura, en la forma en que escanea el local al entrar, que me resulta familiar. Profesional. Entrenado.

Me hundo más en mi asiento, ajustando la gorra que llevo para ocultar mi rostro. Observo cómo se saludan. Él le toca el brazo con una familiaridad que hace que mis nudillos se pongan blancos alrededor del vaso de café. Ella sonríe, una sonrisa que nunca me ha dirigido a mí.

Se sientan en una mesa junto a la ventana. Demasiado cerca el uno del otro. Hablan en voz baja, inclinándose hacia adelante, compartiendo secretos. En un momento, él cubre su mano con la suya, y ella no la retira.

Algo oscuro y primitivo se agita en mi interior. El monstruo que vive bajo mi piel, el que emerge en mis episodios, araña por salir. Quiero atravesar el café, arrancar esa mano de la suya, sentir cómo se rompen sus huesos bajo mi

agarre. Mostrarle a ese hombre lo que sucede cuando tocas lo que me pertenece.

Porque ella me pertenece. Aunque aún no lo sepa.

Respiro hondo, obligándome a mantener la calma. No puedo permitirme otro episodio. No en público. No ahora.

No quiero asustarla.

Observo cada detalle, cada gesto. La forma en que ella mira constantemente hacia la puerta, verificando las salidas. La manera en que él se sienta, siempre de cara a la entrada. Ambos entrenados, ambos cautelosos.

El camarero se acerca a su mesa. Puedo ver cómo el hombre le muestra algo discretamente. El camarero asiente con demasiado respeto y se retira. No he podido ver qué le ha enseñado, pero el cambio en la actitud del camarero ha sido revelador. Autoridad. Poder.

Mi mente repasa posibilidades. Policía. Agente federal. Servicio secreto. Alguien con la capacidad de hacer que la gente coopere sin preguntas.

Cuando el camarero regresa con sus bebidas, veo algo más. El hombre saca un sobre de su chaqueta. Lo desliza sobre la mesa hacia Katia. Ella lo abre, revisa su contenido rápidamente y lo guarda en su bolso. Un intercambio que parece rutinario entre ellos.

Dinero. Información. ¿Qué demonios está pasando?

Las piezas comienzan a encajar en mi cabeza, pero el rompecabezas aún está incompleto. Su pasaporte falso. La maleta siempre lista. Los cambios constantes de residencia. El vacío en su historial antes de los dieciocho años. Y ahora, este hombre con autoridad que le entrega sobres discretamente.

Katia Petrova no es quien dice ser.

Los celos que sentía se transforman en algo más complejo. Una rabia fría, calculadora. Una curiosidad que quema como ácido. Y por debajo de todo, un instinto protector tan visceral que me asusta por su intensidad. Quiero destrozar a cualquiera que la amenace. Quiero encerrarla donde nadie pueda encontrarla nunca. Donde solo yo pueda verla.

Termino mi café y salgo antes de que puedan darse cuenta de que he estado allí. Necesito pensar. Necesito un plan. Y, sorprendentemente, necesito consejo.

La mansión está inusualmente tranquila cuando regreso. Los guardias me saludan con la mezcla habitual de respeto y temor. Nadie pregunta dónde he estado. Nadie se atreve.

Encuentro a Valentina en el jardín trasero, sentada en un banco bajo el roble centenario, con un libro en el regazo, acariciando su vientre. A su lado, Sofia habla animadamente, gesticulando con las manos como siempre hace cuando está entusiasmada con algo.

Me detengo un momento para observarlas. Valentina, la mujer de Renzo, protegida como un tesoro invaluable. Delicada, pero con una fuerza interior que pocos reconocen. Y Sofia, la hija del doctor de la familia, brillante y descarada, la única que se atreve a hablarle a Valentina sobre la crueldad de nuestro mundo.

Ambas se callan cuando me ven acercarme. Sofia me mira con una ceja levantada, sin el miedo que suelo inspirar en los demás. Valentina sonríe, cerrando su libro.

—Luca —dice Valentina, con esa voz suave que siempre me recuerda que hay cosas en este mundo que aún merecen ser protegidas—. No te esperábamos tan temprano.

—Necesito... —me detengo, incómodo. Las palabras se sienten extrañas en mi boca—. Necesito un consejo.

Sofia suelta una carcajada, ganándose una mirada reprobatoria de Valentina.

—¿El gran Luca Salvatore pidiendo consejo? ¿Se acerca el apocalipsis?

Ignoro su comentario, aunque una parte de mí aprecia su falta de miedo. En nuestro mundo, es refrescante.

—Es sobre una mujer —digo finalmente, las palabras saliendo como si me arrancaran dientes.

El efecto es inmediato. Valentina abre los ojos como platos, y Sofia deja caer el teléfono que sostenía. Se miran entre ellas y luego a mí, como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Una... mujer? —repite Valentina, como si estuviera probando una palabra extranjera.

—Joder, ahora sí que lo he visto todo —murmura Sofia, recuperando su teléfono—. El Loco Salvatore con problemas de faldas. Dios, ¿quién es la

pobre desgraciada?

—No he dicho que tenga problemas —gruño, sintiendo cómo la irritación crece—. Solo quiero... hacerle un regalo.

Valentina se levanta, acercándose a mí con una expresión de genuina curiosidad.

—¿Quién es ella, Luca? ¿La conocemos?

—Es mi psiquiatra —confieso, y las palabras suenan tan absurdas que casi me río de mi propia estupidez.

Sofia silba entre dientes.

—Vaya, vaya. Eso sí que es complicado. ¿No hay como mil reglas contra eso?

—Mil y una —confirmo—. Pero hay algo en ella... algo que no puedo explicar.

—¿Y ella siente lo mismo? —pregunta Valentina, siempre la voz de la razón.

La pregunta me golpea como un puñetazo. ¿Lo siente? ¿Podría sentirlo? ¿Cómo podría alguien como ella sentir algo por un monstruo como yo?

—No lo sé —respondo con honestidad brutal—. Probablemente no. ¿Quién podría?

La respuesta parece sorprenderlas. Quizás esperaban arrogancia, no esta vulnerabilidad que ni yo mismo sabía que podía mostrar.

Sofia se levanta también, acercándose con esa confianza despreocupada que siempre ha tenido.

—A ver si lo entiendo. Te has fijado en tu terapeuta, que probablemente perdería su licencia si siquiera considerara salir contigo, y quieres... ¿qué exactamente? ¿Marcar territorio?

—Sofia —advierte Valentina, pero no puedo evitar una sonrisa torcida.

—Quiero que sepa que la veo —digo, sorprendiéndome a mí mismo—. No a la doctora. A la mujer detrás del título.

Las dos intercambian una mirada que no sé interpretar. Hay sorpresa allí, y algo más. ¿Compasión?

—Nunca te había visto así —comenta Valentina suavemente—. Ni siquiera sabía que pudieras...

—¿Sentir algo además de rabia? —completo por ella—. Yo tampoco.

Sofia me estudia con una intensidad que me incomoda.

—Esta terapeuta. ¿Cómo es?

Pienso en Katia. En su fortaleza disfrazada de fragilidad. En la forma en que sus ojos parecen haber visto demasiado. En cómo mantiene a todos a distancia, excepto quizás a ese hombre misterioso.

—Es... complicada —respondo finalmente—. Fuerte, pero herida. Inteligente. Siempre alerta. Como un animal salvaje que ha sido cazado demasiadas veces.

—Como todos nosotros —murmura Valentina.

—¿Y qué le gusta? —pregunta Sofia, sorprendentemente práctica—. ¿Tiene aficiones, intereses?

Frunzo el ceño. No lo sé. A pesar de haberme colado en su apartamento, de haber investigado su pasado, de observarla durante semanas, no sé qué la hace feliz. Qué la hace sonreír genuinamente. Qué la apasiona.

Y lo odio, joder. Cómo puedo no saber algo tan importante con todo lo que ella despierta en mí.

—No lo sé —admito, y la confesión me irrita—. Su apartamento es impersonal. Como si estuviera de paso.

Sofia me mira con suspicacia.

—¿Cómo sabes cómo es su apartamento?

Ignoro la pregunta.

—Tiene una caja con postales. De ciudades donde ha vivido, creo. Y siempre lleva un collar con un pequeño colgante de plata. Lo toca cuando está nerviosa.

—¿Has estado acosando a tu terapeuta? —pregunta Sofia directamente—. Porque eso es espeluznante incluso para ti, Salvatore.

—No la estoy acosando —gruño, aunque técnicamente es exactamente lo que estoy haciendo—. Solo la observo.

Valentina, siempre diplomática, interviene.

—¿Qué transmiten esas postales? ¿Son de lugares bonitos, históricos?

Recuerdo las imágenes. París. Berlín. Chicago. Ciudades grandes, anónimas. Lugares donde es fácil perderse.

—Son de ciudades donde puedes desaparecer —respondo, y veo que Valentina capta la importancia de este detalle.

—Está huyendo de algo —dice Sofia, demostrando una vez más su aguda percepción—. O de alguien.

La imagen del hombre cubriendo la mano de Katia con la suya destella en mi mente, avivando los celos que he estado intentando controlar.

—Hoy la he visto con un hombre —digo, la rabia filtrándose en mi voz—. El mismo que la visita en su consulta fuera de horas. Parecían... cercanos.

Sofia silba de nuevo.

—Vaya, vaya. ¿Tienes competencia?

—No es competencia —gruño—. Es algo más. Tiene autoridad. La gente le respeta sin preguntas. Y le dio un sobre que ella guardó como si fuera rutina.

—Suena a policía —dice Sofia, frunciendo el ceño—. O algo peor.

—¿Crees que está en problemas? —pregunta Valentina, preocupada.

—Creo que está escondiendo algo —respondo—. Y creo que ese hombre está involucrado.

—¿Y aun así quieres acercarte a ella? —cuestiona Sofia—. Si está metida en algo peligroso.

—No me importa en qué esté metida —la corto—. No me importa quién la persiga o por qué.

—Te importa ella —dice Valentina suavemente, no como una pregunta sino como una afirmación.

No respondo. No necesito hacerlo. Las tres personas presentes en este jardín sabemos la verdad, por imposible que parezca.

—Entonces —dice finalmente Valentina—, ¿qué regalarle a una mujer que no puede echar raíces? ¿Que siempre está lista para huir?

—Algo que pueda llevar consigo —sugiere Sofia—. Algo pequeño pero significativo.

—Algo que le recuerde que no está sola —añade Valentina, con una comprensión que me sorprende—. Que alguien la ve. A la verdadera ella.

Las miro a ambas, sintiendo una extraña gratitud. Por no juzgarme. Por no reírse de mis sentimientos. Por entender, a su manera, lo que Katia significa para mí.

—¿Qué sugieres? —pregunto a Valentina, confiando en su sensibilidad.

Ella piensa un momento.

—¿Qué tal un libro? Algo que pueda leer una y otra vez, que pueda llevar consigo.

Sofia niega con la cabeza.

—Demasiado impersonal. Necesitas algo que grite «he pensado en ti».

—¿Flores? —sugiero, sintiéndome ridículamente convencional.

Sofia suelta una carcajada.

—¿Tú? ¿Regalando flores? Lo siento, pero la imagen mental de ti entrando a una floristería es demasiado para mí.

—Las flores mueren —dice Valentina suavemente—. Y ella ya ha visto demasiada muerte, ¿verdad?

Su perspicacia me deja momentáneamente sin palabras. Asiento, reconociendo la verdad en sus palabras.

—Necesitas algo que simbolice permanencia —continúa Valentina—. Algo que le diga que, a diferencia de todo en su vida, tú no vas a desaparecer.

—Una llave —dice Sofia de repente, con los ojos brillantes—. Una llave antigua, de esas ornamentadas. Sin cerradura correspondiente. Un símbolo.

—¿Una llave? —repito, escéptico.

—Piénsalo —insiste Sofia—. Es perfecta. Simboliza un hogar, un lugar seguro. Pero sin la presión de un lugar físico real. Es la promesa de algo permanente, cuando ella esté lista.

Valentina asiente, entusiasmada.

—Y podrías grabarle algo. Un mensaje. Una fecha. Algo que solo tenga significado para vosotros dos.

La idea se asienta en mi mente, y debo admitir que tiene sentido. Una llave. Un símbolo de seguridad, de refugio. Algo que puede llevar consigo, pero que representa algo mucho más grande.

—Conozco un anticuario en Little Italy —dice Valentina—. Tiene llaves antiguas preciosas. Podríamos ir ahora mismo.

Me sorprende su entusiasmo, pero asiento.

—Gracias —digo, y la palabra se siente extraña en mi boca. No suelo agradecer. No suelo necesitar ayuda.

Sofia me mira con una sonrisa torcida.

—Nunca pensé que viviría para ver al temible Luca Salvatore domesticado por una mujer. Espero conocerla algún día, a esta terapeuta que ha logrado lo

imposible.

—No estoy domesticado —gruño, sintiendo cómo mi máscara habitual vuelve a su lugar—. Solo estoy... interesado.

—Claro que sí —responde Sofia, con un guiño—. Por eso estás aquí, pidiendo consejos sobre regalos como un adolescente. Totalmente normal para el hombre que hace temblar a todos los hombres de la ciudad con solo oír pronunciar su nombre.

Valentina ríe suavemente, y me sorprendo sonriendo también. Una sonrisa genuina.

Mientras las sigo hacia el garaje, mi mente vuelve a la imagen de Katia con ese hombre misterioso. La familiaridad entre ellos. La forma en que él tocó su mano. El sobre que le entregó.

La llave será solo el principio. Necesito saber más. Necesito entender quién es realmente Katia Petrova. De qué huye. Quién la amenaza.

Porque quien sea que la persiga, quien sea que la haya hecho vivir con miedo, pagará por ello. Con sangre.

Y en cuanto a ese hombre... bueno, tendremos una conversación muy pronto. Para aclarar exactamente cuál es su relación con Katia.

Y para que entienda que ella ya tiene a alguien dispuesto a matar por protegerla.

CAPÍTULO 13

LUCA

El mensaje de Carlo llega justo cuando estoy a punto de entrar en la consulta de Katia. Menos mal que ya estoy lejos de Renzo. Si no, se hubiera dado cuenta de que algo me pasa.

«Tengo información sobre el hombre de las fotos. Mark Donovan. Agente especial del FBI, división de Protección de Testigos. Trabaja exclusivamente con testigos de alto riesgo. No hay más datos, sus archivos están clasificados.»

Mis dedos se tensan alrededor del teléfono. Protección de Testigos.

La realidad me golpea con fuerza.

Eso lo explica todo: el pasaporte falso, la maleta lista, los constantes cambios de residencia. Katia no es simplemente una psicóloga. Es alguien que está escondida. Alguien que ha visto algo que no debería. Alguien que ha testificado contra personas peligrosas.

La pregunta es: ¿contra quién?

Mientras entro, mi mente trabaja a toda velocidad. El regalo está en mi bolsillo. La llave antigua que Valentina me ayudó a encontrar, con ese simple «Siempre» grabado en su superficie. Un símbolo, una promesa. Algo que espero que entienda, que la haga ver que no está sola.

Pero ahora, con esta nueva información, mis planes han cambiado. Ya no se trata solo de mostrarle lo que siento. Se trata de descubrir quién es realmente Katia Petrova. Y qué o quién la amenaza tanto que necesita la protección del gobierno federal.

Porque quien sea que la persiga, va a tener que pasar sobre mi cadáver para llegar a ella.

La voy a proteger a toda costa.

KATIA

Son las cuatro menos cinco cuando la secretaria me avisa de que mi próximo paciente ha llegado. Luca. Puntual como siempre.

Respiro hondo, intentando calmar los nervios que siempre preceden a nuestras sesiones. Desde nuestra última conversación, algo ha cambiado entre nosotros. Una línea invisible ha sido cruzada, y no estoy segura de cómo volver atrás. Ni siquiera estoy segura de querer hacerlo.

—Adelante —digo, manteniendo mi voz firme y profesional.

Entra con esa gracia depredadora que lo caracteriza. Hoy lleva una camisa negra arremangada hasta los codos, revelando los tatuajes tribales que cubren sus antebrazos. Sus ojos me encuentran inmediatamente, y hay algo diferente en ellos. Una intensidad nueva, más concentrada.

Hace que se me corte el aliento de lo impresionante que es.

¿Por qué no puedo comportarme como una profesional con él?

—Doctora Petrova —saluda, con una ligera inclinación de cabeza que contrasta con la tensión evidente en su cuerpo—. ¿Interrumpo algo importante?

—Por supuesto que no —respondo, señalando el diván—. Por favor, siéntate.

Pero no se sienta. En lugar de eso, se acerca a mi ventana y mira hacia la calle, dándome la espalda. Sus hombros están rígidos, sus manos ligeramente cerradas en puños. Algo ha cambiado desde nuestra última sesión.

—¿Está todo bien, Luca? —pregunto, manteniéndome profesional a pesar de la inquietud que me provoca su comportamiento.

Se gira lentamente, y hay una sonrisa en sus labios que no llega a sus ojos.

—Eso depende. ¿Cómo está tu amigo del FBI?

Mi sangre se congela. No puede saber sobre la existencia de Mark. Es imposible.

—No sé de qué estás hablando —respondo automáticamente, años de mentir activándose por instinto.

Su risa es suave, pero hay un filo peligroso en ella.

—Vamos, doctora. Ambos sabemos que eso no es cierto. Alto, bien vestido, con ese aire de autoridad. Te visita regularmente en tu consulta. Tomáis café juntos los miércoles.

Mi mente trabaja a toda velocidad. Me ha estado siguiendo. Observando. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto sabe?

¿Por qué? ¿Para qué?

—Eso es completamente inapropiado, Luca —digo, luchando por mantener mi voz firme—. Mi vida privada no es asunto tuyo.

—¿No lo es? —se acerca a mi escritorio, apoyando las manos sobre la superficie pulida e inclinándose hacia mí—. Creí que habíamos establecido que hay algo entre nosotros. Algo que va más allá de la relación terapeuta-paciente. Somos muy parecidos.

—Establecimos que soy tu terapeuta —corrijo, resistiendo el impulso de retroceder—. Y esta conversación se está desviando peligrosamente de esa relación profesional.

Inclina la cabeza, estudiándome como un depredador estudia a su presa.

—¿Quién eres exactamente, Katia Petrova? ¿O debería usar otro nombre?

El pánico amenaza con ahogarme. No puede saberlo. Nadie lo sabe excepto Mark y sus superiores.

—Creo que deberíamos terminar esta sesión —digo, poniéndome de pie. Tengo que alejarme de él. Cambiar de ciudad—. Claramente no estás en condiciones de...

—¿De qué huyes? —me interrumpe, su voz más suave ahora, casi gentil.

Algo en su tono me desconcierta. No hay acusación, no hay amenaza. Hay... ¿preocupación? ¿Protección?

—Te conozco —dice, y hay una certeza en sus palabras que me hiela la sangre—. Sé que cambias de apartamento cada pocos meses. Sé que tienes una maleta lista debajo de tu cama. Sé que coleccionas postales de ciudades donde nunca te quedas el tiempo suficiente.

Cada palabra es como un puñal. ¿Cómo puede saber todo eso? ¿Ha estado en mi apartamento? La idea me revuelve el estómago y, al mismo tiempo, despierta algo más oscuro, más primitivo. No miedo, sino... anticipación.

—Eso es acoso —logro decir—. Y si no te vas ahora mismo, llamaré a seguridad.

—No lo harás —responde con una confianza que me irrita—. Porque sabes que puedo ayudarte. Protegerte. Lo has sabido desde el primer día que me viste. Y yo quiero hacerlo.

Suelto una risa incrédula.

—¿Protegerme? ¿Tú? ¿El hombre que no puede controlar sus propios episodios violentos?

Es un golpe bajo y lo sé. Veo el dolor que cruza su rostro antes de que pueda ocultarlo. Pero necesito que se vaya. Necesito espacio para pensar, para planificar. Si sabe tanto sobre mí, ya no estoy segura aquí.

Acallo la voz que me dice que realmente no me quiero alejar de él.

—Lo siento —digo, suavizando mi tono—. Eso ha sido innecesario. Pero esta conversación ha terminado, Luca. No puedo seguir siendo tu terapeuta.

Me dirijo hacia la puerta, decidida a abrirla y pedirle que se vaya. Pero antes de que pueda alcanzarla, él habla de nuevo.

—Ábrete a mí, Katia. Sé que estás huyendo de algo —dice en voz baja—. Y sé que ese hombre del FBI está ayudándote. Protección de Testigos, ¿verdad?

Me detengo en seco, el aire abandonando mis pulmones.

—¿Quién eres? —susurro, girándome lentamente para enfrentarlo—. ¿Qué quieres de mí?

Algo cambia en su expresión. Una mezcla de determinación y algo más profundo, más vulnerable.

—Quiero ayudarte. Quiero protegerte.

—No sabes lo que estás diciendo —insisto, negando con la cabeza—. No sabes en qué te estás metiendo.

—Entonces dímelo —responde, acercándose un paso—. Dime de quién huyes. Dime por qué necesitas a ese agente del FBI. Dime por qué tienes un pasaporte con otro nombre bajo tu cama.

El shock debe ser evidente en mi rostro, porque sonríe ligeramente.

—Sí, lo vi. Estuve en tu apartamento.

—¿Entraste en mi casa? —la indignación finalmente supera al miedo—. ¿Cómo te atreves?

—Necesitaba entenderte —dice, como si fuera la explicación más razonable del mundo—. Necesitaba saber quién eres realmente.

—No tienes derecho —mi voz tiembla de rabia—. No tienes ningún derecho a invadir mi vida así.

—No puedo explicarlo —responde, y hay una frustración en su voz que parece genuina—. Desde que te vi en el baño turco, no he podido sacarte de mi cabeza. Despiertas algo en mí, algo que no puedo ignorar.

Sus palabras deberían asustarme. Deberían hacerme correr. En cambio, despiertan algo en mí que creía muerto hace mucho tiempo. Un anhelo, un

deseo tan intenso que me deja sin aliento.

—Esto es una locura —digo, pero suena débil incluso para mis propios oídos.

—Probablemente —concede con una sonrisa torcida—. Pero también es real.

Da otro paso hacia mí, y yo retrocedo hasta que mi espalda toca la puerta. Estoy atrapada entre la madera y su cuerpo, que irradia calor y peligro a partes iguales.

—No puedo hacer esto —digo, girando el pomo de la puerta—. No puedo... necesito pensar.

No intenta detenerme físicamente, pero sus siguientes palabras me clavan al suelo.

—Sea quien sea que te persigue, no puede contra mí —dice con una certeza absoluta—. No soy solo un paciente con traumas, Katia. Soy mucho más peligroso de lo que imaginas.

La forma en que lo dice, tan casual, tan segura, me hace darme cuenta de algo que debería haber visto desde el principio.

—¿Quién eres realmente, Luca? —pregunto, estudiando su rostro—. ¿Qué haces exactamente para Renzo Caballero?

Una sonrisa lenta, peligrosa, curva sus labios.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Sí —respondo, y me sorprende mi propia certeza.

Se acerca de nuevo, hasta que apenas nos separan unos centímetros.

—Soy su mano derecha. El que hace el trabajo que nadie más puede hacer. El que protege a la familia a cualquier precio. A todos sus hombres. Soy un ejecutor.

Un escalofrío me recorre la columna. No es miedo. Es reconocimiento. Este hombre pertenece a la mafia. Y una parte retorcida de mí encuentra consuelo en ello. La parte más oscura de mi alma.

—Tengo que irme —digo, girando el pomo de la puerta—. Por favor, no me sigas.

Pero antes de que pueda dar un paso, noto que ha dejado algo en mi escritorio.

Una pequeña caja de terciopelo negro.

Me detengo, dividida entre la necesidad de huir y la curiosidad. Luca no hace ningún movimiento para detenerme, simplemente observa en silencio.

Contra mi mejor juicio, me acerco al escritorio y tomo la caja. Es ligera, apenas del tamaño de mi palma. La abro con dedos temblorosos.

Dentro hay una llave antigua. De bronce, ornamentada, con un diseño intrincado que parece contar una historia. Está atada a una cadena fina del mismo material. Y grabada en su superficie, una única palabra: «Siempre».

La miro sin comprender, sintiendo cómo algo se rompe dentro de mí. Es el regalo más extraño y, al mismo tiempo, más bonito que he recibido jamás.

—¿Qué significa? —pregunto, mi voz apenas audible.

—Es una promesa —responde, y hay una suavidad en su tono que nunca le había escuchado—. De que, a diferencia de todo en tu vida, yo no voy a desaparecer.

Las lágrimas amenazan con formarse en mis ojos. ¿Cómo puede este hombre entender tan perfectamente lo que he anhelado toda mi vida? ¿Cómo puede ver tan claramente el vacío que llevo dentro?

—No puedo aceptarla —digo, aunque mis dedos se cierran alrededor de la llave como si fuera un salvavidas.

—Ya es tuya —responde simplemente.

Dejo la llave sobre el escritorio, aunque cada fibra de mi ser grita por tomarla, por guardarla cerca de mi corazón.

—Tengo que irme —repito, y esta vez hay determinación en mi voz—. No puedo hacer esto ahora.

Me dirijo hacia la puerta con pasos rápidos, decididos. Necesito espacio. Necesito aire. Necesito poner distancia entre este hombre y el caos que despierta en mí.

Salgo, dejando atrás a un hombre que ha visto más de mí en unas semanas que nadie en toda mi vida.

Y mientras camino apresuradamente por el pasillo, soy dolorosamente consciente de que, por primera vez en veinte años, no estoy huyendo por miedo.

Estoy huyendo porque, contra toda lógica, contra todo instinto de supervivencia, una parte de mí quiere quedarse.

CAPÍTULO 14

LUCA

La veo huir por el pasillo y algo se rompe dentro de mí. No puedo dejarla ir. No así. No después de haberle mostrado mi alma, de haber dejado esa llave que significa mucho más que un simple trozo de metal.

En tres zancadas la alcanzo, mi mano cerrándose alrededor de su brazo. No con fuerza suficiente para lastimarla, pero sí para detenerla.

—Katia, espera —mi voz suena áspera, casi suplicante.

Se gira, y lo que veo en sus ojos me deja sin aliento. No hay miedo. Hay confusión, hay una batalla interna, pero, sobre todo, hay un deseo tan intenso que hace que mi sangre hierva.

Es lo último que me esperaba ver en sus ojos.

—Suéltame, Luca —dice, pero su voz carece de convicción—. No podemos hacer esto.

—¿Por qué no? —pregunto, acercándome más, guiándola hacia la pared sin que apenas se dé cuenta—. Dame una razón real, no más excusas sobre ética profesional.

—Porque es peligroso —responde, su espalda tocando la pared—. Para ti. Para mí. Para todos los que nos rodean.

—He vivido toda mi vida en el peligro —respondo, colocando una mano en la pared junto a su cabeza—. El peligro es lo único que conozco.

Su respiración se acelera. Puedo ver el pulso desbocado en su cuello, la forma en que sus pupilas se dilatan cuando me inclino más cerca. Está atrapada entre mi cuerpo y la pared, y ambos sabemos que podría escapar si realmente quisiera. Que podría gritar, que podría empujarme.

Pero no lo hace.

—No sabes lo que estás haciendo —susurra, y hay un temblor en su voz que nada tiene que ver con el miedo.

—Lo sé perfectamente —respondo, mi rostro a centímetros del suyo—. Por primera vez en mi vida, sé exactamente lo que quiero.

Sus ojos bajan brevemente a mis labios, y ese pequeño gesto involuntario enciende algo primario dentro de mí. Acorto la distancia entre nosotros, mi

cuerpo presionando ligeramente contra el suyo. Puedo sentir el calor que irradia, oler su perfume mezclado con algo más íntimo, más personal.

—Luca... —mi nombre en sus labios suena como una súplica, aunque ni siquiera ella parece saber si me está pidiendo que me detenga o que continúe.

Levanto mi mano libre, rozando suavemente su mejilla con mis nudillos. Su piel es tan suave como imaginaba, cálida bajo mi tacto. Sus ojos se cierran brevemente ante el contacto, y esa pequeña rendición me vuelve loco.

—Dime que no sientes esto —susurro, mi boca a un suspiro de la suya—. Dime que no piensas en mí cuando estás sola. Que no te preguntas cómo se sentiría...

Me inclino hasta que nuestras frentes se tocan. Su aliento se mezcla con el mío, dulce y cálido. Puedo sentir cómo tiembla, cómo lucha contra lo que ambos sabemos que es inevitable.

—No puedo —dice finalmente, sus ojos cerrándose como si no pudiera soportar mirarme más—. No puedo decirte eso.

Es toda la confirmación que necesito. Cierro la distancia entre nosotros, mis labios a punto de tocar los suyos...

—¡Oiga! ¡Aléjese de ella!

La voz retumba en el pasillo como un disparo. Me giro para ver a un guardia de seguridad avanzando hacia nosotros, la mano en su arma reglamentaria. Detrás de él, se ha formado una pequeña multitud de curiosos: la secretaria de Katia, un par de pacientes, personal del edificio.

Y entre ellos, Renzo. Su expresión es inescrutable, pero conozco esa mirada. Es la que pone cuando estoy a punto de cruzar una línea de la que no habrá retorno.

Me separo de Katia, pero mantengo mi cuerpo ligeramente delante del suyo, protector. El guardia se acerca, su postura tensa, listo para actuar.

—¿Está bien, doctora Petrova? —pregunta, sin quitarme los ojos de encima —. ¿Este hombre la está molestando?

Antes de que pueda responder, Katia da un paso adelante.

—Estoy perfectamente bien —dice con una calma que me sorprende—. El señor Salvatore es mi paciente. Solo estábamos teniendo una... conversación intensa.

El guardia no parece convencido.

—Parecía bastante más que una conversación, doctora.

—Le aseguro que todo está bajo control —insiste Katia, y hay una autoridad en su voz que hace que el guardia dude—. Agradezco su preocupación, pero no es necesaria.

Me está defendiendo. A mí. El hombre que acaba de admitir que se coló en su apartamento, que la ha estado acosando, que estaba a punto de besarla en un pasillo.

El guardia mira entre nosotros, claramente dudando.

—Si está segura...

—Completamente —responde Katia, su voz firme—. Ahora, si nos disculpa, tenemos asuntos que resolver.

Renzo elige ese momento para acercarse, su presencia imponente haciendo que todos le abran paso instintivamente.

—Luca —dice, su voz engañosamente casual—. Te estaba esperando.

El guardia, reconociendo a una figura de autoridad cuando la ve, retrocede ligeramente.

—¿Conoce a este hombre, señor?

—Es mi hermano —responde Renzo con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Y me temo que llegamos tarde a una reunión importante. Si la doctora me permite llevármelo...

Katia asiente, su compostura profesional de vuelta en su lugar, aunque puedo ver que es solo una fachada. Sus ojos siguen dilatados, sus mejillas sonrojadas, su respiración aún no del todo regular.

—Por supuesto, señor Caballero —dice, y me sorprende que se acuerde de su nombre—. El señor Salvatore y yo hemos terminado por hoy.

Renzo me lanza una mirada que promete una seria conversación más tarde.

—Luca, vamos.

Una parte de mí quiere resistirme. Quiere terminar lo que empezamos, quiere sentir sus labios bajo los míos, quiere arrancarle esa máscara de profesionalismo y ver a la verdadera mujer debajo.

Quiere hacer que se abra a mí y me cuente todos sus secretos. Todos sus problemas.

Pero la parte racional, la que entiende que este no es el momento ni el lugar, asiente.

A pesar de que no quiero dejarla sola.

A pesar de que no puedo permitir que se me escape.

Pero la tengo vigilada.

—Hasta pronto, doctora —digo, y hay una promesa en mis palabras que sé que ella capta.

—Señor Salvatore —responde formalmente, pero sus ojos dicen mucho más.

Sigo a Renzo hacia el ascensor, consciente de las miradas que nos siguen. El guardia sigue observándonos con sospecha, pero no interviene. La multitud se dispersa lentamente, volviendo a sus asuntos, aunque sé que el chisme correrá como pólvora.

Katia permanece inmóvil en el pasillo, su expresión una mezcla de alivio y... ¿decepción? La idea de que quizás ella deseaba ese beso tanto como yo hace que algo se agite en mi interior.

Las puertas del ascensor se cierran, dejándome a solas con Renzo. El silencio entre nosotros es espeso, cargado de tensión.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta finalmente, su voz controlada, pero con un filo peligroso.

—Ella es importante para mí —respondo, como si eso explicara todo.

—Eso ya lo sé —dice con impaciencia—. Lo que quiero saber es qué crees que estás haciendo, acorralándola en un pasillo público, casi besándola frente a testigos. ¿Has perdido completamente la cabeza?

—Probablemente —admito, pasándome una mano por el pelo—. No puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de ella.

Renzo me estudia con una mezcla de preocupación y frustración.

—Esto va más allá de una simple obsesión, Luca. Esto es peligroso. Para ti, para ella, para la familia.

—No me importa —respondo con honestidad brutal—. No me importa el peligro. No me importa nada excepto ella.

—Está en Protección de Testigos —dice Renzo, sorprendiéndome—. Sí, lo sé. He hecho mis propias averiguaciones. ¿Tienes idea de lo que significa eso? Tiene enemigos, Luca. Enemigos poderosos que la quieren muerta.

—Entonces los mataré a todos —respondo con una calma que parece desconcertarlo—. A cualquiera que intente hacerle daño.

El ascensor llega a la planta baja, pero Renzo pulsa el botón para mantener las puertas cerradas. —Escúchate —dice, su voz más suave ahora—. Así no eres tú. No eres el tipo que se enamora, que arriesga todo por una mujer.

—Quizás este es quien siempre he sido —respondo—. Quizás solo necesitaba encontrarla para darme cuenta.

Renzo suspira, un sonido cansado que lleva el peso de años cuidando de mí, protegiéndome incluso de mí mismo.

—¿Qué es ella para ti, Luca? ¿Realmente?

La pregunta me toma por sorpresa. No porque no tenga respuesta, sino porque nunca lo he puesto en palabras, ni siquiera para mí mismo.

—Es mi luz —digo finalmente, la verdad brotando desde algún lugar profundo dentro de mí—. Mi luz en la oscuridad. La única persona que me mira y ve más allá del monstruo. Que ve al hombre que podría ser.

Renzo me mira largo y tendido, como si estuviera viendo a un extraño. Finalmente, presiona el botón para abrir las puertas.

—Vamos a casa —dice suavemente—. Necesitamos hablar de esto con calma. Planear nuestro siguiente movimiento.

Asiento, siguiéndolo fuera del ascensor. Pero mientras salimos del edificio, mi mente sigue arriba, con ella. Con la mujer que, en cuestión de semanas, ha conseguido lo que nadie en toda mi vida: hacerme sentir algo más que rabia y dolor.

Y sé, con una certeza que debería aterrorizarme, que haré cualquier cosa para protegerla. Para tenerla. Para hacerla mía.

Cualquier cosa.

CAPÍTULO 15

KATIA

Camino sin rumbo por las calles de Nueva York, intentando aclarar mi mente. La ciudad vibra a mi alrededor con su habitual cacofonía de sonidos: bocinas, conversaciones, el rugido distante del metro bajo mis pies. Pero apenas lo registro. Mi cabeza es un torbellino de pensamientos contradictorios.

Luca Salvatore. Su nombre resuena en mi mente como un mantra peligroso. Sus ojos verdes. Sus manos fuertes. Su voz ronca susurrando promesas que no deberían tentarme.

«Siempre».

La llave pesa en mi bolsillo. No debería haberla cogido. Fue un impulso en el último momento, cuando ya estaba en el ascensor. Volví y la recogí del escritorio, guardándola como un secreto vergonzoso. Una debilidad imperdonable para alguien que ha sobrevivido veinte años sin permitirse ninguna.

¿Qué me está pasando? He dedicado mi vida entera a huir, a mantener las distancias, a no crear vínculos. Y ahora, en cuestión de semanas, un hombre ha derribado cada una de mis defensas. Un hombre peligroso. Un mafioso confeso.

Un hombre que me hace sentir viva por primera vez en décadas.

Doblo en una calle menos transitada, necesitando espacio para respirar. El sol comienza a ponerse, tiñendo los edificios de naranja y púrpura. Debería volver a casa. Comprobar mi sistema de seguridad. Llamar a Mark. Planificar mi próximo movimiento. Marcharme.

Pero no puedo dejar de pensar en cómo se sintió su cuerpo presionado contra el mío. En cómo mi piel ardió bajo el roce de sus nudillos. En cómo, por un segundo eterno, deseé que me besara más que mi próxima respiración.

En cómo estar cerca de él me hace sentir segura.

—Esto es una locura —murmuro para mí misma, pasándome una mano temblorosa por el cabello.

Mi teléfono vibra en mi bolso. Lo saco, esperando ver un mensaje de Mark. En cambio, es un número desconocido.

«Mira a tu alrededor, Ekaterina.»

El mundo se detiene. Nadie me ha llamado por ese nombre en veinte años. Nadie excepto...

Levanto la mirada, repentinamente consciente de mi entorno. La calle está más vacía de lo que debería estar a esta hora. Los pocos transeúntes parecen apresurarse, evitando mirarme. Y a unos treinta metros, un hombre con chaqueta oscura me observa fijamente.

Lo reconozco. Lo vi hace tres días en Brighton Beach, cuando fui a comprar esos dulces rusos que son mi única debilidad. Estaba sentado en un café, leyendo un periódico. No le presté atención entonces.

Error fatal.

Mi entrenamiento se activa automáticamente. Evalúo mis opciones. La estación de metro está a dos manzanas. Hay un restaurante en la esquina siguiente. Un callejón a mi izquierda que podría ser una trampa o una vía de escape.

Empiezo a caminar con paso firme hacia el restaurante. No corro. Correr desencadenaría la persecución. Lo aprendí hace mucho tiempo: actúa con normalidad hasta el último segundo posible.

Otro mensaje llega.

«Tu padre te envía saludos desde el infierno, pequeña Katia.»

Un escalofrío recorre mi columna. No es posible. Mi padre murió hace veinte años. Nadie sabe que soy su hija. Nadie excepto...

Nikolai.

El nombre que no me he permitido pensar en dos décadas. El hombre que ordenó la muerte de mi padre. El que me mantuvo cautiva en aquel sótano.

Aprieto el paso, intentando mantener la calma. El restaurante está a solo unos metros. Puedo ver a los comensales a través de las ventanas, ajenos al terror que me consume. Si llego allí, estaré a salvo. Temporalmente.

Pero entonces lo veo. Otro hombre, bloqueando la entrada del restaurante. También con chaqueta oscura. También mirándome fijamente.

Cambio de dirección sin dudar, girando hacia el callejón. Es arriesgado, pero conozco esta zona. El callejón conecta con una calle paralela más concurrida. Si puedo llegar allí...

El sonido de pasos apresurados detrás de mí confirma mis temores. Me están siguiendo. Y no están solos.

Acelero, abandonando toda pretensión de normalidad. Mi mano busca en mi bolso, encontrando el spray de pimienta que siempre llevo. No es mucho, pero es algo.

El callejón está más oscuro de lo que recordaba. Los edificios a ambos lados bloquean la luz del atardecer, creando sombras alargadas que parecen garras intentando atraparme. Fuerzo mis ojos a adaptarse, buscando obstáculos, buscando salidas.

Estoy a mitad de camino cuando lo veo. Una furgoneta negra bloqueando el otro extremo del callejón.

Me detengo en seco, el pánico amenazando con paralizarme. Estoy atrapada.

Me giro, dispuesta a enfrentarme a mis perseguidores, pero ya es demasiado tarde. Tres hombres me han alcanzado, sus rostros duros e inexpresivos. Eslavos, sin duda. Profesionales.

—Ekaterina Volkova —dice uno de ellos, su acento ruso espeso como la miel envenenada—. El señor Smirnov lleva mucho tiempo esperando este momento.

Smirnov. El apellido de Nikolai. Entonces es cierto. Me ha encontrado.

—No sé de quién hablan —respondo en inglés, manteniendo mi voz firme a pesar del terror que me consume—. Mi nombre es Katia Petrova. Soy psicóloga.

El hombre sonríe, una sonrisa fría que no llega a sus ojos.

—Por supuesto. Y yo soy bailarín de ballet.

Los otros dos ríen, un sonido áspero que rebota en las paredes del callejón.

—¿Qué quieren? —pregunto, ganando tiempo, calculando distancias. Si puedo rociar a uno con el spray, quizás tenga una oportunidad de pasar corriendo junto a los otros...

—El señor Smirnov quiere hablar contigo —responde el hombre—. Sobre los viejos tiempos. Sobre tu padre. Sobre lo que tienes.

Mi mano se cierra alrededor del spray en mi bolso.

—Dile a Nikolai que se pudra en el infierno.

Y entonces ataco. El spray golpea directamente en los ojos del que habla. Grita, llevándose las manos a la cara. Aprovecho la confusión para intentar pasar entre los otros dos.

Casi lo logro. Mis años de entrenamiento en defensa personal no han sido en vano. Esquivo al segundo hombre, conectando un golpe en su garganta que lo hace doblarse. Pero el tercero es más rápido. Su brazo me rodea por la cintura, levantándome del suelo.

Lucho con toda la fuerza que el miedo y la adrenalina me proporcionan. Pateo, araño, muerdo. Logro conectar un codazo en sus costillas que le arranca un gruñido de dolor.

—¡Puta! —sisea en ruso, apretando su agarre hasta que siento que mis costillas van a ceder.

El que golpeé en la garganta se ha recuperado. Se acerca, con una jeringa en la mano. No. No puedo permitir que me droguen. Si lo hacen, todo habrá terminado.

Redoblo mis esfuerzos, el pánico dándome una fuerza que no sabía que tenía. Logro liberar un brazo y arañar la cara del que me sujeta. Siento la satisfacción momentánea de sentir su piel ceder bajo mis uñas.

Pero entonces una mano enorme cubre mi boca, ahogando mi grito. Otra mano sujeta mi brazo libre. Estoy completamente inmovilizada.

La jeringa se acerca a mi cuello. Puedo sentir el frío de la aguja contra mi piel.

Y en ese momento, en ese instante de puro terror, un pensamiento cruza mi mente como un relámpago:

Luca. Ojalá estuvieras aquí.

CAPÍTULO 16

LUCA

La llamada de Carlo llega cuando estamos a mitad de camino de la mansión.

—Jefe, tenemos un problema —su voz suena tensa, urgente—. La doctora. La están siguiendo.

Mi sangre se congela.

—¿Quién?

—Rusos. Tres de ellos. Profesionales.

No necesito oír más.

—Dirección. Ahora.

Carlo me la da mientras ya estoy gritándole a Renzo que dé la vuelta. Por una vez, no discute. Ve algo en mi rostro que le dice que esto no es negociable.

—¿Cuántos hombres tenemos cerca? —pregunta Renzo, pisando el acelerador.

—Ninguno que pueda llegar a tiempo —respondo, revisando mis cuchillos —. Somos solo tú y yo.

Renzo asiente, su expresión volviéndose la máscara fría que reserva para los momentos más peligrosos.

—Contra tres.

—Contra tres que están muertos —corrijo, y hay una promesa en mi voz que hace que incluso Renzo me mire con sorpresa.

El trayecto se me hace eterno, aunque Renzo conduce como un demonio, ignorando semáforos y sentidos prohibidos. Mi mente es un torbellino de imágenes: Katia atrapada, Katia herida, Katia muerta. Cada pensamiento hace que la rabia y el pánico crezcan dentro de mí, amenazando con consumirme por completo.

Si le tocan un solo cabello...

—Llegamos —anuncia Renzo, frenando bruscamente.

No espero a que detenga completamente el coche. Abro la puerta y salto, rodando sobre el asfalto antes de incorporarme y echar a correr. Escucho a Renzo maldecir detrás de mí, pero no me detengo.

Sigo el sonido de los forcejeos y llego a la entrada de un callejón. Lo que veo hace que algo primitivo se desate dentro de mí. Tres hombres rodean a Katia. Uno la sujeta por detrás, tapándole la boca. Otro está a punto de clavarle una jeringa en el cuello. El tercero, con los ojos enrojecidos, parece estar recuperándose de un ataque con spray de pimienta.

No pienso. No planifico. Actúo.

El cuchillo vuela de mi mano antes incluso de ser consciente de haberlo sacado. Se clava en la muñeca del hombre de la jeringa, atravesándola limpiamente. Grita, la jeringa cayendo al suelo. No tiene tiempo de registrar más dolor porque ya estoy sobre él, mi segundo cuchillo encontrando su garganta con precisión quirúrgica.

La sangre salpica el callejón en un arco carmesí. Ni siquiera lo miro caer. Ya me he girado hacia el siguiente.

El del spray de pimienta intenta sacar un arma. Es demasiado lento. Mi pie conecta con su rodilla, rompiéndola con un crujido húmedo. Mientras cae, mi cuchillo encuentra el hueco bajo su mandíbula, hundiéndose hasta la empuñadura. Sus ojos se abren con sorpresa antes de apagarse para siempre.

El tercero, el que sujeta a Katia, la usa como escudo humano. Mala decisión. Muy mala decisión.

—Suéltala —mi voz es apenas reconocible, un gruñido animal que parece provenir de las profundidades del infierno.

—Atrás o le rompo el cuello —amenaza en inglés con fuerte acento ruso.

Katia, lejos de parecer aterrorizada, tiene los ojos fijos en mí. Hay miedo en ellos, sí, pero también algo más. Confianza. Está esperando su oportunidad.

Nuestras miradas se encuentran por un segundo. No necesitamos palabras. Asiento imperceptiblemente.

Ella reacciona instantáneamente. Deja caer todo su peso, desestabilizando al ruso. Al mismo tiempo, muerde con fuerza la mano que cubre su boca. El hombre grita, aflojando su agarre lo suficiente para que ella se deslice hacia abajo.

Es todo lo que necesito. Mi cuchillo vuela, encontrando el ojo del ruso con precisión mortal. Cae hacia atrás, llevándose las manos a la cara en un reflejo inútil. Está muerto antes de tocar el suelo.

El callejón queda en silencio, roto solo por la respiración agitada de Katia y mis propios jadeos. La adrenalina corre por mis venas como fuego líquido. El monstruo dentro de mí, desatado por completo, ruge satisfecho ante la carnicería.

Pero entonces la veo temblar. No de miedo a mí, sino de la reacción post-adrenalina. Del shock. Del frío que siempre sigue a una experiencia cercana a la muerte.

Y tan rápido como vino, el monstruo se repliega, dando paso a una preocupación abrumadora.

—¿Estás herida? —pregunto, acercándome lentamente, consciente de que acaba de verme matar a tres hombres con la eficiencia de una máquina.

Ella niega con la cabeza, pero sus ojos están demasiado abiertos, su respiración demasiado rápida. Está al borde de un ataque de pánico.

Sin pensar, me quito la chaqueta y la coloco sobre sus hombros. El gesto parece sorprenderla, sacándola momentáneamente de su estado de shock.

—Respira conmigo —digo suavemente, tomando sus manos entre las mías, ignorando la sangre que las mancha—. Inhala... exhala... eso es. Otra vez.

Sigue mis instrucciones automáticamente, su respiración sincronizándose con la mía. Poco a poco, el temblor disminuye. Sus ojos se enfocan, encontrando los míos.

—Luca —susurra, y hay tanto en esa única palabra. Miedo, alivio, confusión, gratitud.

—Estoy aquí —respondo, apretando suavemente sus manos—. No voy a dejar que te hagan daño. Nunca.

Es una promesa que sello con cada fibra de mi ser. Quien sea que esté detrás de esto, quien sea que quiera lastimarla, tendrá que pasar sobre mi cadáver. Y no será fácil matarme.

Escucho pasos detrás de mí. Renzo, finalmente alcanzándonos. Se detiene al ver la escena: tres cuerpos, sangre por todas partes, y yo arrodillado frente a Katia, sosteniendo sus manos como si fueran lo más precioso del mundo.

—Joder —murmura, sacando su teléfono—. Llamaré al equipo de limpieza.

Asiento sin mirarlo, toda mi atención está en Katia.

—¿Quiénes eran? —pregunto suavemente—. ¿Por qué te persiguen?

Ella duda, el miedo regresando a sus ojos.

—Es... complicado.

—Lo sé —respondo—. Pero necesito saberlo para protegerte.

Veo la lucha interna en su rostro. La decisión difícil de confiar en un hombre que acaba de demostrar que puede matar sin pestañear.

—Nikolai Smirnov —dice finalmente, su voz apenas un susurro—. El líder de la mafia rusa. Él... él mató a mi padre. Y yo lo vi.

La pieza final del rompecabezas encaja. Testigo protegido. La hija de alguien eliminado por la mafia rusa. Una niña que vio algo que no debería haber visto.

—¿Cuántos años tenías? —pregunto, aunque creo conocer la respuesta.

—Siete —responde, y hay un dolor tan antiguo en su voz que hace que mi corazón se contraiga—. Me mantuvieron cautiva un año antes de que el FBI me rescatara.

Un año. A los siete años. En manos de monstruos como estos.

La rabia amenaza con consumirme de nuevo, pero la reprimo. Ahora no es el momento. Ahora necesita mi fuerza, mi calma, mi protección.

—Vamos a sacarte de aquí —digo, ayudándola a levantarse—. No es seguro.

Ella mira a su alrededor, como si de repente recordara dónde estamos. Sus ojos se detienen en los cuerpos, en la sangre, en mis manos manchadas que aún sostienen las suyas.

Espero ver repulsión. Horror. La reacción natural ante la violencia que acabo de desatar.

En cambio, veo algo que me deja sin aliento: gratitud. Aceptación. Y algo más profundo, más primitivo. Algo que hace que mi sangre arda.

—Gracias —dice simplemente—. Por salvarme.

—Siempre —respondo, y la palabra tiene un peso, una promesa que ambos sentimos.

La guío hacia la salida del callejón, donde Renzo espera junto al coche. Su expresión es inescrutable mientras nos observa acercarnos.

—Doctora Petrova —saluda con una inclinación de cabeza, como si nos encontráramos en una fiesta y no junto a una escena de triple homicidio—. Parece que le debemos una explicación.

—Y yo a ustedes —responde ella, sorprendiéndome con su compostura—. Pero primero necesito llamar a alguien.

—¿Al agente Donovan? —pregunto, y veo angustia en sus ojos—. No es una buena idea. Ahora que la mafia rusa ha hecho su movimiento, necesitarás más que al FBI para mantenerte con vida.

—¿Qué sugieres? —pregunta, y hay una cautela en su voz que no puedo culpar.

La miro directamente a los ojos, permitiéndole ver toda la verdad en los míos.

—Ven conmigo. A la mansión Caballero. Es el lugar más seguro de Nueva York. Ni siquiera la mafia rusa se atrevería a tocarte allí.

Veo el conflicto en su rostro. La psicóloga profesional, la mujer independiente, la superviviente que ha pasado años confiando solo en sí misma... todas luchando contra la realidad innegable de que acaba de ser atacada y que podría volver a suceder.

—¿Por qué? —pregunta finalmente—. ¿Por qué arriesgarías tanto por mí? Apenas me conoces.

La pregunta me toma por sorpresa. ¿Cómo explicarle lo que ni yo mismo entiendo completamente? ¿Cómo poner en palabras esta certeza absoluta de que ella es mía para proteger, mía para cuidar, mía para... amar?

—Sí que te conozco, y sé exactamente cómo te sientes —respondo con una honestidad que me deja vulnerable como nunca antes.

Sus ojos se llenan de lágrimas no derramadas. Por un momento, parece que va a decir algo, que va a negarse. Pero entonces asiente.

—Necesito recoger algunas cosas de mi apartamento —dice—. Y tengo que llamar a Mark.

—Lo haremos —aseguro—. Pero primero, vamos a ponerte a salvo.

La guío hacia el coche, mi mano en la parte baja de su espalda. Un gesto protector, posesivo. Renzo nos observa con una mezcla de resignación y preocupación.

Mientras Katia se desliza en el asiento trasero, su mano encuentra la mía. Un contacto breve pero electrizante.

—Luca —dice en voz baja—. Lo que hiciste... cómo luchaste...

Me tenso, esperando el rechazo que seguramente vendrá ahora que la adrenalina está disminuyendo, ahora que puede procesar la brutalidad de mis acciones.

—Nunca había visto nada igual —continúa—. Fue... aterrador.

Asiento, preparándome para lo peor.

—Y lo más hermoso que he visto en mi vida —termina, dejándome completamente desarmado.

Nuestras miradas se encuentran, y en ese momento, entre la sangre y el caos, algo cambia entre nosotros. Algo fundamental e irreversible.

Ya no soy solo su paciente. Ya no es solo mi terapeuta.

Somos dos almas rotas que, de alguna manera, han encontrado en la otra los fragmentos que les faltaban.

Y mientras Renzo arranca el coche, alejándonos de la escena, sé con absoluta certeza que mataría a mil hombres más si fuera necesario para mantenerla a salvo.

Porque Katia Petrova ya no es solo mi obsesión.

Es mi redención.

CAPÍTULO 17

KATIA

El coche se desliza a través de unas enormes puertas de hierro forjado. Nunca he visto algo así fuera de las películas: una verdadera mansión, rodeada por un muro de piedra de tres metros de altura y vigilada por hombres armados que no intentan disimular su presencia.

Mi mente, entrenada durante dos décadas para evaluar amenazas, registra automáticamente cada detalle. Cámaras de seguridad en cada ángulo. Sensores de movimiento camuflados entre la vegetación. Al menos seis guardias visibles, lo que significa probablemente que hay el doble ocultos. Este lugar no es solo una casa. Es una fortaleza.

—¿Impresionada? —pregunta Luca desde el asiento delantero, girándose para mirarme.

Todavía lleva manchas de sangre en la camisa. La sangre de los hombres que mató para protegerme. Debería horrorizarme. Debería estar aterrorizada de él, de lo que es capaz de hacer. En cambio, me encuentro estudiando sus manos, las mismas que manejaron esos cuchillos con precisión letal y después me sostuvieron con una gentileza que me dejó sin aliento.

—Es... imponente —respondo, optando por la honestidad.

Renzo, que ha permanecido mayormente en silencio durante el trayecto, emite un sonido que podría ser una risa contenida. —Es lo que pretendemos.

El coche se detiene frente a una escalinata de mármol que conduce a una puerta principal que parece sacada de un palacio europeo. Antes de que pueda alcanzar el tirador, la puerta se abre y una mujer aparece en el umbral.

Es hermosa de una manera que duele mirar directamente, como el sol. Cabello castaño oscuro, ojos color miel, una figura menuda pero femenina envuelta en un vestido azul claro que parece flotar a su alrededor. Pero lo que me golpea con más fuerza es su expresión: genuina preocupación mezclada con una calidez que no esperaba encontrar en este mundo de hombres peligrosos.

—¡Gracias a Dios que estáis bien! —exclama, bajando apresuradamente los escalones.

Se lanza a los brazos de Renzo, quien la recibe con una naturalidad que habla de años de intimidad. La forma en que la mira, como si fuera la única luz en un universo oscuro, me dice todo lo que necesito saber sobre su relación.

—Estamos bien, *amore* —le asegura él, besando sus labios—. Todo está bajo control.

Sus ojos se posan en mí, y hay una curiosidad en ellos que me hace sentir extrañamente expuesta. Como si pudiera ver a través de mis capas de protección, directamente al núcleo vulnerable que he pasado décadas ocultando.

—Tú debes ser la doctora Petrova —dice, acercándose con una sonrisa—. Soy Valentina. La esposa de Renzo.

—Katia —respondo automáticamente, extendiendo mi mano.

Ella ignora el gesto formal y, para mi sorpresa, me abraza. Es un contacto breve pero cálido, el tipo de afecto que no he experimentado en... no puedo recordar cuánto tiempo.

—Debes estar exhausta —dice, apartándose para estudiarme—. Y esa blusa... —su mirada se detiene en las manchas de sangre que salpican mi ropa —. Necesitas un baño caliente y ropa limpia. Ven conmigo.

Miro a Luca, una reacción instintiva que me sorprende. ¿Desde cuándo busco su aprobación? ¿Su protección?

Él asiente, una sonrisa suave curvando sus labios.

—Estás en buenas manos. Valentina cuidará de ti. Yo necesito... limpiarme.

La manera en que dice «limpiarme» me recuerda que él también está cubierto de sangre. La sangre de los hombres que mató por mí.

—Gracias —digo, y las palabras parecen ridículamente inadecuadas—. Por todo.

Algo cambia en su mirada. Una intensidad que hace que mi piel se erice, no de miedo sino de algo mucho más peligroso. Deseo.

—Siempre —responde simplemente, y esa única palabra contiene más promesa que cualquier declaración elaborada.

Valentina me toma del brazo gentilmente, guiándome hacia la casa. Mientras subimos las escaleras, no puedo evitar mirar hacia atrás. Luca permanece inmóvil junto al coche, sus ojos fijos en mí, vigilante. Protector. Posesivo.

Y Dios me ayude, me gusta cómo se siente.

La habitación que me ha asignado Valentina es más grande que todo mi apartamento. Decorada en tonos suaves de azul y gris, con una cama king-size que parece una nube y ventanales que dan a un jardín iluminado por luces estratégicamente colocadas.

—El baño está por aquí —dice Valentina, abriendo una puerta que revela un espacio de mármol blanco con una bañera que podría albergar cómodamente a tres personas—. Te he dejado toallas limpias y un albornoz. Y aquí —abre un armario— hay algunas prendas que deberían quedarte bien. No son nuevas, son mías, pero creo que tenemos tallas similares.

La amabilidad de esta mujer, una completa desconocida, me desconcierta. He pasado tanto tiempo sola, confiando solo en mí misma, que he olvidado cómo se siente ser cuidada.

—¿Por qué haces esto? —pregunto antes de poder contenerme—. Ni siquiera me conoces. Estoy poniendo a tu familia en peligro solo por estar aquí.

Valentina me estudia con esos ojos inteligentes que parecen ver demasiado.

—¿Sabes qué vi cuando Luca te miró en la entrada? Vi esperanza. Y créeme, eso es algo que nunca pensé que vería en sus ojos.

Sus palabras me dejan sin aliento.

—No entiendo.

Ella sonríe, una sonrisa triste pero genuina.

—Luca ha estado perdido en la oscuridad desde que lo conozco. Ha hecho cosas terribles, cosas que lo han consumido por dentro. Pero contigo... es como si finalmente hubiera encontrado algo por lo que vale la pena salvarse.

—No puedo salvarlo —respondo, la verdad amarga en mi lengua—. Apenas puedo salvarme a mí misma.

—Quizás no se trata de salvarse —dice suavemente—. Quizás se trata de encontrar a alguien que entienda tu oscuridad y te quiera a pesar de ella. O incluso por ella.

Sus palabras me golpean con una fuerza que me deja momentáneamente sin habla. ¿Es eso lo que he encontrado en Luca? ¿Alguien que entiende mi oscuridad porque tiene la suya propia?

—Te dejaré para que te asientes —dice Valentina, dirigiéndose a la puerta —. La cena se sirve en una hora, pero si prefieres descansar, puedo hacer que te suban algo.

—Gracias —logro decir—. Por todo esto. Por... entenderme.

Ella me mira una última vez antes de salir.

—Todos merecemos un refugio, Katia. Incluso aquellos de nosotros que creemos no merecerlo.

Cuando la puerta se cierra, me quedo inmóvil en medio de esta habitación lujosa que no es mía, en esta casa fortificada llena de peligrosos criminales que, inexplicablemente, me han acogido como si fuera una de ellos.

Y lo más aterrador es que, por primera vez en veinte años, me siento segura.

LUCA

El agua caliente no puede lavar la sensación de su piel bajo mis manos. No puede borrar la imagen de sus ojos, dilatados por el miedo y algo más, cuando me vio matar a esos hombres por ella.

Froto más fuerte, viendo cómo el agua a mis pies se tiñe de rosa. La sangre nunca parece irse completamente. No importa cuánto frote, siempre queda algo bajo las uñas, en las líneas de mis palmas. Un recordatorio permanente de lo que soy. De lo que siempre seré.

Un asesino. Un monstruo.

Y, sin embargo, hoy ella me miró como si fuera un héroe.

Cierro el agua y me quedo inmóvil, dejando que las gotas resbalen por mi cuerpo. El silencio del baño es roto solo por mi respiración, por el latido de mi corazón que no ha vuelto a la normalidad desde que la vi atrapada en ese callejón.

Si hubiera llegado un minuto más tarde...

El pensamiento hace que mi estómago se contraiga dolorosamente. La idea de perderla, de que esos bastardos la hubieran llevado, de lo que podrían haberle hecho... despierta una rabia tan pura, tan primitiva, que hace que mis episodios anteriores parezcan simples rabietas.

Me visto rápidamente con ropa limpia. Necesito verla. Necesito asegurarme de que está realmente aquí, a salvo. Que no es solo otro sueño febril producto de mi mente enferma.

Cuando salgo de mi habitación, encuentro a Renzo esperándome en el pasillo. Su expresión me dice todo lo que necesito saber.

—Vamos a mi despacho. Ahora.

Lo sigo en silencio, preparándome para la confrontación que sé que viene. Renzo puede ser mi hermano en todo menos en sangre, pero también es el jefe de la familia. Y acabo de traer a nuestra casa a una testigo protegida perseguida por la mafia rusa.

Su despacho es territorio neutral. El lugar donde tomamos decisiones, donde planeamos operaciones, donde resolvemos nuestros desacuerdos sin que el resto de la familia se entere.

Cierra la puerta tras nosotros y se dirige directamente al bar. Sirve dos vasos de whisky, me entrega uno y se apoya contra su escritorio, estudiándome con esa mirada que siempre me ha hecho sentir como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos.

—¿Sabes en qué nos has metido? —pregunta finalmente, su voz engañosamente tranquila.

—Sí —respondo honestamente—. Y lo haría de nuevo.

Renzo suspira, un sonido cansado que lleva el peso de años lidiando con mis decisiones impulsivas.

—Los rusos no son como los Genovese, Luca. No respetan territorios, no siguen reglas. Si descubren que la tenemos aquí...

—Que lo intenten —interrumpo, la amenaza clara en mi voz—. Que intenten tocarla.

—No es solo por ella —dice Renzo, su tono endureciéndose—. Es por Valentina. Es por Sofia. Es por toda nuestra familia. Estás poniendo en peligro a todos por una mujer que apenas conoces.

Sus palabras deberían hacerme dudar. Deberían hacerme reconsiderar. Pero todo lo que puedo pensar es en Katia temblando en ese callejón, en cómo se sintió ponerle mi chaqueta sobre los hombros, en la manera en que me miró cuando le prometí que nadie volvería a hacerle daño.

—No es solo una mujer —digo finalmente—. Es ella. Y no puedo explicarlo, Renzo, pero sé que daría mi vida por la suya sin dudarlo un segundo.

Algo cambia en su expresión. Una mezcla de resignación y comprensión que no esperaba ver.

—Lo sé —dice suavemente—. Lo vi en tu cara cuando la mirabas. Es la misma forma en que yo miro a Valentina.

La comparación me deja momentáneamente sin palabras. Renzo y Valentina. El tipo de amor que trasciende la razón, que desafía la lógica, que sobrevive a todo.

¿Es eso lo que siento por Katia? ¿Amor?

La palabra me asusta más que cualquier enemigo al que me haya enfrentado.

—No sé qué es —admito—. Solo sé que no puedo dejarla ir.

Renzo asiente, como si hubiera esperado esta respuesta.

—Entonces tenemos que prepararnos. Reforzar la seguridad. Investigar a Smirnov. Averiguar exactamente por qué la quieren después de tanto tiempo.

—Ya he puesto a Carlo en ello —digo—. Y he duplicado la guardia en el perímetro.

Una sonrisa torcida curva los labios de Renzo.

—Por supuesto que lo has hecho. Siempre tan eficiente cuando se trata de proteger lo tuyo.

Lo mío. Las palabras resuenan en mi cabeza, despertando algo primitivo y posesivo que no sabía que existía dentro de mí.

—No es mía —respondo, pero suena falso incluso para mis propios oídos.

—Todavía no —dice Renzo, terminando su whisky—. Pero lo será. Lo veo en tus ojos. Y Dios nos ayude a todos cuando eso suceda.

Termino mi bebida en silencio, dejando que sus palabras se asienten. No puedo negarlo. No a él. No a mí mismo.

Quiero que sea mía. En todos los sentidos posibles.

—Ve a verla —dice Renzo, interrumpiendo mis pensamientos—. Sé que es lo que estás deseando hacer desde que entramos en la casa.

No necesito que me lo diga dos veces. Dejo el vaso y me dirijo a la puerta.

—Luca —me llama antes de que salga—. Recuerda que está traumatizada. Que acaba de ver morir a tres hombres. Que probablemente está reviviendo horrores de su pasado. Dale espacio.

Asiento, reconociendo la sabiduría en sus palabras.

—Lo intentaré.

Su risa me sigue mientras salgo del despacho. Ambos sabemos que el autocontrol nunca ha sido mi fuerte.

Está dormida cuando entro silenciosamente en su habitación. La luz de la luna se filtra a través de las cortinas entreabiertas, bañándola en un resplandor plateado que la hace parecer etérea, casi sobrenatural.

Se ha duchado. Puedo oler el champú de Valentina en su cabello, que se extiende como un halo dorado sobre la almohada. Lleva puesta una camiseta gris demasiado grande para ella, probablemente también de Valentina. Con su rostro, libre del maquillaje y la tensión constante que mantiene durante el día, parece más joven, más vulnerable.

Me acerco sin hacer ruido, deteniéndome junto a la cama. Sé que no debería estar aquí. Que esto es una invasión de su privacidad. Que, si despertara y me encontrara observándola, probablemente se asustaría.

Pero necesito verla. Necesito asegurarme de que está realmente aquí, a salvo bajo mi techo, protegida por mis muros, por mis hombres. Por mí.

Esta noche puede descansar, sabiendo que nada atravesará mis defensas para llegar a ella.

Sin pensarlo, extiendo mi mano y aparto suavemente un mechón de cabello de su rostro. Su piel es suave y cálida bajo mis dedos callosos. Se mueve ligeramente ante el contacto, murmurando algo ininteligible, pero no se despierta.

Debería irme. Debería dejarla dormir en paz. Pero mis piernas se niegan a moverse. Estoy anclado a este suelo, a este momento, a esta mujer que ha entrado en mi vida como un huracán, arrasando con todas mis certezas.

Así que me siento en el sillón junto a la ventana, desde donde puedo verla y también vigilar el jardín exterior. La luz de la luna dibuja sombras en su rostro, acentuando la curva de sus labios, la línea de su mandíbula, las pestañas que descansan como medias lunas sobre sus mejillas.

Y por primera vez en lo que parece una eternidad, siento paz. Una calma que se extiende desde mi pecho hasta cada extremidad, relajando músculos que no sabía que estaban tensos, aliviando un dolor que he llevado durante tanto tiempo que se había convertido en parte de mí.

No sé cuánto tiempo permanezco así, observándola dormir, absorbiendo su presencia como un hombre muriendo de sed absorbe agua. Podría ser una hora o podrían ser cinco. El tiempo pierde significado.

Eventualmente, sus párpados comienzan a moverse. Está soñando. Su respiración se acelera ligeramente, su cuerpo tensándose bajo las sábanas. No es un sueño agradable.

Me levanto silenciosamente, acercándome de nuevo a la cama. Sus manos se han cerrado en puños, agarrando las sábanas con tanta fuerza que sus nudillos están blancos. Su cabeza se mueve de un lado a otro, negando algo que solo ella puede ver.

—No —murmura, su voz cargada de miedo—. Por favor, no...

El sonido de su angustia me atraviesa como un cuchillo. Sin pensar, me siento en el borde de la cama y tomo una de sus manos entre las mías.

—Shh —susurro—. Estás a salvo, Katia. Estás a salvo conmigo.

No sé si puede oírme en su sueño, pero su agarre se afloja ligeramente. Su respiración comienza a normalizarse. Sigo sosteniendo su mano, trazando pequeños círculos con mi pulgar sobre su piel, murmurando palabras tranquilizadoras que fluyen instintivamente.

Y entonces, sus ojos se abren.

Por un momento, parece desorientada, sin reconocer dónde está o quién soy. El miedo del sueño aún presente en su mirada. Pero luego, la conciencia regresa. Me ve, realmente me ve, y algo cambia en su expresión.

No es miedo. No es confusión. Es... alivio.

—Luca —susurra, mi nombre en sus labios como una oración.

—Estoy aquí —respondo, sin soltar su mano—. Estás a salvo.

Debería disculparme por estar en su habitación. Debería explicarle que solo quería asegurarme de que estaba bien. Debería irme ahora que está despierta.

No hago ninguna de esas cosas.

En cambio, permanezco sentado en el borde de su cama, sosteniendo su mano, mientras la luna proyecta nuestras sombras entrelazadas sobre las sábanas blancas.

Y cuando ella se mueve ligeramente hacia un lado, creando espacio en la cama, entiendo la invitación silenciosa. Me recuesto junto a ella, encima de las

sábanas, manteniendo una distancia respetuosa pero lo suficientemente cerca para que pueda sentir mi presencia, mi protección.

No hablamos. No necesitamos hacerlo. Hay un entendimiento entre nosotros que trasciende las palabras, una conexión que se ha forjado a través del peligro compartido, del reconocimiento mutuo de nuestras heridas.

Eventualmente, su respiración se vuelve más profunda, más regular. Se ha dormido de nuevo, pero esta vez su rostro está en paz. Sin pesadillas, sin miedos.

Y mientras la observo dormir, con la luna como único testigo, me permito aceptar una verdad que he estado negando desde el momento en que la vi en aquel baño turco:

Estoy enamorado de Katia Petrova.

Y haré lo que sea necesario para mantenerla a mi lado. Para siempre.

CAPÍTULO 18

KATIA

Han pasado cinco días desde que llegué a la mansión Caballero. Cinco días desde que vi a Luca matar a tres hombres para salvarme. Cinco días en los que mi mundo ha dado un vuelco completo.

Me despierto con los primeros rayos del sol filtrándose a través de las cortinas. Esta habitación, con su cama enorme y sus sábanas de algodón egipcio, sigue pareciéndome ajena. Demasiado lujosa, demasiado permanente para alguien que ha pasado dos décadas viviendo como un fantasma.

Y, sin embargo, cada mañana me cuesta un poco menos levantarme. Cada día, la idea de quedarme parece un poco menos imposible.

Me visto con ropa que Valentina ha insistido en comprarme. «No puedes vivir de tres mudas de ropa», dijo ayer, desestimando mis protestas con un gesto elegante de su mano. Como si acoger a una extraña perseguida por la mafia rusa y comprarle un guardarropa completo fuera lo más natural del mundo.

El desayuno en la mansión Caballero es un asunto sorprendentemente informal. La enorme cocina, con su isla central de mármol y sus electrodomésticos profesionales, se convierte cada mañana en un espacio cálido donde la jerarquía familiar parece disolverse temporalmente.

Cuando entro, Sofia ya está allí, sentada en un taburete alto, devorando un plato de frutas mientras revisa algo en su tablet. Me lanza una mirada evaluativa, seguida de esa sonrisa torcida que he aprendido a asociar con ella.

—Buenos días, testigo X —saluda, usando el apodo que me ha puesto—. ¿Has dormido bien, o sigues sobresaltándote con cada crujido?

Sofia Leone, la hija del médico de la familia. Brillante, mordaz y absolutamente intrépida. La única persona en esta casa que me trata sin un ápice de reverencia o temor.

—Mejor —respondo, sirviéndome café—. Aunque sigo comprobando las ventanas.

—Es un progreso —asiente con aprobación—. Pronto estarás durmiendo como un bebé, confiando ciegamente en que los matones de Renzo

mantendrán alejados a los matones rusos.

—Tu optimismo me conmueve —digo secamente, pero no puedo evitar una pequeña sonrisa.

—Es mi don —responde, encogiéndose de hombros—. Eso y mi capacidad para identificar psicópatas a primera vista. Hablando del rey de Roma...

La puerta de la cocina se abre y entra Luca. Lleva ropa negra, como siempre, pero hay algo diferente en él esta mañana. Una tensión en sus hombros, una dureza en su mandíbula que no estaba ahí ayer. Sus ojos, esos ojos verdes que parecen ver directamente dentro de mí, están inyectados en sangre. No ha dormido.

—Buenos días —saludo, intentando sonar casual.

Su mirada se fija en mí, y por un instante, algo suaviza su expresión.

—Buenos días —responde, su voz ronca por la falta de sueño—. ¿Todo bien?

Es la misma pregunta que me hace cada mañana. Simple, directa, cargada de significados ocultos.

—Todo bien —confirmo—. ¿Y tú? Pareces...

—Estoy bien —me corta, más brusco de lo necesario.

Sofia arquea una ceja, mirando entre nosotros con interés apenas disimulado.

—Sí, claramente estás en la cima de tu bienestar. Es ese brillo saludable en tus ojos lo que te delata.

Luca le lanza una mirada que habría hecho retroceder a cualquier otra persona. Sofia simplemente sonríe más ampliamente.

—¿Alguna noticia? —pregunto, intentando cambiar de tema.

Sé que ha estado investigando a Nikolai Smirnov. Que ha pasado las últimas noches fuera, rastreando conexiones, buscando información. Protegiéndome.

—Nada concreto —responde, sirviéndose café negro—. Pero estamos cerca.

No explica nada más, y yo no presiono. Parte de nuestro acuerdo tácito: él no me interroga sobre mi pasado, y yo no cuestiono sus métodos.

—Mark me llamó anoche —digo, observando su reacción—. Quiere verme.

Su cuerpo se tensa visiblemente.

—No.

—No te estaba pidiendo permiso —respondo con calma—. Solo te informaba.

Sus ojos se endurecen.

—No es seguro. Smirnov tiene ojos en todas partes. Si te ve con un agente federal...

—Mark no es solo un agente federal —interrumpo—. Es la persona que me ha mantenido con vida durante los últimos cinco años. Confío en él.

—Yo no. No confío en nadie —dice simplemente.

Sofia observa nuestro intercambio como quien sigue un partido de tenis particularmente interesante.

—Esto es fascinante —comenta—. La fuerza imparable conoce al objeto inamovible.

Luca la ignora, acercándose hasta que apenas nos separan unos centímetros. Su altura me obliga a levantar la cabeza para mantener el contacto visual, un pequeño detalle que seguramente ha calculado para intimidarme.

—No saldrás de esta casa sin mí —dice, su voz baja, controlada, pero con un filo de acero—. No hasta que sepa exactamente quién está detrás de esto y los haya eliminado. A todos.

Debería sentirme amenazada. Debería rebelarme contra su tono autoritario, contra la manera en que da por sentado que puede dictarme lo que puedo o no puedo hacer.

En lugar de eso, siento un escalofrío que nada tiene que ver con el miedo. Es la certeza absoluta en su voz. La promesa implícita de que eliminará cualquier amenaza, que creará un mundo donde yo pueda existir sin miedo.

Nadie me ha ofrecido eso antes. Ni siquiera Mark, con todos sus recursos federales.

—Podríamos ir a verlo —sugiero como compromiso—. En terreno neutral.

Luca considera la idea, sus ojos nunca abandonando los míos. Finalmente, asiente. —Con condiciones. Quiero a dos hombres presentes. Y quiero saber exactamente de qué habláis.

—Eso no va a pasar —respondo firmemente—. Me acompañas, pero hablaremos en privado.

—Imposible —dice, cruzándose de brazos—. No confío en él.

—No tienes que hacerlo —respondo—. Yo sí. Y eso debería ser suficiente.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. La tensión entre nosotros es casi palpable, cargada de algo que va mucho más allá de este desacuerdo.

—Por Dios, buscaos una habitación —murmura Sofia, rompiendo el momento—. La tensión sexual es tan densa que podría cortarla con un cuchillo. Y mira que nuestro Luca sabe de cuchillos.

—Sofia —la voz de Luca contiene una advertencia clara.

Ella levanta las manos en gesto de rendición, pero su sonrisa sigue ahí.

—Solo digo lo que todos pensamos. En fin, os dejo con vuestro concurso de miradas. Tengo que ayudar a mi padre con algunos análisis.

Sale de la cocina, no sin antes lanzarme una mirada cómplice que me hace sonrojar ligeramente.

Cuando nos quedamos solos, algo cambia en la postura de Luca. La dureza no desaparece, pero hay un cansancio bajo ella que no había notado antes.

—No dormiste anoche —digo, no como pregunta sino como afirmación.

—No importa.

—Sí importa —insisto, y antes de poder pensarlo mejor, extiendo mi mano y toco su brazo—. No puedes protegerme si te derrumbas por agotamiento.

El contacto parece sorprenderlo tanto como a mí. Es la primera vez que lo toco voluntariamente, sin que sea él quien inicie el contacto. Su piel está caliente bajo mis dedos, sus músculos tensos como cables de acero.

—Estoy bien —repite, pero no se aparta de mi toque—. He funcionado con menos sueño.

—Eso no significa que debas hacerlo —respondo suavemente—. Necesitas descansar, Luca.

Algo parpadea en sus ojos. Vulnerabilidad, quizás. Pero es tan fugaz que podría haberlo imaginado.

—No puedo —dice finalmente, tan bajo que apenas lo escucho—. Cada vez que cierro los ojos, te veo en ese callejón. Veo lo que podría haber pasado si hubiera llegado un minuto más tarde.

Su confesión me deja sin aliento. La imagen de este hombre, tan feroz y poderoso, atormentado por pesadillas sobre mi seguridad... es demasiado para procesar.

—Estoy aquí —digo, apretando ligeramente su brazo—. Estoy a salvo. Gracias a ti.

Asiente, pero veo que mis palabras no lo convencen del todo. Hay algo más, algo que no me está diciendo.

—Luca...

—Tengo que irme —me interrumpe, apartándose finalmente—. Tengo una reunión con Renzo. Sobre Smirnov.

—¿Puedo ayudar? —pregunto—. Sé cosas sobre él. Cosas que podrían ser útiles.

Su expresión se endurece de nuevo.

—No. No quiero que revivas eso. Ya has pasado suficiente.

—No me trates como a una víctima —digo, la frustración filtrándose en mi voz—. Sobreviví a Smirnov una vez. Puedo ayudar a detenerlo ahora.

—No es negociable —dice, su tono dejando claro que la conversación ha terminado—. Mantente dentro de la casa hoy. La seguridad está en alerta máxima.

Y con eso, se va, dejándome sola en la cocina con mi café enfriándose y la sensación persistente de que hay algo que no me está contando. Algo que lo está consumiendo desde dentro.

Y a pesar de toda mi formación como psicóloga, a pesar de haberlo visto en sus momentos más vulnerables durante nuestras sesiones, me doy cuenta de que apenas estoy empezando a conocer al verdadero Luca Salvatore.

Al hombre que mataría por mí sin dudarlo.

Al hombre que no puede dormir por miedo a que me pase algo.

Al hombre que, contra toda lógica, contra todo instinto de supervivencia, se está convirtiendo en lo más importante de mi vida.

El grito resuena por toda la mansión, un sonido tan lleno de agonía que hace que mi sangre se congele.

Dejo caer el libro que estaba leyendo y corro hacia la puerta de la biblioteca. En el pasillo, veo a varios guardias corriendo hacia el despacho de Renzo. Sus expresiones son una mezcla de alarma y algo más inquietante: miedo.

Antes de que pueda decidir qué hacer, Sofia aparece a mi lado, su rostro inusualmente serio.

—Es Luca —dice sin preámbulos—. Está teniendo un episodio.

El pánico me invade.

—¿Qué tipo de episodio?

—Del tipo que hace que hombres adultos armados corran en dirección contraria —responde, tomándome del brazo—. Vamos, tenemos que alejarnos. Cuando se pone así...

No termina la frase porque otro grito rasga el aire, seguido del sonido inequívoco de muebles rompiéndose.

—Tengo que verlo —digo, liberándome de su agarre.

Sofia me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Estás loca? Cuando Luca entra en ese estado, no reconoce a nadie. La última vez, casi mata a Leone, y él es prácticamente su padre adoptivo.

—Soy su terapeuta —insisto—. Sé cómo manejar estos episodios.

—No este —dice Sofia, su habitual tono despreocupado completamente ausente—. Este es diferente. Más violento. Más... primario.

Mientras discutimos, vemos a dos guardias salir tambaleándose del despacho. Uno tiene un corte en la mejilla, el otro sostiene su brazo en un ángulo extraño que sugiere una dislocación.

—¡Mantengan el perímetro! —grita uno de ellos—. ¡Nadie entra hasta que el jefe de la orden!

Mi entrenamiento profesional toma el control.

—¿Qué lo desencadenó? —pregunto a Sofia—. ¿Hubo algún disparador específico?

—No lo sé —responde—. Estaba en una reunión con Renzo. Algo sobre Smirnov, creo.

Smirnov. El nombre hace que un escalofrío recorra mi columna. Si Luca descubrió algo sobre él, algo lo suficientemente perturbador...

—Necesito entrar —digo con determinación—. Puedo ayudarlo.

—No te dejarán pasar —advierte Sofia—. Órdenes de Renzo. Nadie entra cuando Luca está así.

Como confirmando sus palabras, vemos a Valentina acercarse apresuradamente. Su rostro normalmente sereno muestra signos de

preocupación.

—Sofia, Katia —dice, su voz tensa—. Necesito que vayáis al ala este. Ahora.

—¿Qué está pasando? —pregunto—. ¿Qué le sucede a Luca?

Valentina me mira con una mezcla de compasión y firmeza.

—Es complicado. Luca sufre episodios disociativos severos. Flashbacks de su trauma infantil. Cuando está en ese estado, no es... él mismo.

—Lo sé —respondo—. Hemos trabajado en ello durante nuestras sesiones. Puedo ayudarlo.

—No esta vez —dice Valentina con gentileza—. Renzo y Leone saben cómo manejarlo. Solo necesita tiempo y espacio.

Otro estruendo desde el despacho parece contradecir sus palabras. Seguido de un grito que me hiela la sangre: mi nombre.

—¡Katia! ¡No la toquéis!

La desesperación en su voz es palpable. No es rabia lo que escucho. Es terror puro. Está reviviendo algo, algo que me involucra. O al menos, su mente cree que sí.

—Tengo que entrar —digo, moviéndome hacia el despacho.

Valentina se interpone en mi camino.

—No puedo permitirlo.

—Y yo no puedo quedarme aquí escuchándolo sufrir —respondo—. No cuando puedo ayudarlo.

Nos miramos fijamente, un silencioso duelo de voluntades. Finalmente, es Sofia quien rompe el impasse.

—Déjala ir —dice a Valentina—. Si alguien puede calmarlo, es ella. Lo has visto, Val. La forma en que la mira. Como si fuera su ancla en la tormenta.

Valentina duda, claramente dividida entre la orden de su esposo y la lógica de Sofia.

—Si las cosas se ponen feas, saldré inmediatamente —prometo—. Pero tengo que intentarlo.

Después de lo que parece una eternidad, Valentina asiente. —Ten cuidado —dice, apartándose.

Avanzo por el pasillo hacia el despacho, el corazón martilleando en mi pecho. Los guardias me miran con incredulidad cuando me acerco.

—La doctora Petrova —me presento, utilizando mi tono profesional más autoritario—. Necesito ver al señor Salvatore.

—Lo siento, doctora —responde uno de ellos—. Tenemos órdenes estrictas.

—Sus órdenes acaban de cambiar —digo, sin dejar espacio para discusión —. Soy la única persona que puede ayudarlo ahora mismo.

Los guardias intercambian miradas inseguras. Desde dentro del despacho, escuchamos la voz de Renzo, tensa pero controlada:

—Luca, escúchame. Estás a salvo. Estás en casa.

Seguida de un rugido que apenas suena humano:

—¡Dejadla ir! ¡No la toquéis!

Es todo lo que necesito para tomar mi decisión. Sin esperar permiso, paso entre los guardias y abro la puerta.

La escena que me recibe es caótica. El elegante despacho está parcialmente destruido. Un escritorio volcado, cristales rotos por el suelo, papeles esparcidos. Renzo está de pie a unos metros de Luca, las manos extendidas en gesto conciliador. Leone está junto a él, sosteniendo lo que parece ser una jeringa.

Y Luca... Luca está en una esquina, acorralado como un animal herido. Sus ojos están desenfocados, mirando algo que solo él puede ver. Sangre mancha sus nudillos, y su respiración es rápida, superficial.

—¿Qué haces aquí? —exige Renzo al verme—. ¡Sal ahora mismo!

Ignoro su orden y doy un paso hacia Luca.

—Luca —digo suavemente—. Soy yo, Katia. Estoy aquí.

Su cabeza se gira bruscamente en mi dirección. Por un momento, no hay reconocimiento en sus ojos, solo confusión y miedo.

—No es real —murmura—. No es real. Estás allí. En el sótano. Con ellos.

Mi corazón se contrae dolorosamente. Está mezclando su trauma con el mío. En su mente, estamos ambos atrapados en algún sótano oscuro, a merced de nuestros torturadores.

—No, Luca —digo con firmeza—. No estoy en ningún sótano. Estoy aquí, contigo. En la mansión Caballero. Estoy a salvo. Gracias a ti.

Doy otro paso hacia él, ignorando la advertencia de Renzo.

—Mírame, Luca. Realmente mírame. ¿Ves? No estoy herida. No estoy encadenada. Estoy aquí.

Algo parpadea en sus ojos. Un destello de reconocimiento.

—¿Katia?

—Sí —confirmo, acercándome más—. Soy yo. La Katia real. No la que ves en tu pesadilla.

Estoy lo suficientemente cerca ahora para tocarlo, pero me contengo. Sé por experiencia que el contacto físico puede ser contraproducente durante un episodio.

—Respira conmigo, Luca —digo, exagerando mis propias respiraciones para que pueda seguirlas—. Inhala... uno, dos, tres. Exhala... uno, dos, tres.

Para mi sorpresa, comienza a imitar mi ritmo respiratorio. Sus ojos nunca dejan los míos, como si temiera que fuera a desaparecer si parpadea.

—Eso es —lo animo—. Estás en el presente. Conmigo. Estamos a salvo.

Lentamente, muy lentamente, la niebla parece disiparse de sus ojos. La tensión en su cuerpo disminuye gradualmente. Su respiración se vuelve más profunda, más controlada.

—¿Sabes dónde estás? —pregunto suavemente.

Parpadea, mirando a su alrededor como si viera la habitación por primera vez.

—En el despacho de Renzo —responde, su voz ronca—. Yo... ¿qué ha pasado?

—Tuviste un episodio —explico, manteniendo mi tono calmado y profesional—. Pero ya pasó. Estás de vuelta.

La comprensión inunda su rostro, seguida inmediatamente por vergüenza. Ve los destrozos a su alrededor, la sangre en sus manos, las expresiones cautelosas de Renzo y Leone.

—Joder —murmura, pasándose una mano temblorosa por el rostro—. Lo siento. No quería...

—No es tu culpa —digo firmemente—. Fue una reacción involuntaria a un disparador. Hemos hablado de esto, ¿recuerdas?

Asiente débilmente, pero puedo ver que la culpa sigue ahí, royéndolo por dentro.

Renzo se acerca cautelosamente.

—¿Estás con nosotros, hermano?

—Sí —responde Luca, evitando su mirada—. Estoy bien. Lo siento.

—No hay nada que sentir —dice Renzo con una gentileza que me sorprende—. Todos tenemos nuestros demonios.

Leone se acerca también, guardando discretamente la jeringa.

—Deberías descansar —sugiere—. Tu cuerpo necesita recuperarse del shock.

Luca asiente mecánicamente, pero cuando intenta dar un paso, sus piernas ceden. Me muevo instintivamente para sostenerlo, y de repente me encuentro con sus brazos alrededor de mi cintura, su peso apoyado parcialmente en mí.

El contacto envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Estamos más cerca de lo que hemos estado nunca, su calor envolviéndome, su aroma —sudor, sándalo y algo únicamente suyo— inundando mis sentidos.

—Te tengo —murmuro, sorprendida por la firmeza de mi propia voz.

Renzo se acerca para ayudar, pero Luca se tensa visiblemente.

—No —dice, su agarre en mi cintura apretándose—. Ella. Solo ella.

Renzo me mira, una pregunta silenciosa en sus ojos. Asiento levemente. Puedo manejar esto. Quiero manejar esto.

—Vamos —digo a Luca—. Te llevaré a tu habitación.

CAPÍTULO 19

KATIA

Con su brazo sobre mis hombros y el mío alrededor de su cintura, avanzamos lentamente por el pasillo. Los guardias se apartan a nuestro paso, sus miradas son una mezcla de asombro y cautela. Ninguno dice una palabra, pero sus expresiones lo dicen todo: nunca han visto a Luca Salvatore permitir que alguien lo sostenga así. Que alguien lo vea vulnerable.

Su habitación está al final del corredor oeste, alejada del resto. Una ubicación que ahora entiendo perfectamente: lo suficientemente aislada para que nadie escuche cuando los demonios lo visitan por la noche.

Cuando abrimos la puerta, lo primero que noto es el orden meticuloso. Todo está en un lugar exacto, con una precisión casi militar. Una cama grande con sábanas negras. Un armario de madera oscura. Un escritorio con papeles perfectamente alineados. Y en la pared opuesta, una colección de cuchillos que haría estremecer a cualquiera.

Este espacio es tan Luca que casi puedo sentir su esencia impregnada en cada superficie.

Lo guío hacia la cama y lo ayudo a sentarse en el borde. A pesar de su debilidad momentánea, hay una tensión en sus músculos que me dice que está luchando por mantener el control. Por no mostrar más vulnerabilidad de la que ya ha revelado.

—Deberías descansar —digo, manteniendo mi voz profesional, aunque nada en esta situación lo es.

Asiente ligeramente, pero cuando intento apartarme, su mano atrapa la mía. El contacto envía una descarga eléctrica por mi brazo, directa a mi pecho.

—Quédate —dice, su voz ronca, áspera en los bordes. No es una petición. No del todo. Pero tampoco es una orden.

Debería negarme. Debería inventar una excusa, salir de esta habitación, mantener la distancia. Pero cuando lo miro a los ojos, veo algo que me desarma por completo: miedo. No a un enemigo externo, sino a los fantasmas que habitan en su propia mente.

—Solo hasta que te duermas —respondo, y mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos.

Una sombra de sonrisa cruza su rostro, fugaz como un relámpago. Se recuesta en la cama, encima de las sábanas, sin soltar mi mano. Como si temiera que fuera a desvanecerme si me suelta.

Me siento junto a él, manteniendo una distancia prudente, pero sin romper el contacto. El silencio entre nosotros no es incómodo. Es espeso, cargado de cosas no dichas, de deseos no confesados.

—Lo siento —dice finalmente, mirando al techo—. Por lo que viste. Por lo que hice.

—No tienes que disculparte —respondo—. Los episodios disociativos no son algo que puedas controlar.

—Debería poder hacerlo —la dureza regresa a su voz—. Soy más fuerte que esto. Que estos... recuerdos.

—El trauma no funciona así, Luca —digo suavemente—. No es cuestión de fuerza. El cerebro...

—No quiero una lección de psicología —me interrumpe, y hay un filo en sus palabras que me recuerda que, a pesar de su vulnerabilidad actual, sigue siendo un depredador—. No ahora.

Asiento, respetando su necesidad de distancia emocional. Su pulgar traza pequeños círculos en mi palma, un contraste sorprendente con la dureza de su tono. Como si su cuerpo y su mente estuvieran en guerra.

—¿Qué viste? —pregunto finalmente—. Durante el episodio.

Su cuerpo se tensa visiblemente, pero no retira su mano.

—El sótano —responde tras un largo silencio—. Siempre es el sótano. Pero esta vez... estabas allí.

Un escalofrío recorre mi columna.

—¿Yo?

—No como eres ahora —continúa, su voz bajando hasta casi un susurro—. Como debiste ser entonces. Cuando te tenían. Una niña. Asustada. Encadenada como yo.

Mi corazón se contrae dolorosamente. Su mente ha mezclado nuestros traumas, creando una narrativa donde sufrimos juntos. Donde no pudo protegerme.

—No estaba allí, Luca —digo suavemente—. Tú no estabas allí cuando me capturaron.

—Lo sé —responde, y hay una amargura en su voz que me sorprende—. Pero debería haber estado. Debería haberte encontrado antes. Antes de que te hicieran daño.

Sus palabras me dejan sin aliento. La idea de que este hombre, que ni siquiera me conocía entonces, sienta tal responsabilidad por mi protección... es abrumadora.

—Eras un niño —le recuerdo—. No podrías haber hecho nada.

—Ya no soy un niño —dice, girando su cabeza para mirarme directamente —. Y no dejaré que nadie vuelva a tocarte. Nunca.

La intensidad en sus ojos hace que mi piel se erice. No es una promesa vacía. Es una declaración de intenciones, sellada con la misma determinación con la que lo he visto matar.

—Lo sé —respondo, porque es la verdad.

Algo cambia en su mirada. Una chispa que enciende un fuego que he estado intentando ignorar desde que lo conocí. Lentamente, como dándome tiempo para apartarme, se incorpora hasta quedar sentado frente a mí.

Su mano libre sube para acunar mi mejilla, el toque es tan delicado que apenas lo siento. Como si temiera que pudiera romperme. Como si yo fuera algo precioso, algo que merece ser tratado con reverencia.

—Katia —mi nombre en sus labios suena como una oración—. Necesito...

No termina la frase. No necesita hacerlo. Porque yo también lo necesito. Con una desesperación que me asusta por su intensidad.

Cuando sus labios encuentran los míos, no es gentil. No es dulce. Es hambriento, desesperado, como un hombre que ha estado muriendo de sed y finalmente encuentra agua. Sus manos se enredan en mi cabello, sosteniéndome contra él como si temiera que fuera a desaparecer.

Y respondo con la misma urgencia, la misma necesidad primitiva. Mis dedos se clavan en sus hombros, sintiendo los músculos tensos bajo la tela de su camisa. El sabor de él —whisky, menta y algo únicamente Luca— inunda mis sentidos, borrando cualquier pensamiento racional.

No hay técnica en este beso, solo necesidad cruda. Nuestros dientes chocan, nuestras respiraciones se mezclan, nuestros cuerpos se presionan uno contra el

otro buscando más contacto, más calor, más de esta conexión que trasciende lo físico.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando, sus ojos han cambiado. El verde ha sido casi completamente devorado por el negro de sus pupilas dilatadas. Hay algo salvaje en su mirada, algo primario que debería asustarme.

En lugar de eso, me enciende.

—Deberíamos parar —digo, pero mis manos siguen aferradas a él, contradiciendo mis palabras.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta, su voz tan baja que apenas la escucho.

La pregunta me obliga a enfrentar una verdad que he estado evitando. No, no quiero parar. Quiero más. Quiero todo. Quiero sentir sus manos en cada centímetro de mi piel, su peso sobre mí, su calor envolviéndome hasta que no pueda recordar cómo se siente estar sola.

Pero también sé que no es el momento. No cuando está vulnerable tras el episodio. No cuando ambos estamos tan emocionalmente expuestos.

—Quiero que estés bien —respondo finalmente—. Y ahora mismo, necesitas descansar.

Una sombra de decepción cruza su rostro, pero asiente. Entiende. Respeta mis límites, aunque puedo ver cuánto le cuesta.

—Quédate conmigo —dice, y esta vez es claramente una petición—. Solo para dormir. No confío en mí mismo ahora.

Debería negarme. Debería volver a mi habitación, poner distancia entre nosotros, recuperar algo de la perspectiva que he perdido completamente en sus brazos.

En lugar de eso, me encuentro asintiendo.

Se recuesta de nuevo, arrastrándome gentilmente con él. Terminamos lado a lado, su brazo alrededor de mi cintura, mi cabeza apoyada en su pecho. Puedo escuchar el latido de su corazón, fuerte y constante bajo mi oído. Un ritmo que, inexplicablemente, me hace sentir a salvo.

—Duerme —murmura contra mi cabello—. Yo vigilaré.

Y aunque sé que él es quien necesita descanso, que es quien ha sufrido un episodio traumático, hay algo tan profundamente reconfortante en esas

palabras que me encuentro cediendo. Mis párpados se vuelven pesados, mi cuerpo se relaja contra el suyo.

Lo último que recuerdo antes de que el sueño me reclame es la sensación de sus dedos trazando patrones suaves en mi espalda, y la certeza absoluta de que, por esta noche al menos, estoy exactamente donde debo estar.

LUCA

La sostengo mientras duerme, su cuerpo acurrucado contra el mío como si hubiera sido diseñado específicamente para encajar allí. Su respiración es profunda y regular, el ritmo tranquilizador de alguien que se siente seguro. Que confía.

La idea de que confíe en mí lo suficiente para dormir en mis brazos, después de haberme visto en mi peor momento, hace que algo se retuerza en mi pecho. Un sentimiento para el que no tengo nombre, demasiado grande, demasiado abrumador para etiquetarlo.

No merezco esta confianza. No merezco la forma en que vino a mí cuando todos los demás huían. La forma en que me miró sin miedo, sin juicio, solo con esa comprensión que penetra hasta los huesos.

No merezco el sabor de sus labios, la suavidad de su piel, el calor de su cuerpo contra el mío.

Y, sin embargo, aquí está. Y soy demasiado egoísta, demasiado hambriento de ella para dejarla ir.

El episodio me ha dejado agotado, pero no puedo permitirme dormir. No cuando ella está aquí, vulnerable en mis brazos. No cuando todavía puedo sentir la oscuridad acechando en los bordes de mi consciencia, esperando para arrastrarme de nuevo.

Así que me mantengo despierto, vigilando. La puerta. Las ventanas. Cada sombra, cada sonido. Nadie la tocará mientras esté bajo mi protección. Nadie le hará daño. Ni siquiera yo.

Especialmente yo.

Mis dedos trazan patrones suaves en su cabello, fascinados por la textura sedosa, por el brillo dorado que captura incluso la tenue luz de la habitación. Es tan diferente a todo lo que he conocido. Tan suave. Tan limpia, a pesar de todo lo que ha vivido.

Mientras las horas pasan, mi mente repasa una y otra vez lo que desencadenó el episodio. La información sobre el topo en el FBI. La posibilidad de que Mark Donovan, el hombre en quien ella confía ciegamente, pueda ser quien la ha estado traicionando.

No puedo decírselo. No todavía. No hasta que tenga pruebas concretas. No puedo arriesgarme a romper su confianza basándome en sospechas.

Pero tampoco puedo permitir que se reúna con él. No hasta que esté seguro.

El problema es que ella no aceptará simplemente mi palabra. Necesitará razones. Explicaciones. Y si le cuento lo que sabemos, querrá ver las pruebas por sí misma. Se involucrará directamente, poniéndose potencialmente en el camino del peligro.

Inaceptable.

Suspiro, intentando no moverme demasiado para no despertarla. Estos pensamientos no están ayudando. Lo que necesito es un plan. Una forma de mantenerla a salvo mientras investigamos a Donovan.

Quizás Sofia pueda ayudar. Ella y Katia han desarrollado una extraña amistad en estos días. Si alguien puede convencerla de posponer la reunión con Donovan sin levantar sospechas, es ella.

El amanecer comienza a filtrarse por las cortinas, bañando la habitación en una luz dorada que hace que el cabello de Katia parezca brillar desde dentro. Se mueve ligeramente en sueños, acurrucándose más contra mí, su mano descansando sobre mi pecho, justo encima de mi corazón.

El gesto, tan inconsciente, tan confiado, hace que algo se rompa y se reconstruya dentro de mí.

Soy un hombre violento. Un asesino. Un monstruo creado por circunstancias monstruosas. He pasado mi vida entera sirviendo a la oscuridad, convirtiéndome en el tipo de pesadilla que mantiene despiertos a otros hombres por la noche.

Y, sin embargo, aquí está ella. Durmiendo pacíficamente en mis brazos. Confiando en mí para mantenerla a salvo. Mirándome como si viera algo más que el monstruo. Como si viera al hombre que podría haber sido en otra vida.

Con cuidado de no despertarla, me deslizo fuera de la cama. Necesito moverme. Necesito hacer algo con esta energía que bulle bajo mi piel, con esta

necesidad de proteger, de asegurar, de eliminar cualquier amenaza antes de que pueda acercarse a ella.

Me dirijo a la cocina, moviéndome silenciosamente por los pasillos de la mansión dormida. Preparo café, tostadas, fruta fresca. Un desayuno simple pero sustancial. Algo que pueda dejarle para cuando despierte.

Mientras trabajo, mi mente sigue girando alrededor de Donovan. De Smirnov. De todas las piezas de este rompecabezas que aún no encajan completamente.

Necesito más información. Necesito certezas, no sospechas. Y para eso, necesito salir. Necesito moverme en las sombras donde me siento más cómodo. Donde puedo ser el depredador en lugar de la presa.

Cuando regreso a la habitación con la bandeja de desayuno, ella sigue dormida. Se ha movido para ocupar el espacio que dejé, su cuerpo extendido sobre las sábanas como si buscara el calor que ya no está allí.

Dejo la bandeja en la mesita de noche y tomo un bolígrafo y papel del escritorio. Dudo un momento, considerando qué escribir. Las palabras nunca han sido mi fuerte. Prefiero la acción, lo concreto, lo tangible.

Finalmente, escribo simplemente:

«Tengo asuntos pendientes. Volveré pronto. No salgas de la mansión. Por favor.»

Ese «por favor» me sorprende incluso a mí mismo. No es una palabra que use a menudo. Pero con ella, parece necesario. Un reconocimiento de que no puedo simplemente ordenarle que haga lo que quiero. De que tiene voluntad propia, elecciones propias.

De que, a pesar de todo lo que siento por ella, no me pertenece.

Todavía.

Dejo la nota junto a la bandeja y me permito un último momento para observarla. La curva de su mejilla. La suavidad de sus labios, ligeramente entreabiertos en el sueño. La vulnerabilidad y la fuerza que coexisten en ella de una manera que nunca he visto en nadie más.

Me inclino y, en un impulso que no puedo contener, rozo sus labios con los míos. Un toque tan ligero que apenas lo sentiría si estuviera despierta. Una promesa silenciosa.

Volveré. Siempre volveré a ti.

Y entonces me voy, deslizándome fuera de la habitación como la sombra que soy, dejándola dormir en paz mientras me dirijo a hacer lo que mejor sé hacer: cazar a quienes amenazan lo que es mío.

CAPÍTULO 20

KATIA

Despierto lentamente, envuelta en un aroma que mi cuerpo reconoce antes que mi mente. Sándalo, cuero y algo más oscuro, más primitivo. Luca.

Extiendo la mano instintivamente, buscándolo, pero encuentro solo sábanas vacías. Frías. Ha estado fuera de la cama por un tiempo.

Abro los ojos, parpadeando contra la luz de la mañana que se filtra a través de las cortinas. Por un momento, me siento desorientada. Esta no es mi habitación. Las sábanas negras, los muebles oscuros, la colección de cuchillos en la pared... estoy en el espacio de Luca.

Los recuerdos de la noche anterior regresan en una avalancha: su episodio, cómo lo calmé, cómo me pidió que me quedara. Y ese beso. Ese beso que hizo que todo mi cuerpo ardiera, que despertó partes de mí que creía muertas hace mucho tiempo.

Me incorporo, pasándome una mano por el cabello enredado. ¿Dónde está? ¿Por qué se ha ido sin despertarme?

Y entonces noto la bandeja en la mesita de noche. Café, tostadas, fruta fresca. Todo dispuesto con una precisión casi militar. Y junto a ella, una nota.

La tomo, reconociendo inmediatamente la caligrafía firme y angulosa. Tan Luca en su intensidad controlada.

«Tengo asuntos pendientes. Volveré pronto. No salgas de la mansión. Por favor.»

Que sea una petición me sorprende. No parece propio de él. Del hombre que da órdenes como si esperara ser obedecido sin cuestionamiento. Es un pequeño detalle, pero habla de un respeto que no muestra a muchos.

Tomo la taza de café, sorprendida al encontrarla aún caliente. No debe haberse ido hace mucho. El café está exactamente como me gusta: negro, sin azúcar, con un toque de canela. Un detalle que de alguna manera conoce.

Como tantas otras cosas sobre mí que parece saber sin que yo se las haya dicho.

Mientras desayuno en su cama, rodeada de sus pertenencias, me permito reflexionar sobre lo que está sucediendo entre nosotros. Esta atracción que va más allá de lo físico. Esta conexión que parece desafiar toda lógica.

No debería estar aquí. No debería permitir que esto continúe. Soy su terapeuta, por el amor de Dios. Hay líneas éticas que no deberían cruzarse. Límites profesionales que existen por una razón.

Pero, cuando estoy con él, todas esas reglas parecen insignificantes comparadas con la intensidad de lo que siento. Con la certeza absoluta de que, de alguna manera, nos pertenecemos el uno al otro.

Es una locura. Una imprudencia que podría costarme todo lo que he construido. Mi carrera. Mi identidad. Mi seguridad.

Pero cuando recuerdo sus labios sobre los míos, sus manos en mi cabello, la forma en que me miró como si fuera lo único real en su mundo... no puedo arrepentirme.

Termino el desayuno y me levanto, decidida a volver a mi habitación antes de que alguien note que he pasado la noche aquí. Antes de que los rumores comiencen a circular. Aunque sospecho que ya es demasiado tarde para eso.

Mientras me dirijo a la puerta, mis ojos se posan en la colección de cuchillos en la pared. Me acerco, atraída por su belleza letal. Cada uno es único, cuidadosamente mantenido, dispuesto en un patrón que parece casi artístico.

Las herramientas de su oficio. Los instrumentos con los que protege a su familia. Con los que me protegió a mí.

Debería sentir repulsión. Horror. La reacción normal ante la evidencia tangible de su violencia.

En cambio, lo que siento es una extraña mezcla de fascinación y gratitud. Porque esas mismas manos que manejan estos cuchillos con tanta precisión mortal me sostuvieron anoche con una gentileza que me dejó sin aliento.

Salgo de su habitación y me dirijo a la mía, consciente de que algo fundamental ha cambiado entre nosotros. Una línea ha sido cruzada, un umbral atravesado del que no hay retorno.

Y lo más aterrador no es darme cuenta de que estoy cayendo por un hombre peligroso, por un asesino confeso.

Lo más aterrador es que no tengo ningún deseo de detener la caída.

Después de volver a mi propia habitación y cambiarme de ropa, decido bajar a la cocina por una segunda taza de café. Me siento inquieta. No sé qué más hacer.

La mansión está sorprendentemente tranquila esta mañana. Solo un par de guardias asintiendo respetuosamente mientras paso, y el ocasional miembro del personal de servicio moviéndose discretamente por los pasillos.

Cuando entro en la cocina, me sorprende encontrar a Renzo allí, solo, leyendo el periódico mientras toma café. Levanta la mirada cuando me escucha, y hay algo en su expresión que me dice que me estaba esperando.

—Buenos días, doctora Petrova —saluda, con esa cortesía formal que nunca abandona, incluso en su propia casa.

—Buenos días —respondo, dirigiéndome a la cafetera—. Y por favor, llámame Katia. Creo que hemos superado las formalidades.

Una pequeña sonrisa curva sus labios.

—Katia, entonces. ¿Café?

—Por favor.

Mientras me sirve una taza, noto que sus movimientos son precisos, medidos, como todo en él. Renzo Caballero es el tipo de hombre que calcula cada palabra, cada gesto. Un estratega nato. Lo que hace aún más intimidante la idea de tener una conversación privada con él.

—Luca está fuera —dice, confirmando lo que ya sospechaba—. Había asuntos que requerían su atención personal.

Asiento, aceptando la taza que me ofrece.

—¿Algo relacionado con Smirnov?

Su mirada se agudiza, evaluándome.

—Sí. Es mejor que no sepas los detalles.

—¿Por mi seguridad o por la vuestra? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma con mi franqueza.

Renzo sonríe, y esta vez parece genuino.

—Ambas. Hay ciertas... actividades que es mejor mantener compartimentadas.

Tomo un sorbo de café, permitiendo que el silencio se asiente entre nosotros. Sé que hay algo más que quiere decir. Algo para lo que ha estado esperando este momento a solas.

—Anoche... —comienza finalmente— lo que hiciste por Luca. Gracias.

La gratitud parece sincera a pesar de que su mirada dice lo contrario, y me sorprende.

—No fue nada. Es mi trabajo.

—No —dice, negando con la cabeza—. Lo que hiciste va más allá de cualquier obligación profesional. Lo trajiste de vuelta cuando nadie más podía. Y eso es... significativo.

Hay un peso en esa última palabra que me hace prestar especial atención.

—¿Cuánto tiempo lleva sufriendo estos episodios? —pregunto, cambiando ligeramente el tema.

—Desde que lo encontré —responde Renzo, su mirada volviéndose distante —. Tenía doce años. Estaba encadenado en un sótano, medio muerto. Lo habían torturado durante meses.

Mi corazón se contrae dolorosamente. A pesar de lo que Luca me había contado, escucharlo de Renzo lo hace más real, más brutal.

—¿Por qué? —la pregunta escapa antes de que pueda contenerla.

—Por culpa de su padre —explica Renzo—. Cuando murió, los que lo mataron decidieron que su hijo podría ser útil como... motivación. Para asegurarse de que mi padre cumpliera ciertos acuerdos.

La frialdad con la que describe algo tan monstruoso me hiela la sangre. Y al mismo tiempo, me da una nueva perspectiva sobre el mundo en el que estos hombres se mueven. Un mundo donde los niños son peones en juegos de poder.

—¿Cómo lo encontraste?

—Por casualidad —responde, y hay algo en su tono que me dice que hay mucho más en esa historia pero que no quiere contármela.

—Lo salvaste —digo, no como pregunta sino como afirmación.

—Y él me ha salvado a mí más veces de las que puedo contar desde entonces —responde Renzo—. Es más que mi mano derecha. Es mi hermano en todo menos en sangre.

Ahora entiendo la dinámica entre ellos. La lealtad feroz, la confianza absoluta, la forma en que parecen comunicarse sin palabras. Han forjado un vínculo en el fuego y la sangre, un vínculo que trasciende la familia biológica.

Renzo me mira directamente, toda pretensión de cortesía abandonada.

—Luca nunca ha sido vulnerable con nadie. No de esta manera. Ni siquiera conmigo o con Valentina. Lo que sea que está sintiendo por ti, es nuevo para él. Y eso lo hace peligroso.

—¿Peligroso para quién? —pregunto, aunque creo conocer la respuesta.

—Para todos —responde con franqueza—. Para él, porque no sabe cómo manejar estos sentimientos. Para ti, porque no creo que entiendas completamente con quién estás tratando. Y para cualquiera que se interponga entre vosotros dos.

Hay una advertencia implícita en sus palabras que no puedo ignorar.

—No tengo intención de hacerle daño —digo con firmeza—. Lo que está sucediendo entre nosotros es... complicado. Pero no estoy jugando con él, si es lo que te preocupa.

—No es eso lo que me preocupa —dice Renzo, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Lo que me preocupa es el poder que tienes sobre él. Un poder que ni siquiera yo tengo. Luca haría cualquier cosa por ti. Literalmente cualquier cosa. Y eso lo hace increíblemente vulnerable.

Sus palabras me golpean con fuerza. No había considerado completamente las implicaciones de lo que estaba desarrollándose entre nosotros. El alcance del poder que aparentemente tengo sobre un hombre tan peligroso.

—No pedí este poder —respondo en voz baja.

—Nadie lo hace —concede Renzo—. Pero lo tienes. Y con él viene una responsabilidad. Si lo lastimas, si lo traicionas, si lo utilizas de alguna manera... —hace una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Déjame ser claro: he dedicado mi vida a proteger a Luca, incluso de sí mismo. Y comparado con lo que le haría a cualquiera que lo dañe, la mafia rusa te parecería una guardería.

No hay malicia en su tono. No hay amenaza explícita. Solo una declaración de hechos, pronunciada con la misma calma con la que hablaría sobre el clima. Y por eso mismo, resulta infinitamente más aterradora.

—No es mi intención lastimarlo —repito, sosteniendo su mirada—. Pero tampoco puedo prometer que esto terminará bien. Hay demasiadas complicaciones, demasiados obstáculos.

—Lo sé —asiente Renzo—. Y por eso estamos teniendo esta conversación. Porque necesito que entiendas algo sobre Luca que quizás no hayas visto todavía: bajo toda esa violencia, bajo todos esos demonios, hay un buen hombre. Un hombre que ha sido moldeado por circunstancias monstruosas, pero que ha mantenido una parte de su alma intacta a pesar de todo.

Su defensa apasionada de Luca me sorprende y me conmueve a partes iguales. Es evidente que Renzo no solo respeta a Luca como su segundo al mando, sino que lo quiere genuinamente. Que ve en él cualidades que quizás ni el propio Luca reconoce.

Eso me hace respetarlo.

—Lo he visto —digo suavemente—. Esa bondad. Esa luz que sigue brillando a pesar de toda la oscuridad.

Algo cambia en la expresión de Renzo. Una mezcla de sorpresa y respeto, como si mis palabras hubieran confirmado algo que sospechaba.

—Entonces quizás hay esperanza para vosotros dos después de todo — dice, levantándose—. Solo recuerda lo que te he dicho. Ni se te ocurra dañarlo de alguna manera.

Mientras se dirige a la puerta, siento la necesidad de decir algo más. De reconocer lo que acaba de compartir conmigo.

—Renzo —lo llamo, haciendo que se detenga—. Luca tiene suerte de tenerte. De tener a alguien que lo defienda así.

Se gira ligeramente, y hay una sonrisa genuina en su rostro.

—No es suerte, Katia. Es lealtad. Algo que en nuestro mundo vale más que el oro. Espero que tú también lo entiendas.

Y con eso, se va, dejándome sola con mis pensamientos y la certeza de que acabo de recibir tanto una amenaza como una bendición del hombre más poderoso de Nueva York.

La pregunta es: ¿qué voy a hacer con ella?

CAPÍTULO 21

KATIA

La sala de entrenamiento de la mansión Caballero es impresionante. Un espacio amplio con suelo acolchado, espejos en una pared, y equipamiento que haría envidiar a cualquier gimnasio profesional. Pero lo que me sorprende no es el lugar, sino la propuesta de Luca.

—Necesitas mejorar tu defensa personal —dice mientras entra, vestido con pantalones deportivos negros y una camiseta gris que se adhiere a cada músculo de su torso como una segunda piel.

Han pasado dos días desde su episodio, desde esa noche en que dormimos juntos, desde ese beso que todavía siento en mis labios. Dos días en los que hemos mantenido una extraña danza de proximidad y distancia, conscientes de la electricidad que crece entre nosotros, pero sin atrevernos a provocar el incendio.

—Buenos días a ti también —respondo, cruzándome de brazos—. ¿Qué te hace pensar que necesito mejorar?

Sus ojos me recorren de pies a cabeza, una evaluación profesional que, sin embargo, despierta calor en mi piel.

—Te defendiste bien contra esos rusos. Tienes entrenamiento básico. Pero no es suficiente.

—¿Y tú vas a enseñarme? —pregunto, arqueando una ceja.

Una sonrisa lenta, depredadora, curva sus labios.

—¿Ves a alguien más capacitado?

No puedo evitar una pequeña risa. Su arrogancia debería irritarme, pero hay algo en la seguridad con que se mueve, en la certeza absoluta de sus habilidades, que resulta magnético.

—Tengo entrenamiento avanzado en defensa personal —le informo—. Parte del programa de protección de testigos. Mark se aseguró de ello.

La mención de Mark hace que su expresión se endurezca momentáneamente.

—Demuéstralo.

Me quito la sudadera, quedándome en leggings negros y una camiseta de tirantes. Noto cómo sus ojos se detienen brevemente en la curva de mis caderas, en la línea de mis hombros, antes de volver a mi rostro con una intensidad que hace que mi pulso se acelere.

Nos colocamos en el centro de la sala, frente a frente. Luca adopta una postura relajada, casi casual, pero reconozco la tensión controlada en sus músculos. Como un depredador fingiendo desinterés mientras calcula el momento exacto para atacar.

—Intenta derribarme —dice, con esa media sonrisa que parece reservada solo para mí.

—¿Estás seguro? —pregunto, adoptando mi propia postura de combate—. No quisiera herir tu ego masculino.

Su risa es baja, ronca, y envía un escalofrío por mi columna.

—Créeme, doctora, mi ego es lo suficientemente fuerte para soportarlo.

No le doy tiempo a decir más. Me lanzo hacia adelante con una finta a la izquierda, seguida de un barrido a sus piernas por la derecha. Es rápido, demasiado rápido. Esquiva mi ataque como si lo hubiera visto venir desde kilómetros de distancia.

—Predecible —comenta, sin perder su sonrisa—. Pero no está mal la ejecución.

Intento otra aproximación, esta vez con una combinación de golpes que aprendí de un instructor de Krav Maga en Seattle. Luca bloquea cada uno con una facilidad insultante, pero noto un destello de sorpresa en sus ojos. No esperaba que conociera esas técnicas.

Durante los siguientes minutos, danzamos en un combate que se parece más a un juego del gato y el ratón. Yo ataco, él esquiva. Él avanza, yo retrocedo. Ninguno de los dos empleando toda su fuerza o velocidad, evaluándonos mutuamente.

Hasta que cometo un error. Un paso en falso, una fracción de segundo de distracción al fijarme en la forma en que el sudor hace brillar su cuello. Es todo lo que necesita.

En un movimiento tan rápido que apenas puedo registrarlo, Luca se desliza bajo mi guardia. Su brazo rodea mi cintura, su pierna se enreda con la mía, y de pronto estoy cayendo. Pero en lugar del impacto duro contra el suelo, siento

su mano grande sosteniendo mi cabeza, amortiguando la caída mientras su cuerpo me sigue hacia abajo.

Termino de espaldas en la colchoneta, con Luca encima de mí, su peso sostenido sobre sus antebrazos para no aplastarme. Nuestros rostros a centímetros de distancia, nuestras respiraciones mezclándose.

—No está mal —dice, su voz más ronca de lo habitual—. Pero sigues siendo demasiado predecible.

Intento ignorar la forma en que su cuerpo presiona contra el mío, la sensación de sus músculos tensos bajo mis manos que, sin darme cuenta, han encontrado sus hombros.

—Quizás lo he hecho a propósito —respondo, sorprendiéndome a mí misma con mi audacia—. Para ver qué hacías.

Sus pupilas se dilatan visiblemente, devorando el verde de sus iris.

—¿Y qué esperabas que hiciera?

La tensión entre nosotros cambia, transformándose en algo más primitivo, más elemental. Ya no es un entrenamiento. Es un preludio.

Con un movimiento que lo toma por sorpresa, engancho mi pierna alrededor de su cadera y giro, invirtiendo nuestras posiciones. Ahora soy yo quien está arriba, sentada a horcajadas sobre él, mis manos inmovilizando sus muñecas a ambos lados de su cabeza.

—Esto, por ejemplo —digo, disfrutando de la sorpresa en su rostro—. No soy tan frágil como crees, Luca.

Una sonrisa lenta, peligrosa, curva sus labios.

—Nunca pensé que lo fueras.

Antes de que pueda reaccionar, libera sus muñecas de mi agarre con una facilidad increíble. Sus manos encuentran mis caderas, sujetándome firmemente contra él. La posición hace dolorosamente evidente su excitación, presionando contra mí a través de la tela de nuestras ropas.

—La pregunta —dice, su voz un gruñido bajo—, es si estás lista para lo que estás provocando.

El desafío en sus palabras enciende algo dentro de mí. Una necesidad de demostrarle que no soy una víctima, no soy alguien a quien deba tratar con guantes de seda. Que puedo manejar todo lo que es, incluso las partes más oscuras.

—¿Y si soy yo quien te está probando a ti? —respondo, inclinándome hasta que nuestros labios casi se tocan—. ¿Estás listo para una mujer que no se asusta de lo que eres?

Sus manos se tensan en mis caderas, y por un momento veo algo salvaje cruzar su mirada. Algo primario y posesivo que debería asustarme pero que, en cambio, hace que mi cuerpo arda.

—No juegues con fuego, Katia —advierte, su voz apenas un susurro áspero —. No si no estás preparada para quemarte.

—¿Quién dice que no quiero arder?

Esa provocación es todo lo que necesita. En un movimiento fluido, vuelve a invertir nuestras posiciones, esta vez presionando todo su cuerpo contra el mío. Una de sus manos se enreda en mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás para exponer mi cuello. La otra recorre mi costado, dejando un rastro de fuego a su paso.

Sus labios encuentran mi pulso, mordisqueando y succionando la piel sensible. Un gemido escapa de mi garganta, sorprendiéndome por su intensidad. Nunca he reaccionado así ante nadie, con esta necesidad visceral que parece consumirme desde dentro.

—Luca... —su nombre es una súplica en mis labios, aunque ni siquiera yo sé qué estoy pidiendo.

—Dime que pare —murmura contra mi piel, su aliento caliente enviando escalofríos por todo mi cuerpo—. Dime que pare y lo haré. Ahora mismo.

Pero no puedo. No quiero. Mis manos encuentran su espalda, sintiendo los músculos tensos bajo la tela de su camiseta, atrayéndolo más cerca.

—No pares —susurro, y es como liberar algo salvaje dentro de él.

Su boca encuentra la mía en un beso que no tiene nada de gentil. Es posesivo, demandante, consumiendo todo a su paso. Sus dientes mordisquean mi labio inferior, su lengua reclamando mi boca como si fuera un territorio conquistado. Y me rindo a la invasión, encontrándolo a medio camino con la misma ferocidad.

Sus manos están por todas partes, explorando, reclamando. Cuando una de ellas se desliza bajo mi camiseta, el contacto de su piel áspera contra mi abdomen me hace arquear la espalda, buscando más.

—Mía —gruñe contra mis labios, y esa única palabra despierta algo primitivo dentro de mí—. Dilo.

Debería resistirme. Debería recordarle que no soy una posesión, que no le pertenezco a nadie. Pero en este momento, atrapada entre su cuerpo y el suelo, consumida por un deseo que nunca había experimentado, solo puedo rendirme a la verdad.

—Tuya —jadeo, y siento su cuerpo tensarse contra el mío, como si la palabra lo hubiera golpeado físicamente.

Con un gruñido que suena casi animal, Luca desliza su mano más arriba, rozando el borde de mi sujetador deportivo. El contraste entre la gentileza de su toque y la ferocidad de su beso me vuelve loca. Quiero más, necesito más.

Como si leyera mi mente, su mano cubre mi pecho por encima de la tela, su pulgar trazando círculos sobre el pezón endurecido. El placer es tan intenso que tengo que romper el beso para respirar, mi cabeza cayendo hacia atrás contra la colchoneta.

Luca aprovecha para trazar un camino de besos por mi mandíbula, mi cuello, el borde de mi clavícula. Cada toque de sus labios es como fuego líquido en mis venas.

—Tan hermosa —murmura, su voz ronca por el deseo—. Tan perfecta.

Sus palabras, la adoración en su tono, me afectan casi tanto como sus caricias. Nadie me ha mirado así antes, como si fuera algo precioso, algo que venerar.

Mis manos encuentran el borde de su camiseta, deslizándose por debajo para sentir la piel caliente de su espalda. Los músculos se tensan bajo mi toque, y un gruñido de aprobación vibra en su pecho.

Nos movemos juntos en una danza instintiva, nuestros cuerpos buscándose mutuamente. La fricción es exquisita, frustrante, insuficiente. Quiero más, quiero todo.

—Luca —jadeo, mis uñas clavándose ligeramente en su piel—. Por favor...

No necesito especificar qué estoy pidiendo. Sus ojos, casi completamente negros por el deseo, me dicen que lo entiende perfectamente. Con un movimiento fluido, se sienta sobre sus talones, arrastrándome con él hasta que estoy sentada en su regazo, mis piernas a cada lado de sus caderas.

La nueva posición hace que nuestros cuerpos se alineen de una manera que arranca un gemido de mi garganta. Puedo sentirlo, duro y palpitante, presionando exactamente donde lo necesito.

Sus manos encuentran el borde de mi camiseta, pero se detienen, sus ojos buscando los míos en una pregunta silenciosa.

—Sí —susurro, levantando los brazos para facilitarle la tarea.

La prenda desaparece en un movimiento, dejándome en sujetador deportivo. Los ojos de Luca recorren mi torso expuesto con una intensidad que hace que mi piel arda. Hay algo profundamente erótico en estar parcialmente vestida mientras él me devora con la mirada.

—Perfecta —murmura, inclinándose para besar el valle entre mis pechos.

Sus manos grandes abarcan mi cintura, sujetándome firmemente contra él mientras sus labios exploran cada centímetro de piel recién expuesta. Cuando su boca encuentra mi pezón a través de la tela del sujetador, un sonido que no reconozco como mío escapa de mi garganta.

La sensación es abrumadora. Su lengua caliente contra la tela fría, la ligera presión de sus dientes, la forma en que sus manos me mantienen exactamente donde me quiere... es demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

—Luca —gimo, mis caderas moviéndose instintivamente contra las suyas, buscando alivio para el fuego que arde entre mis piernas.

Él gruñe en respuesta, el sonido vibrando contra mi piel. Una de sus manos se desliza por mi espalda, encontrando el cierre de mi sujetador.

Justo cuando está a punto de liberarme de la prenda, un sonido corta el aire. La puerta de la sala de entrenamiento abriéndose.

—Luca, necesito que... Oh, por el amor de Dios.

Renzo está en la puerta, su expresión una mezcla de sorpresa e irritación. Reacciono instintivamente, ocultándome contra el pecho de Luca, quien se gira parcialmente para cubrirme con su cuerpo, un gruñido bajo escapando de su garganta.

—¿No sabes llamar? —la voz de Luca es puro hielo, una amenaza apenas velada que haría temblar a cualquiera.

Renzo, sin embargo, parece inmune. Pone los ojos en blanco y se gira, dándonos la espalda.

—Tienes cinco minutos para presentarte en mi despacho. Tenemos información sobre Smirnov.

La puerta se cierra tras él, dejándonos en un silencio cargado de tensión. La magia del momento se ha roto, la realidad filtrándose de nuevo en nuestra burbuja.

Luca apoya su frente contra la mía, su respiración aún agitada.

—Lo siento —murmura, sus manos acariciando suavemente mi espalda—. Por la interrupción. Y por... perder el control.

Una risa suave escapa de mis labios.

—¿Crees que yo no lo he perdido también?

Sus ojos encuentran los míos, y hay tanta vulnerabilidad en ellos que me deja sin aliento.

—Esto no ha terminado —dice, su voz una promesa que hace que mi cuerpo se estremezca en anticipación—. Lo que hay entre nosotros... no voy a dejarlo ir.

—Yo tampoco —confieso, sorprendiéndome a mí misma con mi honestidad.

Con una gentileza que contrasta con la pasión desenfrenada de momentos antes, Luca me ayuda a ponerme de pie y recuperar mi camiseta. Sus dedos rozan deliberadamente mi piel mientras me ayuda a vestirme, pequeños toques que mantienen vivo el fuego entre nosotros.

—Esta noche —dice, no como una pregunta sino como una declaración—. Hablaremos. Decidiremos qué es esto.

Asiento, incapaz de encontrar palabras. Porque a pesar de toda mi formación, de todos mis años estudiando la mente humana, no tengo nombre para lo que está creciendo entre Luca y yo.

Solo sé que es poderoso, peligroso, y completamente inevitable.

Como el fuego que, una vez encendido, no puede ser contenido.

CAPÍTULO 22

KATIA

El reloj marca las once de la noche cuando escucho unos suaves golpes en mi puerta. No necesito preguntar quién es. Lo sé con la misma certeza con la que sé que el sol saldrá mañana.

Luca.

Me miro una última vez en el espejo. Llevo un pantalón de yoga y una camiseta holgada. Nada provocativo, nada que sugiera expectativas. Después de lo ocurrido esta mañana en la sala de entrenamiento, necesitamos establecer algunos límites. Al menos hasta aclarar qué es exactamente lo que está creciendo entre nosotros.

Abro la puerta y ahí está él, imponente en su sencillez. Jeans negros y una camiseta gris que se estira sobre su torso musculoso. Su cabello aún húmedo de la ducha, sus ojos verdes más intensos bajo la tenue luz del pasillo.

—Hola —dice, su voz profunda enviando un escalofrío por mi columna.

—Hola —respondo, haciéndome a un lado para dejarlo pasar.

Entra con esa gracia felina que siempre me fascina. Como un depredador en territorio desconocido, evaluando, catalogando. Sus ojos recorren mi habitación, deteniéndose en los pequeños detalles personales que he añadido en estos días: un libro en la mesita de noche, una bufanda colgada en el respaldo de una silla, mi cepillo en el tocador.

—Te estás instalando —observa, y hay una satisfacción apenas disimulada en su tono.

Me encojo de hombros, intentando restar importancia al hecho.

—Es temporal.

—¿Lo es? —pregunta, girándose para mirarme directamente.

La pregunta flota entre nosotros, cargada de significados no expresados. Ambos sabemos que se refiere a mucho más que mi estancia en la mansión.

—Eso depende de muchas cosas —respondo con cautela.

Asiente, aceptando mi evasiva por ahora. De su bolsillo trasero saca un pequeño objeto que reconozco inmediatamente: la llave que me regaló. La que dejé en mi escritorio, pero luego recogí impulsivamente.

—La encontré en tu mesita de noche —dice, colocándola suavemente sobre la cómoda—. Cuando te traje el desayuno.

Debería sentirme invadida, pero curiosamente no es así. Quizás porque ya he aceptado que, con Luca, los límites convencionales no se aplican.

—Me gusta —digo simplemente.

Se sienta en el borde de la cama, una invitación silenciosa para que me una a él. En lugar de eso, me acomodo en el sillón frente a la ventana, manteniendo una distancia prudente. Si vamos a hablar, necesito tener la cabeza clara. Y eso es imposible cuando estoy demasiado cerca de él.

—Renzo me ha dicho que tuvisteis una conversación —comenta, sus ojos estudiando mi reacción.

—Así es —confirmo—. Fue... esclarecedora.

Una sonrisa torcida curva sus labios.

—¿Te amenazó? Si es así, voy a matarlo.

—Me advirtió —corrijo—. Hay una diferencia.

—No con Renzo —responde, y hay un tono casi afectuoso en su voz—. Sus advertencias siempre llevan implícita una amenaza.

—Se preocupa por ti —digo—. Es comprensible.

Luca asiente, su mirada perdida por un momento en recuerdos que no comparte.

—Me salvó la vida. En más de un sentido.

Hay tanto en esa simple frase. Tanto dolor, tanta gratitud, tanta historia no contada. Es una apertura, una invitación para profundizar.

—¿Quieres hablar de eso? —pregunto suavemente—. De lo que te pasó.

Sus ojos vuelven a mí, evaluándome.

—¿Como mi terapeuta o como...?

Deja la pregunta sin terminar, pero ambos sabemos lo que quiere decir. ¿Como lo que sea que somos ahora?

—Como alguien que entiende —respondo con honestidad—. Como alguien que ha estado en ese lugar oscuro. Como alguien a quien le importas.

Algo cambia en su expresión. Una resolución, una decisión tomada. Se levanta abruptamente.

—Espera aquí —dice, dirigiéndose a la puerta.

Antes de que pueda preguntar, ya ha salido. Regresa minutos después con dos tazas humeantes. Me ofrece una y el aroma me envuelve: té de jazmín con un toque de miel y limón. Exactamente como me gusta.

—¿Cómo...? —empiezo a preguntar.

—Me gusta observarte —responde simplemente, como si fuera la cosa más natural del mundo—. Cuando no puedes dormir, bajas a la cocina y preparas esto.

Debería inquietarme que conozca detalles tan íntimos de mis hábitos. En cambio, siento una calidez expandiéndose en mi pecho. Nadie me ha prestado tanta atención antes. Nadie ha considerado importante recordar cómo tomo el té.

Se sienta de nuevo en la cama, esta vez apoyándose contra el cabecero, sus largas piernas extendidas frente a él. Un gesto casual que, sin embargo, ocupa el espacio de una manera que resulta imposible ignorar.

—Tenía doce años —comienza sin preámbulos—. Mi padre era un socio menor de la familia Salvatore, de ahí mi apellido. Cuando los Romano comenzaron a ganar territorio, los Salvatore se pusieron nerviosos. Mi padre fue acusado de ser un traidor.

Toma un sorbo de su té, dándose tiempo. Espero pacientemente, reconociendo lo difícil que debe ser para él revivir esto.

—Una noche, hombres armados entraron en nuestra casa —continúa, su voz plana, desconectada—. Mataron a mi madre primero. Un disparo en la cabeza mientras preparaba la cena. A mi padre lo torturaron durante horas, preguntándole sobre sus tratos con los Caballero. Yo estaba escondido. Lo escuché todo.

Mi corazón se contrae. La imagen de un niño de doce años, aterrorizado, escuchando la muerte de sus padres... es demasiado familiar.

—Eventualmente me encontraron —sigue, su mirada fija en algún punto más allá de mí—. Me llevaron a un sótano. Me dijeron que era mi castigo por ser hijo de un traidor. Que me mantendrían vivo como «motivación» para que otros no siguieran el ejemplo de mi padre.

Deja la taza en la mesita de noche y, con un movimiento fluido, se quita la camiseta. Su torso queda expuesto, un mapa de cicatrices que ya había vislumbrado en el baño turco pero que ahora puedo ver completamente.

Marcas de quemaduras, cortes largos que solo pudieron ser hechos con un cuchillo, pequeños círculos que reconozco como quemaduras de cigarrillo.

—Tres meses —dice, su voz más baja ahora—. Tres meses en ese sótano. A veces venían varios a la vez. Se turnaban. Hacían apuestas sobre cuánto tardaría en romperme.

Se gira, mostrándome su espalda. Entre los tatuajes tribales que cubren gran parte de su piel, hay una cicatriz diferente. Más profunda, más cruel. Las letras "TS" grabadas a fuego en su omóplato derecho.

—Traidor Salvatore —explica sin que necesite preguntar—. Para que nunca olvidara por qué estaba allí.

Instintivamente me levanto y me acerco a él. Mis dedos trazan suavemente el contorno de la cicatriz, sintiendo la piel rugosa bajo mis yemas. Luca se tensa momentáneamente ante el contacto, pero no se aparta.

—Nadie ha tocado esa cicatriz antes —confiesa en voz baja—. Ni siquiera Renzo la ha visto completamente.

La confianza implícita en ese gesto me abruma. Este hombre, que ha vivido rodeado de violencia y traición, me está mostrando su vulnerabilidad más profunda. Me está permitiendo ver lo que nadie más ha visto.

—¿Cómo escapaste? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Se vuelve a poner la camiseta antes de responder, como si necesitara esa barrera para continuar.

—Renzo —dice simplemente—. Él también era muy joven, pero tenía hombres de su lado. Me rescató.

—¿Y después?

—Me llevó con su familia. Me enseñó a defenderme, a luchar. A sobrevivir en este mundo.

Hay gratitud en su voz, pero también algo más oscuro. Una sombra que reconozco demasiado bien.

—Y te convertiste en lo que eres ahora —concluyo suavemente.

Sus ojos encuentran los míos, desafiantes.

—En un monstruo, quieres decir.

—No —respondo con firmeza—. En un superviviente. Como yo.

Algo cambia en su mirada. Una vulnerabilidad que rara vez permite que nadie vea.

—Tu turno —dice finalmente—. ¿Qué te hicieron, Katia?

La pregunta, directa y sin adornos, me toma por sorpresa. Nadie me ha preguntado así antes. Siempre han sido cautelosos, temerosos de desencadenar recuerdos traumáticos. Pero Luca no tiene ese miedo. Él entiende, quizás mejor que nadie, que algunas heridas necesitan ser expuestas al aire para sanar.

Tomo un sorbo de mi té, agradeciendo el calor que desciende por mi garganta.

—Mi padre era un banquero en Moscú —comienzo—. No un hombre importante, pero tenía acceso a información. Cuentas, transferencias, nombres. Cuando la Unión Soviética colapsó, muchos criminales vieron su oportunidad. Nikolai Smirnov era uno de ellos.

El nombre hace que Luca se tense visiblemente, pero no interrumpe.

—Smirnov quería usar el banco para lavar dinero. Mi padre se negó. Intentaron sobornarlo, amenazarlo... Finalmente, decidió recopilar pruebas contra ellos y entregarlas al FBI, que ya estaba investigando las operaciones rusas en Estados Unidos.

Cierro los ojos, permitiendo que los recuerdos fluyan. No como una inundación abrumadora, sino como un río controlado.

—Una noche, hombres armados entraron en nuestra casa —continúo, consciente del paralelismo con la historia de Luca—. Mi padre intentó esconderme en un armario, pero me encontraron. Lo mataron frente a mí. Luego me llevaron con ellos.

Siento más que veo a Luca moverse. De repente está a mi lado, en el sillón, su cuerpo grande ocupando el espacio, pero sin tocarme. Respetando mi necesidad de espacio para contar esto.

—Me mantuvieron en un sótano durante un año —digo, mi voz sorprendentemente firme—. Smirnov venía a verme regularmente. Me decía que era su «princesita», que me mantendría como recordatorio para otros que pensaran en traicionarlo. Me mostraba fotos de mi padre... después de lo que le hicieron.

Luca maldice en voz baja, un sonido gutural que habla de rabia contenida.

—No me torturaron físicamente, no como a ti —continúo—. Su método era psicológico. Aislamiento. Oscuridad. Comida irregular. Nunca saber si era día o noche. Y siempre, siempre, el miedo de lo que podría pasar después.

Mis manos tiemblan ligeramente alrededor de la taza. Luca lo nota y, con una gentileza que contradice su tamaño, toma la taza de mis manos y la coloca en la mesita.

—¿Cómo escapaste? —pregunta, usando mis propias palabras.

—Me liberó el FBI —respondo—. Habían estado siguiendo la pista que mi padre les dio. Cuando finalmente localizaron la base de operaciones de Smirnov, me encontraron. Me pusieron inmediatamente en el programa de protección de testigos. He estado huyendo desde entonces.

Luca asiente, procesando la información. Sus ojos recorren mi rostro, buscando algo que no puedo identificar.

—¿Sabes por qué te busca ahora? —pregunta—. Después de tanto tiempo.

Es la pregunta que me ha atormentado desde que me atacaron.

—No estoy segura... —dudo, pero luego decido que confío en Luca para decirle la verdad—. Quizás porque sé dónde escondió mi padre las pruebas que lo incriminan.

Esto capta su atención completamente.

—¿Las pruebas existen todavía?

Asiento lentamente.

—Mi padre era precavido. Hizo copias. Me dijo dónde las escondió antes de que entraran esa noche. Me hizo prometerle que nunca se lo diría a nadie, ni siquiera al FBI. Dijo que era mi seguro de vida.

—Y has mantenido ese secreto durante veinte años —dice, no como una pregunta sino como una afirmación.

—Hasta ahora —confirmo, sorprendiéndome a mí misma con la confesión —. Nunca se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a mis contactos del FBI.

La revelación queda suspendida entre nosotros, su peso casi tangible. Le he confiado a Luca algo que he guardado durante dos décadas. Un secreto que podría significar mi muerte.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? —pregunta finalmente, su voz más suave de lo que la he escuchado nunca.

La pregunta me obliga a enfrentar una verdad que he estado evitando.

—Porque confío en ti —respondo con sencillez—. Y porque estoy cansada de huir.

Luca extiende su mano lentamente, dándome tiempo para rechazarla si quiero. No lo hago. Cuando sus dedos se entrelazan con los míos, siento una corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo.

—No tendrás que huir más —dice, y hay una certeza en su voz que hace que casi le crea—. Te lo prometo.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —respondo, pero sin soltar su mano.

—Nunca lo hago —dice, y hay algo en su tono que me hace creerle.

Nos quedamos así, con las manos entrelazadas, el silencio entre nosotros cómodo, casi sagrado. Dos almas rotas que han encontrado en la otra un reflejo de sus propias cicatrices. Dos supervivientes que, contra todo pronóstico, han logrado mantenerse humanos en un mundo que intentó convertirlos en monstruos.

Y mientras la noche avanza, envolviendo la habitación en sombras suaves, me permito pensar que quizás, solo quizás, ya no tengo que enfrentar mis demonios sola.

Porque ahora tengo a alguien que no solo entiende la oscuridad, sino que ha aprendido a moverse dentro de ella.

Alguien que, como yo, lleva cicatrices que el mundo no puede ver.

Alguien que, a pesar de todo lo que ha sufrido, todavía es capaz de sostener mi mano con una gentileza que me rompe el corazón.

CAPÍTULO 23

KATIA

—¿Quieres más vino? —pregunta Sofia, la botella ya suspendida sobre mi copa antes de que pueda responder.

—Sí, por favor —acepto con una sonrisa, observando cómo el líquido rubí llena el cristal.

Es extraño encontrarme aquí, en el solárium de la mansión Caballero, rodeada de almohadones de seda y mantas suaves, compartiendo vino y risas con dos mujeres que hace apenas dos semanas eran completas desconocidas. Y, sin embargo, hay una comodidad en este momento que no he sentido en años. Quizás nunca.

Sobre todo, con la tempestad que hay en mi vida.

Valentina está recostada en un diván junto a la ventana, el sol de la tarde bañando su rostro en una luz dorada que realza su belleza etérea. Sofia, por su parte, se sienta con las piernas cruzadas sobre un montón de cojines en el suelo, su postura relajada contrastando con la agudeza constante de su mirada.

—Entonces —comienza Sofia, ese brillo peligroso en sus ojos que he aprendido a reconocer como preludio a una pregunta incómoda—. ¿Cuándo vas a admitir que estás completamente enamorada de nuestro psicópata favorito?

El vino que acabo de beber amenaza con irse por el camino equivocado. Toso, ganando tiempo mientras intento formular una respuesta que no sea ni una confirmación ni una negación.

—Sofia —reprende Valentina suavemente, aunque la sonrisa en sus labios contradice su tono—. No seas tan directa. Algunas personas aprecian el tacto.

—El tacto está sobrevalorado —responde Sofia, encogiéndose de hombros —. Especialmente cuando todos en esta casa pueden ver cómo se miran. Es como una de esas películas antiguas donde la tensión sexual es tan densa que necesitas un cuchillo para cortarla. Y de cuchillos sabe mucho nuestro Luca.

Siento el calor subir por mi cuello hasta mis mejillas. No es vergüenza, no exactamente. Es la incomodidad de tener sentimientos que he mantenido cuidadosamente guardados expuestos tan abiertamente.

—Es complicado —digo finalmente, optando por la honestidad parcial.

—Todo en esta vida es complicado, cariño —responde Valentina, su voz suave como seda—. Especialmente el amor.

—No he dicho que sea amor —protesto débilmente.

Sofia suelta una carcajada.

—No hace falta que lo digas. Está escrito por toda tu cara cada vez que él entra en una habitación. Y ni hablemos de cómo se pone él. Nunca había visto a Luca comportarse como un adolescente enamorado. Es fascinante. Y ligeramente perturbador.

Tomo otro sorbo de vino, permitiendo que el alcohol caliente mi garganta y calme mis nervios. —¿Cómo lo hacéis? —pregunto, cambiando deliberadamente de tema—. Vivir en este mundo. Con todo lo que implica.

Es una pregunta genuina. Desde que llegué a la mansión, me he preguntado cómo estas mujeres, tan diferentes entre sí, pero igualmente fuertes, navegan un mundo dominado por hombres y violencia.

Valentina y Sofia intercambian una mirada cargada de significado.

—Construyes tu propio espacio —responde Valentina después de un momento—. Encuentras formas de existir que no dependan de ellos, aunque estés rodeada por su mundo.

—Y aprendes a usar lo que ellos ven como debilidad como tu fuerza —añade Sofia, su tono más serio de lo habitual—. Ser subestimada puede ser una ventaja cuando sabes cómo aprovecharla. Crecí en este mundo —continúa, girando el vino en su copa—. Mi padre ha sido el médico de la familia desde antes de que yo naciera. He visto hombres llegar desangrándose a nuestra cocina a medianoche. He ayudado a coser heridas de bala antes de aprender a conducir. Y he aprendido que, en este mundo, el conocimiento es poder.

Hay una dureza en su voz que me recuerda que, a pesar de su actitud despreocupada, Sofia Leone ha visto más oscuridad de la que su edad sugeriría.

—¿Nunca quisiste escapar? —pregunto—. ¿Tener una vida... normal?

Sofia sonríe, pero no hay humor en el gesto.

—¿Qué es normal, Katia? ¿Trabajar de nueve a cinco en un cubículo? ¿Casarse con un hombre aburrido que te engaña con su secretaria? Al menos en este mundo, la violencia es honesta. Nadie pretende ser algo que no es.

—Yo elegí esto —interviene Valentina, su mirada perdiéndose en el jardín visible a través de la ventana—. Conocí a Renzo sabiendo quién era, qué hacía. Y lo elegí de todos modos.

—¿Por qué? —la pregunta escapa antes de que pueda contenerla.

Valentina me mira, una sonrisa suave curvando sus labios.

—Porque a veces encuentras a alguien que te hace sentir que, a pesar de toda la oscuridad, existe la posibilidad de luz. Alguien por quien vale la pena arriesgarlo todo. Porque lo amo desde el mismo día en que lo conocí siendo solo una niña.

Sus palabras resuenan dentro de mí con una verdad que no puedo negar. Porque es exactamente así como me siento con Luca. Como si, en medio de una vida de sombras y huidas, hubiera encontrado un rayo de luz inesperado. Peligroso, sí. Complicado, definitivamente. Pero real. Tan real que duele.

—Además —añade Sofia con una sonrisa traviesa—, el sexo debe ser espectacular cuando tu hombre puede literalmente matar por ti.

—¡Sofia! —exclama Valentina, aunque no puede contener una risa.

Me uno a sus risas, sintiendo cómo la tensión abandona mis hombros. Es extraño, este sentimiento de pertenencia. De complicidad femenina. Durante tanto tiempo he estado sola, manteniendo a todos a distancia por necesidad, que había olvidado cómo se siente formar parte de algo. De un grupo. De una... familia.

La palabra me golpea con fuerza inesperada. Familia. ¿Es eso lo que está sucediendo aquí? ¿Estoy formando vínculos que van más allá de la gratitud por su protección? ¿Estoy permitiéndome echar raíces en un lugar, con personas, cuando toda mi vida adulta ha sido una sucesión de despedidas?

—Estás pensando demasiado —observa Sofia, interrumpiendo mi espiral de pensamientos—. Lo veo en tu cara. Ese ceño fruncido que dice «estoy analizando todo hasta el infinito».

—Es un hábito difícil de romper —admito—. Especialmente cuando has pasado veinte años calculando cada paso, cada palabra, cada relación.

—Debe ser agotador —dice Valentina con simpatía—. Vivir así. Siempre alerta, siempre preparada para huir.

—Lo es —respondo, la honestidad fluyendo más fácilmente con cada copa de vino—. A veces me pregunto quién sería si no hubiera pasado mi vida

huyendo. Qué tipo de persona sería si hubiera podido simplemente... existir.

—Eres exactamente quien debes ser —dice Sofia con sorprendente firmeza —. Todo lo que has vivido te ha convertido en la mujer que eres ahora. La mujer que ha puesto de rodillas al temible Luca Salvatore.

—No lo he puesto de rodillas —protesto, aunque la imagen mental envía un calor inesperado a partes de mi cuerpo que prefiero ignorar en este momento.

—Quizás no literalmente —concede Sofia con una sonrisa maliciosa—. Aunque eso también podría ser interesante.

—Lo que Sofia intenta decir, a su manera única —interviene Valentina, lanzándole una mirada de advertencia a su amiga—, es que has tenido un impacto profundo en él. Todos lo hemos notado. Es como si hubieras despertado una parte de Luca que creíamos perdida para siempre.

Sus palabras me conmueven más de lo que estoy preparada para admitir. La idea de que puedo haber traído algo positivo a la vida de Luca, de que puedo ser para él lo que él está empezando a ser para mí...

—Tengo miedo —confieso en voz baja—. No de él. De esto. De lo que siento. De lo que podría significar.

Es la primera vez que lo digo en voz alta. La primera vez que admito, incluso para mí misma, que lo que siento por Luca va mucho más allá de la atracción física o la conexión basada en traumas compartidos.

Sofia y Valentina intercambian otra de sus miradas cómplices.

—El miedo es natural —dice Valentina suavemente—. Amar a alguien en nuestro mundo significa aceptar que cada día podría ser el último. Que cada despedida podría ser definitiva.

—Pero también significa que cada momento importa más —añade Sofia—. Que cada instante de felicidad tiene un valor que otros ni siquiera pueden comprender.

—No he dicho que lo ame —murmuro, aunque la protesta suena débil incluso para mis propios oídos.

Sofia pone los ojos en blanco tan dramáticamente que temo que se queden atascados.

—Por favor. Estás tan enamorada de él que prácticamente brillas cuando entra en una habitación. Y él no está mejor. El otro día lo vi sonreír. Sonreír,

Katia. Luca «Voy a matarte con una mirada» Salvatore. Sonriendo como un idiota mientras miraba su teléfono porque le enviaste un mensaje.

No puedo evitar sonreír ante la imagen. Es cierto que Luca ha empezado a mostrar un lado más suave, más humano, en los últimos días. Pequeños gestos que nadie más parecería notar, pero que para mí significan el mundo. La forma en que me trae café por las mañanas, exactamente como me gusta. Cómo sus ojos me buscan en cada habitación. El roce deliberado de sus dedos contra los míos cuando me pasa algo.

—No estoy lista para ponerle nombre a lo que siento —digo finalmente—. Pero sí sé que nunca había experimentado nada parecido.

—No necesita un nombre —dice Valentina con una sonrisa comprensiva—. Solo necesita ser vivido.

Nos quedamos en silencio por un momento, cada una perdida en sus pensamientos. El sol comienza a ponerse, bañando la habitación en tonos dorados y rojizos. Es un momento de paz tan perfecto que casi duele.

—Bueno —dice Sofia finalmente, rompiendo el hechizo—, ahora que hemos establecido que estás loca por nuestro psicópata residente, tenemos que hablar de algo verdaderamente importante.

—¿Qué? —pregunto, genuinamente curiosa.

—Tu guardarropa —responde con una seriedad cómica—. Si vas a ser parte de esta familia, necesitas algunas piezas que hagan que a Luca se le caiga la mandíbula al suelo.

Parte de esta familia. Las palabras resuenan en mi mente, despertando un anhelo tan profundo que me deja sin aliento. Familia. Pertenencia. Permanencia. Conceptos que han sido tan ajenos a mi existencia que casi había olvidado cómo desearlos.

Y, aquí estoy. Deseándolos con una intensidad que me asusta.

—No he dicho que vaya a quedarme —murmuro, un último intento de mantener mis defensas.

Valentina me mira con una suavidad que me desarma por completo.

—No necesitas decirlo, Katia. Tus ojos ya lo han dicho por ti.

Y mientras Sofia comienza a enumerar tiendas que deberíamos visitar y estilos que me favorecerían, me permito, solo por este momento, imaginar un futuro diferente. Uno donde no estoy constantemente mirando por encima del

hombro. Uno donde tengo un lugar al que llamar hogar, personas a las que llamar familia.

Uno donde Luca está a mi lado, sus demonios y los míos finalmente en paz.

Es un sueño peligroso. Una fantasía que podría costarme todo lo que he luchado por mantener durante veinte años.

Pero mientras miro a estas mujeres, tan diferentes entre sí, pero unidas por lazos más fuertes que la sangre, me pregunto si tal vez, solo tal vez, algunos riesgos valen la pena.

Porque por primera vez en mi vida, la idea de quedarme me asusta menos que la idea de huir.

CAPÍTULO 24

LUCA

La mansión está en silencio cuando regreso. Es pasada la medianoche, y solo las luces de seguridad iluminan los pasillos. He pasado las últimas doce horas siguiendo pistas sobre Smirnov, rastreando sus movimientos, acercándome cada vez más a la verdad que necesito para mantenerla a salvo.

A ella. A Katia. La mujer que ha invadido cada uno de mis pensamientos desde que la vi por primera vez.

Mis pasos me llevan instintivamente hacia su habitación. Solo quiero comprobar que está bien, me digo a mí mismo. Solo necesito verla dormir, asegurarme de que está a salvo bajo mi techo.

Mentiras. Lo que necesito es verla. Punto.

La puerta de su habitación está entreabierta, un fino haz de luz escapando hacia el pasillo. Está despierta. A esta hora. Esperando.

¿Esperándome?

Contengo el aliento mientras me acerco. No quiero asustarla, no quiero irrumpir en su espacio. Pero la necesidad de verla es casi dolorosa, un hambre física que crece con cada segundo.

Toco suavemente la puerta con los nudillos.

—¿Katia?

—Adelante —su voz suena diferente. Más suave, más íntima.

Cuando entro, la visión me deja sin aliento. Está sentada en la cama, con un libro abierto en su regazo. Lleva un camisón de seda azul pálido que se desliza sobre sus curvas como agua. Su cabello dorado cae suelto alrededor de sus hombros, brillando bajo la luz tenue de la lámpara.

Es la imagen más hermosa que he visto en mi vida.

—Pensaba que estarías dormida —digo, mi voz más ronca de lo que pretendía.

Una pequeña sonrisa curva sus labios.

—No podía dormir.

—¿Pesadillas? —pregunto, cerrando la puerta tras de mí. El suave clic resuena en la habitación como un sello, separándonos del resto del mundo.

—No exactamente —responde, y hay algo en su tono que hace que mi pulso se acelere—. Solo... pensamientos.

Me acerco lentamente, como quien se aproxima a un animal salvaje que podría huir en cualquier momento. Pero ella no retrocede. Sus ojos me siguen, observando cada movimiento con una intensidad que hace que mi piel arda.

—¿Qué tipo de pensamientos? —pregunto, deteniéndome al pie de la cama.

Deja el libro a un lado y se incorpora ligeramente. El movimiento hace que el camisón se deslice, revelando el nacimiento de sus pechos. Tengo que usar toda mi fuerza de voluntad para mantener mis ojos en su rostro.

—Sobre ti —confiesa, y la honestidad en su voz me golpea como un puñetazo—. Sobre nosotros. Sobre lo que está pasando entre nosotros.

Mi corazón late tan fuerte que temo que pueda oírlo.

—¿Y qué conclusiones has sacado?

Se muerde el labio inferior, un gesto que me vuelve loco.

—Que estoy cansada de tener miedo. De huir. De negarme lo que quiero.

La tensión en la habitación se espesa, casi palpable.

—¿Y qué quieres, Katia?

Sus ojos encuentran los míos, y lo que veo en ellos hace que mi sangre hierva. Deseo. Puro, sin diluir, sin restricciones.

—A ti —dice simplemente—. Te quiero a ti, Luca.

Esas tres palabras destrozan el último vestigio de mi autocontrol. En dos zancadas estoy junto a ella, sentándome en el borde de la cama. Mi mano encuentra su mejilla, acariciándola con una reverencia que contradice la tormenta que ruge dentro de mí.

—¿Estás segura? —pregunto, dándole una última oportunidad de retractarse —. Porque si empezamos esto... si te toco como quiero tocarte... no habrá vuelta atrás. No para mí.

Su respuesta es inclinarse hacia adelante y presionar sus labios contra los míos. Es un beso tentativo, casi inocente, pero contiene una promesa que enciende cada nervio de mi cuerpo.

Cuando se aparta, sus ojos están más oscuros, sus pupilas dilatadas.

—Estoy segura.

Algo primitivo se desata dentro de mí. La necesidad de poseerla, de marcarla, de hacerla mía de todas las formas posibles. Mis manos se enredan

en su cabello, atrayéndola hacia mí para otro beso, este mucho menos gentil.

Devoro su boca como un hombre hambriento. Mis dientes mordisquean su labio inferior, mi lengua invade, reclama, conquista. Ella responde con igual fervor, sus manos aferrándose a mis hombros, sus uñas clavándose a través de la tela de mi camisa.

—Te he deseado desde el primer momento en que te vi —gruño contra sus labios—. En ese maldito baño turco. Con tu piel brillando por el vapor. Mirándome como si pudieras ver directamente dentro de mí.

—Yo también —confiesa, su voz entrecortada—. Aunque intenté negármelo.

Mis labios trazan un camino por su mandíbula, bajando por su cuello, encontrando el punto donde su pulso late desbocado. Succiono allí, lo suficientemente fuerte para dejar una marca. Mi marca.

—Luca... —gime, y mi nombre en sus labios suena como la más dulce de las oraciones.

Mis manos encuentran los tirantes de su camisón, deslizándolos lentamente por sus hombros. La seda cae, revelando sus pechos. Perfectos. Llenos, con pezones rosados que se endurecen bajo mi mirada.

—Hermosa —murmuro, incapaz de contener la admiración en mi voz—. Tan jodidamente perfecta.

Mis dedos trazan círculos perezosos alrededor de un pezón, evitando deliberadamente tocarlo directamente. Jugando. Provocando. Sus ojos se cierran, su cabeza cae hacia atrás, ofreciéndome su garganta en un gesto de rendición que despierta algo primitivo dentro de mí.

Cuando finalmente tomo su pezón entre mis dedos, pellizcando suavemente, el sonido que escapa de sus labios es pura necesidad. Reemplazo mis dedos con mi boca, mi lengua trazando patrones húmedos antes de succionar con fuerza.

Sus manos se enredan en mi cabello, manteniéndome contra su pecho mientras arquea la espalda, ofreciéndose más completamente.

—Por favor —suplica, aunque dudo que sepa exactamente qué está pidiendo.

Me aparto lo suficiente para quitarme la camisa, necesitando sentir su piel contra la mía. Cuando vuelvo a ella, la recuesto contra las almohadas,

deslizando el camisón por sus caderas, por sus piernas, hasta que queda completamente desnuda ante mí.

La visión me deja sin aliento. Toda piel cremosa y curvas suaves, extendida sobre las sábanas como una ofrenda. Mis ojos la recorren hambrientos, memorizando cada detalle: la suave pendiente de sus pechos, la curva de su cintura, el triángulo dorado entre sus muslos.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta, un toque de inseguridad en su voz que me sorprende.

—Más de lo que puedo expresar —respondo con honestidad brutal—. Eres perfecta, Katia. Absolutamente perfecta.

Un rubor adorable se extiende por su pecho, subiendo hacia su rostro. Hay algo en su expresión, una mezcla de deseo y nerviosismo, que despierta una sospecha en mi mente.

—Katia —digo suavemente, mis dedos trazando patrones en su vientre—. ¿Has estado con alguien antes?

Su rubor se intensifica, y desvía la mirada.

—No —admite finalmente—. Nunca he... nunca he confiado lo suficiente en nadie. Nunca me he sentido lo suficientemente segura.

La revelación me golpea con fuerza. Esta mujer, esta increíble mujer que ha sobrevivido a un infierno, que ha pasado dos décadas huyendo, que es fuerte y valiente y hermosa... ha elegido compartir esto conmigo. Confiarme algo tan precioso, tan íntimo.

Un sentimiento posesivo, primitivo, me inunda. Ella es mía. Solo mía. La primera. La única.

—¿Estás decepcionado? —pregunta, malinterpretando mi silencio.

—¿Decepcionado? —repito, casi riendo por lo absurdo de la pregunta—. Katia, no tienes idea de lo que esto significa para mí. De lo que tú significas para mí.

Me inclino para besarla de nuevo, esta vez con una ternura que contradice la tormenta de deseo que ruge dentro de mí.

—Voy a adorar cada centímetro de ti —prometo contra sus labios—. Voy a hacerte sentir cosas que ni siquiera sabías que eran posibles. Y luego voy a reclamarte como mía. Solo mía.

Un temblor recorre su cuerpo ante mis palabras.

—Sí —susurra—. Por favor.

Mis labios comienzan un lento descenso por su cuerpo. Beso su garganta, el hueco de su clavícula, la curva de sus pechos. Dedico tiempo a cada pezón, lamiendo, succionando, mordisqueando hasta que gime y se retuerce bajo mi toque.

Continúo bajando, dejando un rastro de besos por su vientre, deteniéndome para trazar círculos alrededor de su ombligo con mi lengua. Sus manos están en mi cabello, alternando entre caricias y tirones desesperados.

Cuando llego al vértice de sus muslos, me detengo, mirándola desde mi posición. Sus ojos están medio cerrados, sus labios hinchados por mis besos, su pecho subiendo y bajando con respiraciones rápidas y superficiales.

—¿Puedo? —pregunto, mi aliento cálido contra su centro.

Asiente, incapaz de formar palabras. Con delicadeza, separo sus muslos, exponiéndola completamente a mi mirada. La visión de ella, húmeda y lista para mí, hace que mi erección palpite dolorosamente contra la restricción de mis pantalones.

El primer toque de mi lengua contra su centro la hace arquearse de la cama con un grito ahogado. La sujeto por las caderas, manteniéndola en su lugar mientras exploro, descubro, aprendo qué la hace gemir, qué la hace temblar.

Es el sabor más dulce que he probado jamás. Adictivo. Intoxicante. Podría pasar horas así, adorándola con mi boca, llevándola al borde una y otra vez.

Sus gemidos se vuelven más urgentes, sus caderas moviéndose contra mi rostro buscando más fricción. Puedo sentir cómo se tensa, cómo se acerca al límite.

—Déjate ir —murmuro contra su piel sensible—. Déjate ir para mí, Katia.

Añado un dedo, deslizándolo lentamente en su interior mientras mi lengua continúa su dulce tortura. La estrechez que encuentro confirma su inocencia, y un gruñido posesivo escapa de mi garganta.

Es todo lo que necesita. Con un grito que contiene mi nombre, se deshace bajo mi toque. Su cuerpo se tensa, temblando con la fuerza de su orgasmo, sus músculos internos apretándose alrededor de mi dedo.

Es la visión más hermosa que he presenciado.

Mientras ella flota en las secuelas del placer, me deshago rápidamente del resto de mi ropa. Su mirada recorre mi cuerpo desnudo, deteniéndose en mi

erección con una mezcla de asombro y nerviosismo.

—No tengas miedo —digo, posicionándome sobre ella, sosteniendo mi peso con mis brazos—. Nunca te haría daño. No a ti.

—Lo sé —responde, y la confianza en sus ojos me desarma por completo.

Me acomodo entre sus piernas, la punta de mi erección rozando su entrada. A pesar del deseo que me consume, me muevo con deliberada lentitud, dándole tiempo para acostumbrarse a la sensación.

—Mírame —ordeno suavemente—. Quiero ver tus ojos cuando te haga mía.

Sus ojos encuentran los míos, verdes contra verdes, mientras comienzo a presionar hacia adelante. La resistencia es evidente, su cuerpo luchando contra la intrusión. Me detengo, permitiéndole adaptarse.

—Respira —murmuro, besando su frente, sus mejillas, la comisura de sus labios—. Relájate para mí.

Cuando siento que se afloja ligeramente, continúo avanzando. La sensación de ella envolviéndome, tan apretada, tan perfecta, amenaza con hacerme perder el control. Pero me obligo a mantener un ritmo lento, cuidadoso, consciente de su incomodidad.

Cuando encuentro la barrera de su inocencia, me detengo. Nuestras miradas se entrelazan, una comunicación silenciosa pasando entre nosotros.

—Te dolerá —advierto—. Pero solo por un momento. Te lo prometo.

Asiente, sus manos encontrando mis hombros, aferrándose a mí como a un ancla.

—Confío en ti —dice, y esas tres palabras significan más que cualquier declaración de amor.

Con un movimiento firme, me empujo a través de la barrera. Un pequeño grito escapa de sus labios, sus uñas clavándose en mis hombros. Me quedo completamente inmóvil, enterrado hasta la empuñadura en su calor, dándole tiempo para ajustarse a la invasión.

—Lo siento —murmuro contra su cabello—. Lo siento, preciosa.

—No te disculpes —responde, su voz temblorosa pero determinada—. Solo... dame un minuto.

Esperaría una eternidad por ella. Beso su rostro, su cuello, sus labios, intentando distraerla del dolor. Mis manos acarician sus costados, sus pechos,

encontrando puntos que la hacen suspirar de placer.

Poco a poco, siento cómo se relaja a mi alrededor. Sus caderas se mueven experimentalmente, buscando. Tomo eso como una señal para comenzar a moverme, retirándome lentamente antes de volver a entrar.

El ritmo que establezco es gentil, controlado, a pesar del deseo salvaje que me urge a tomarla con fuerza, a reclamarla completamente. Su incomodidad inicial da paso gradualmente al placer; lo veo en la forma en que sus ojos se nublan, en cómo sus labios se entreabren con pequeños jadeos.

—Eso es —la animo, rotando mis caderas para encontrar ese punto especial dentro de ella—. Déjate sentir, preciosa. Déjate llevar.

Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, cambiando el ángulo, permitiéndome llegar más profundo. Un gemido escapa de sus labios, y sé que he encontrado el lugar correcto.

—Ahí —jadea—. Justo ahí.

Mantengo el ángulo, aumentando ligeramente la velocidad. La habitación se llena con los sonidos de nuestra pasión: piel contra piel, respiraciones entrecortadas, gemidos ahogados.

Puedo sentir que se acerca de nuevo al límite. Sus músculos internos comienzan a apretarse alrededor de mí, sus movimientos se vuelven más erráticos. Deslizo una mano entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto sensible que la hará caer.

—Vente para mí —gruño en su oído—. Quiero sentirte apretándome mientras te lleno. Mientras te marco como mía.

Mis palabras parecen desencadenar algo dentro de ella. Con un grito que ahogo con mis labios, se deshace a mi alrededor. La sensación de sus músculos contrayéndose, apretándome como un puño de terciopelo, me empuja hacia mi propio abismo.

Con un último empuje, me entierro profundamente en ella y me dejo ir. Mi liberación es tan intensa que por un momento veo estrellas, mi cuerpo temblando con la fuerza de ello. Gruño su nombre como una plegaria, una maldición, una promesa.

Nos quedamos así, entrelazados, jadeando, nuestros cuerpos cubiertos de una fina capa de sudor. No quiero separarme de ella, no quiero romper esta conexión que va mucho más allá de lo físico.

Finalmente, con renuencia, me retiro, acostándome a su lado. La atraigo hacia mí, su cabeza descansando sobre mi pecho, mis dedos trazando patrones perezosos en su espalda desnuda.

—¿Estás bien? —pregunto, besando su cabello.

Asiente contra mi pecho.

—Mejor que bien. Estoy... no tengo palabras.

Una sonrisa de satisfacción curva mis labios.

—Bien.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la intimidad post-coital. Su respiración se vuelve más profunda, más regular, y por un instante pienso que se ha quedado dormida.

Pero entonces habla, su voz apenas un susurro contra mi piel.

—¿Y ahora qué?

Sé exactamente a qué se refiere. ¿Qué significa esto para nosotros? ¿Dónde nos deja?

La respuesta es simple para mí. Siempre lo ha sido, desde el momento en que la vi.

—Ahora eres mía —digo, mi voz una mezcla de ternura y posesividad—. Y yo soy tuyo. No hay vuelta atrás, Katia. No para ninguno de los dos.

Se incorpora ligeramente para mirarme, sus ojos buscando los míos.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Significa que a partir de mañana te mudas a mi habitación —respondo sin vacilación—. Significa que dormirás en mis brazos cada noche y despertarás a mi lado cada mañana. Significa que te protegeré con mi vida, que eliminaré cualquier amenaza que se acerque a ti.

Veo la sorpresa en sus ojos, pero no hay rechazo. Solo una vulnerabilidad que me hace querer envolverla en mis brazos y no soltarla nunca.

—¿Y si no estoy lista para eso? —pregunta, aunque su tono sugiere que está probándome, no rechazándome.

—Lo estás —respondo con confianza—. Lo has estado desde el momento en que me has dejado entrar en tu habitación esta noche. Desde que me has confiado tu cuerpo, tu inocencia. Lo único que te pido es que confíes también en esto: en lo que somos juntos.

Una pequeña sonrisa curva sus labios.

—Estás bastante seguro de ti mismo, ¿no?

—¿Contigo? —sonrío, besando la punta de su nariz—. Absolutamente.

La atraigo de nuevo hacia mí, acomodándola contra mi cuerpo. Encaja perfectamente, como si hubiera sido creada específicamente para estar en mis brazos.

—Descansa —murmuro contra su cabello—. Mañana comenzamos nuestra vida juntos.

Mientras se duerme en mis brazos, mi mente ya está planeando. Cómo mantenerla segura. Cómo eliminar a Smirnov y a cualquiera que represente una amenaza para ella. Cómo hacer que esta mujer, que ha pasado toda su vida adulta huyendo, finalmente encuentre un hogar.

Conmigo.

Porque Katia Petrova es mía ahora. Y yo protejo lo que es mío.

Con mi último aliento si es necesario.

CAPÍTULO 25

KATIA

El teléfono vibra en mi mano por tercera vez en menos de una hora. Otro mensaje de Mark. Miro la pantalla con una mezcla de culpa y ansiedad.

«Katia, necesito verte. Es urgente. Por favor, responde.»

Han pasado casi dos semanas desde que llegué a la mansión Caballero. Dos semanas desde que Luca me salvó en aquel callejón. Dos semanas en las que mi vida ha cambiado por completo.

Y cinco días desde que empecé a ignorar las llamadas de Mark.

No fue una decisión consciente al principio. Simplemente, cada vez que veía su nombre en la pantalla, encontraba una excusa para no responder. Más tarde. Cuando esté sola. Cuando pueda hablar libremente. Pero la verdad es que no quería enfrentar la conversación que sabía que tendríamos.

¿Cómo explicarle que estoy viviendo con una familia de la mafia? ¿Que me he enamorado de un hombre que mata con la misma facilidad con la que respira? ¿Que, por primera vez en veinte años, no quiero huir?

El teléfono vibra de nuevo. Esta vez, es un mensaje más largo.

«Tengo información sobre Smirnov. Hay cosas que no sabes, cosas que te ponen en peligro. No confíes en nadie. Necesitamos hablar cara a cara. Mañana. Por favor, Katia. Tu vida depende de esto.»

Un escalofrío recorre mi columna. Mark nunca ha sido alarmista. Durante cinco años, ha sido la voz de la calma, el ancla en la tormenta. Si dice que mi vida está en peligro, no es una exageración.

Pero... ¿no confíes en nadie? ¿Se refiere a Luca? ¿A la familia Caballero?

Guardo el teléfono en el bolsillo de mi pantalón y me dirijo a la ventana de mi habitación. Desde aquí puedo ver parte del extenso jardín de la mansión, vigilado por hombres armados que patrullan discretamente entre los árboles. Una prisión dorada, algunos dirían. Pero me he sentido más libre aquí, entre asesinos y criminales, que en cualquier otro lugar de los últimos veinte años.

Tal como me prometió Luca, me mudé a su habitación. Mis cosas junto a las suyas. Mi cepillo de dientes junto al suyo. Mi cuerpo junto al suyo cada noche.

Una intimidad que nunca creí posible para alguien como yo.

Y, aquí está Mark, advirtiéndome sobre peligros. Recordándome que el mundo exterior sigue ahí, esperando para devorarme.

Un golpe suave en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—¿Katia? —la voz de Sofia resuena desde el pasillo—. ¿Estás visible o interrumpo algo escandaloso con nuestro psicópata residente?

A pesar de mi preocupación, una sonrisa se dibuja en mis labios. La irreverencia de Sofia es como un soplo de aire fresco en esta mansión donde todos parecen caminar sobre cáscaras de huevo.

—Adelante —respondo, guardando rápidamente el teléfono—. Estoy sola.

Sofia entra con su habitual energía, un torbellino de cabello oscuro y sonrisas afiladas. Lleva una caja que reconozco como la de la boutique más exclusiva de Manhattan.

—Te he traído un regalo —anuncia, dejando la caja sobre la cama—. Y antes de que protestes, es un regalo interesado. Si vas a ser parte de esta familia, no puedo permitir que sigas vistiendo como una profesora de instituto en sus días libres.

La mención casual de «ser parte de esta familia» hace que algo se retuerza en mi pecho. Una mezcla de anhelo y miedo que se ha vuelto demasiado familiar últimamente.

—No visto como una profesora de instituto —protesto débilmente.

Sofia pone los ojos en blanco de manera tan dramática que casi me hace reír.

—Cariño, tus pantalones de yoga gritan que necesitan un cambio. Y eso no es aceptable cuando sales con el hombre más peligroso y sexy de Nueva York.

—No estamos... —empiezo, pero me detengo. ¿Qué somos exactamente Luca y yo? No hemos puesto etiquetas a lo nuestro. No ha habido declaraciones de amor. Solo esa intensidad abrumadora, esa conexión que trasciende las palabras.

—Por favor —Sofia agita una mano desdeñosamente—. Duermes en su habitación. Te mira como si fueras agua en el desierto. Y según Valentina, hacéis un ruido considerable por las noches.

El calor sube a mis mejillas. —Sofia...

—No te avergüences —se ríe—. Es saludable. Y francamente, todos estamos aliviados de ver a Luca comportarse como un ser humano por una vez.

Se sienta en la cama y da unas palmaditas a su lado, invitándome a acompañarla. Cuando lo hago, su expresión se vuelve más seria.

—En realidad, he venido a ver cómo estás. De verdad. Valentina está preocupada. Dice que pareces... distraída últimamente.

La culpa me golpea. Valentina, siempre tan observadora, tan atenta. Ella y Sofia me han acogido como a una hermana desde el primer día, sin preguntas, sin juicios. Me han ofrecido una amistad que no sabía que necesitaba desesperadamente.

Y aquí estoy, ocultándoles cosas. Considerando encontrarme con Mark a sus espaldas.

—Estoy bien —miento, y las palabras saben a ceniza en mi boca—. Solo un poco abrumada por... todo.

Sofia me estudia con esa mirada penetrante.

—Eso es comprensible. Pasar de estar sola a formar parte de esta familia de locos no es fácil. Especialmente cuando el paquete incluye a un novio que colecciona cuchillos como otros coleccionan sellos.

Sonrío débilmente ante su intento de aligerar el ambiente. Pero la mención de los cuchillos de Luca me recuerda quién es él realmente. Lo que hace. La sangre que hay en sus manos.

¿Es eso lo que Mark quiere advertirme? ¿Que estoy durmiendo con el enemigo?

Si lo conociese no pensaría así.

—Sofia —digo antes de poder arrepentirme—. ¿Puedo preguntarte algo? Algo... personal.

Ella arquea una ceja, intrigada.

—Por supuesto. Soy un libro abierto. Un libro ligeramente perturbador, pero abierto, al fin y al cabo.

Tomo una respiración profunda.

—¿Alguna vez te has preguntado si estás en el lado correcto? Quiero decir... sabes lo que hacen. Luca, Renzo. Lo que son.

Su expresión se vuelve seria, toda traza de humor desapareciendo.

—Todos los días —responde con una honestidad que me sorprende—. Me lo pregunto cada vez que veo a mi padre coser a alguien que ha sido torturado para obtener información. Cada vez que Renzo regresa con sangre en su traje. Cada vez que Luca desaparece durante días y vuelve con esa mirada vacía.

Se detiene, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Pero también me lo pregunto cuando veo cómo Renzo mira a Valentina. Como si fuera su razón para respirar. O cuando Luca se queda despierto toda la noche vigilando a alguien que tiene heridas. O cuando mi padre atiende gratis a niños del barrio cuyos padres no pueden pagar un médico.

Sus ojos encuentran los míos, sorprendentemente intensos.

—No hay lados correctos, Katia. Solo personas haciendo lo mejor que pueden en un mundo que rara vez es blanco o negro.

Sus palabras me golpean con fuerza inesperada. Porque tiene razón. He pasado veinte años viendo el mundo en términos absolutos: los buenos (el FBI, Mark) y los malos (la mafia rusa, Smirnov). ¿Y si la realidad es mucho más compleja?

—Hay algo más, ¿verdad? —pregunta Sofia, interrumpiendo mis pensamientos—. Algo específico te está preocupando.

Por un momento, considero mentir de nuevo. Mantener mis dudas para mí misma. Pero la necesidad de confiar en alguien, de compartir la carga, es demasiado fuerte.

—Mark quiere verme —confieso finalmente—. Dice que tiene información sobre Smirnov. Que estoy en peligro.

Sofia frunce el ceño.

—¿Se lo has dicho a Luca?

Niego con la cabeza.

—Sabes cómo se pondría. No confía en nadie. No quiere que vea a Mark. No quiere que salga de la mansión.

—Y con razón —señala Sofia—. La última vez que estuviste fuera casi te secuestran.

—Eso fue diferente —argumento—. No sabíamos que Smirnov me había encontrado. Ahora estamos alerta. Y Mark... Mark me ha protegido durante cinco años, Sofia. Le debo al menos escucharlo.

Sofia me estudia durante un largo momento, su expresión indescifrable.

—Luca te mataría si se entera. Y luego me mataría a mí por ayudarte.

—¿Eso significa que me ayudarás? —pregunto, la esperanza filtrándose en mi voz.

Suelta un suspiro dramático.

—Soy una idiota. Pero sí, te ayudaré. Con condiciones.

—Lo que sea —prometo rápidamente.

—Primero, no irás sola. Yo te acompañaré y me quedaré cerca, aunque no necesariamente a la vista. Segundo, llevarás un rastreador, por si acaso. Y tercero —su expresión se vuelve mortalmente seria—, si las cosas se ponen feas, me llamarás inmediatamente. Sin heroísmos, sin intentar manejar las cosas por tu cuenta. ¿Entendido?

Asiento, agradecida.

—Entendido. Gracias, Sofia.

—No me agradezcas todavía —responde, levantándose—. Si Luca se entera, estamos muertas. Literalmente.

Mientras se dirige a la puerta, añade:

—Mañana a las diez. Diré que vamos de compras. Sé que Luca estará fuera todo el día con Carlo.

Cuando se va, me quedo sola con mis pensamientos y la creciente sensación de que estoy a punto de cometer un error terrible. Pero también con la certeza de que necesito hacer esto. Necesito ver a Mark una última vez. Necesito saber qué es tan urgente que ha estado intentando contactarme desesperadamente.

Tomo mi teléfono y respondo al mensaje de Mark con manos temblorosas.

«Dime un lugar. Iré sola.»

La mentira me deja un sabor amargo en la boca. No estaré sola, gracias a Sofia. Pero Mark no necesita saberlo. Y Luca... Luca tampoco necesita saber nada de esto.

Al menos, no todavía.

Esa noche, cuando Luca regresa y me envuelve en sus brazos, cuando sus labios encuentran los míos con esa hambre que nunca parece saciarse, me entrego a él con una desesperación que no entiendo completamente.

Y mientras me pierdo en sus caricias, en el calor de su cuerpo, una parte de mí se pregunta si estoy traicionando al hombre que amo al reunirme con el hombre que me ha mantenido con vida.

Solo el tiempo dirá si he tomado la decisión correcta. Si hay siquiera una decisión correcta en un mundo donde, como dijo Sofia, nada es blanco o negro.

Solo sombras de gris, y la esperanza de encontrar luz entre ellas.

CAPÍTULO 26

LUCA

La luz mortecina del amanecer se filtra por las ventanas del almacén abandonado. El aire huele a metal oxidado y a humedad. Y a miedo. El miedo tiene un olor particular, uno que he aprendido a reconocer a lo largo de los años.

El hombre atado a la silla frente a mí apesta a él.

—Te lo preguntaré una última vez —digo, mi voz engañosamente tranquila mientras limpio la sangre de mi cuchillo con un pañuelo—. ¿Quién está filtrando información desde el FBI?

Dimitri Volkov, lugarteniente de Smirnov, escupe sangre al suelo de cemento. Su ojo izquierdo está tan hinchado que apenas puede abrirlo, pero el derecho me mira con un odio visceral.

—Que te jodan, Salvatore —gruñe en un inglés con fuerte acento ruso.

Carlo, apoyado contra la pared, suelta una risa seca.

—Creo que no ha entendido la situación, jefe.

Me acerco a Dimitri, inclinándome hasta que nuestros rostros están a centímetros de distancia.

—Déjame explicarte cómo funciona esto —digo, mi voz apenas un susurro —. Puedo hacer que este interrogatorio dure horas. Días, incluso. Conozco formas de causarte dolor que ni siquiera puedes imaginar. Y lo disfrutaré, Dimitri. Porque cada vez que te miro, veo a los hombres que intentaron llevársela.

Un destello de comprensión cruza su rostro.

—La puta testigo —murmura—. Estás follándotela, ¿verdad?

El cuchillo encuentra su muslo antes de que pueda terminar la frase. Se hunde en la carne con una facilidad obscena, arrancándole un grito que resuena en las paredes metálicas del almacén.

—Cuidado con tu lengua —digo, girando ligeramente la hoja—. La próxima vez, será tu garganta.

Retiro el cuchillo con un movimiento fluido. La sangre brota de la herida, pero no es mortal. No todavía. Necesito que siga hablando.

—El informante —insisto—. Dentro del FBI. Quiero un nombre.

Dimitri respira entrecortadamente, el dolor nublando sus ojos.

—¿Qué... qué gano yo?

—Tu vida —respondo simplemente—. Al menos por hoy.

Veo el cálculo en su mirada. La evaluación de sus opciones, que son prácticamente inexistentes. Finalmente, la supervivencia gana.

—Donovan —dice, la palabra saliendo como un gruñido reluctante—. Mark Donovan.

El nombre cae entre nosotros como una bomba. Aunque lo sospechaba, la confirmación hace que algo frío y pesado se asiente en mi estómago.

—¿Estás seguro? —pregunto, mi voz peligrosamente baja.

Dimitri asiente, un movimiento casi imperceptible.

—Lleva años en nómina. Al principio solo pasaba información sobre operaciones del FBI. Luego, cuando le asignaron a la chica...

—¿Cuánto? —interrumpo—. ¿Cuánto pagó Smirnov por ella?

—Cinco millones —responde, una sonrisa torcida formándose en sus labios ensangrentados—. Mitad por adelantado, mitad cuando la entregue. Smirnov ha estado obsesionado con encontrarla durante años. Dice que ella sabe algo, algo que podría destruirlo.

Las piezas encajan. Mark Donovan, el hombre en quien Katia ha confiado, la ha estado vendiendo como ganado. La rabia que me invade es tan intensa que por un momento veo todo rojo.

—¿Cuándo? —logro preguntar, luchando por mantener el control—. ¿Cuándo planea entregarla?

—Hoy —dice Dimitri, y hay un placer perverso en su tono—. A mediodía. Tiene una reunión con ella. Va a convencerla de que tú eres el peligro, de que necesita irse con él. Y cuando la tenga aislada...

No termina la frase. Mi cuchillo encuentra su corazón con precisión quirúrgica, silenciándolo para siempre. Sus ojos se abren con sorpresa antes de apagarse definitivamente.

—Jefe —Carlo me mira con preocupación—. ¿No deberíamos haberle sacado más información?

—Ya tenemos lo que necesitamos —respondo, limpiando mi cuchillo mientras mi mente trabaja a toda velocidad—. Llama a Tony. Quiero que

vuelva a investigar todo sobre Mark Donovan. Ahora sabemos que hay mucho más. Transacciones bancarias, comunicaciones, todo. Y quiero a todos nuestros hombres en alerta máxima.

Mientras Carlo hace las llamadas, saco mi propio teléfono. Marco el número de Katia, pero va directo al buzón de voz. Un escalofrío recorre mi columna. Intento de nuevo. Nada.

—Renzo —digo en cuanto contesta—. Necesito que compruebes si Katia está en la mansión. Ahora.

—¿Qué ocurre? —su voz se tensa inmediatamente, debe de notar algo en mi tono de voz.

—Solo hazlo —insisto, ya dirigiéndome hacia la salida—. Llámame en cuanto sepas algo.

Mientras conduzco de regreso a la mansión, mi mente es un torbellino de pensamientos oscuros. Si Mark ha conseguido contactar con ella, si la ha convencido de verlo... El miedo que siento no se parece a nada que haya experimentado antes. No es por mí. Es por ella. Por la mujer que, sin proponérselo, se ha convertido en el centro de mi universo.

Mi teléfono suena. Renzo.

—No está —dice sin preámbulos—. Sofia tampoco. Valentina dice que salieron hace una hora. Algo sobre ir de compras.

Golpeo el volante con tanta fuerza que mis nudillos crujen.

—Mierda. Mierda. Mierda.

—Luca, ¿qué está pasando? —la voz de Renzo es firme, exigiendo respuestas.

—Donovan es el topo —explico rápidamente—. Ha vendido a Katia a Smirnov. Tienen una reunión hoy. Al principio no quería creerlo, pero…

Un silencio tenso al otro lado de la línea.

—¿Estás seguro?

—Joder, sí. No puedo arriesgarme. Ella lo es todo para mí.

—¿Dónde?

—No lo sé —admito, la frustración hirviéndome en la sangre—. Pero voy a averiguarlo.

Corto la llamada y marco otro número. Tony, nuestro experto en tecnología.

—Necesito rastrear un teléfono —digo en cuanto contesta—. El de Katia. Ahora.

—Ya está activo, jefe —responde, y puedo escuchar el tecleo rápido al otro lado—. Lo activé hace una semana cuando me lo pediste. Está en... espera... está en Central Park. Cerca de la fuente Bethesda.

Una pequeña parte de la tensión abandona mi cuerpo. Al menos sé dónde está. Al menos tengo una oportunidad de llegar a tiempo.

Si no voy a perder la puta cabeza.

—Envíame la ubicación exacta —ordeno, acelerando a fondo—. Y Tony... si se mueve, si cambia de dirección, quiero saberlo inmediatamente.

—Entendido, jefe.

Mientras atravieso la ciudad a una velocidad que desafía todas las leyes de tránsito, solo puedo pensar en una cosa: llegar a ella antes de que sea demasiado tarde. Antes de que Donovan pueda entregarla a los hombres que la han estado cazando durante veinte años.

Porque si algo le sucede a Katia, no habrá lugar en la tierra donde Mark Donovan pueda esconderse de mí. Ni él, ni Smirnov, ni nadie que haya tenido algo que ver con esto.

El mundo entero arderá antes de que permita que la toquen.

KATIA

La fuente Bethesda se alza majestuosa en el corazón de Central Park, el agua brillando bajo el sol de la mañana. Es un lugar hermoso, lleno de turistas y neoyorquinos disfrutando del buen tiempo. Un lugar público, seguro. El tipo de sitio que Mark y yo siempre elegimos para nuestras reuniones.

Sofia está sentada en un banco a unos cincuenta metros, fingiendo leer un libro mientras mantiene un ojo vigilante sobre mí. Llevamos aquí quince minutos, y mi nerviosismo crece con cada segundo que pasa.

—Relájate —me había dicho antes de separarnos—. Pareces una espía novata a punto de hacer un intercambio nuclear.

Intento seguir su consejo, pero es difícil. La culpa por estar aquí sin el conocimiento de Luca pesa sobre mí como una losa. Y, sin embargo, sé que necesito hacer esto. Necesito hablar con Mark para que sepa que estoy bien. Me siento mal por estar mintiéndole.

—Katia.

La voz a mis espaldas me sobresalta. Me giro para encontrarme con Mark, tan impecablemente vestido como siempre en su traje oscuro. Pero hay algo diferente en él. Ojeras pronunciadas, una tensión en sus hombros que no le había visto antes.

—Mark —saludo con una calma que no siento—. Has perdido peso.

Una sonrisa cansada curva sus labios.

—Y tú tienes mejor aspecto que nunca. La vida con la familia Caballero parece sentarte bien.

El comentario, con su ligero tono acusatorio, me pone inmediatamente a la defensiva.

—¿Cómo sabes dónde estoy?

—Por favor —responde, sentándose a mi lado en el borde de la fuente—. Soy agente federal. Y he estado protegiéndote durante los últimos cinco años. Tengo mis métodos.

Nos quedamos en silencio por un momento, observando a la gente pasar. Es extraño estar así con él, con esta nueva tensión entre nosotros. Durante tanto tiempo, Mark ha sido mi única constante. Mi protector. Mi ancla en un mundo de incertidumbre.

Y lo he dejado a un lado para estar al lado de Luca.

—¿Por qué has estado evitando mis llamadas? —pregunta finalmente.

—Sabes por qué —respondo—. No habrías aprobado mi... situación actual.

Suelta una risa sin humor.

—¿Te refieres a que estás viviendo con una de las familias mafiosas más peligrosas de Nueva York? ¿A que compartes más que una amistad con un asesino conocido por su brutalidad? No, Katia. No lo apruebo.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. Porque tiene razón, ¿no? Visto desde fuera, lo que estoy haciendo parece una locura. Una traición a todo lo que he sido durante veinte años.

Pero esa no es la verdad. Los Caballero son mucho más que una familia mafiosa.

Sobre todo, Luca es mucho más que un asesino.

Siento la necesidad ardiente de defenderlo.

—No lo conoces —digo, mi voz más débil de lo que quisiera—. No sabes quién es realmente.

—¿Y tú sí? —contraataca—. ¿Después de unas semanas? ¿Crees que conoces a Luca Salvatore mejor que los archivos del FBI que documentan sus crímenes?

Abro la boca para responder, pero Mark no me da oportunidad. Saca un sobre de su chaqueta y me lo entrega.

—Mira esto. Y luego dime si sigues pensando que lo conoces.

Con manos ligeramente temblorosas, abro el sobre. Contiene fotografías. Luca en diversos lugares, con diferentes personas. Algunas parecen reuniones de negocios. Otras son más inquietantes: Luca saliendo de edificios abandonados, manchas oscuras en su ropa que podrían ser sangre. Luca con un cuchillo, junto a un hombre atado a una silla.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—La verdad —dice Mark—. Luca Salvatore no es solo el segundo al mando de Renzo Caballero. Es su ejecutor. El que hace el trabajo sucio. El que tortura y mata por encargo.

Trago saliva, intentando mantener la compostura.

—Sé lo que hace —respondo—. No soy ingenua, Mark. No me ha mentido.

—¿Lo sabes? —pregunta, inclinándose hacia mí—. ¿Sabes que hace tres años ejecutó a toda una familia, incluido un niño de doce años, porque el padre no pagó sus deudas a tiempo?

La imagen me golpea como un puñetazo en el estómago. Un niño. De la edad que tenía Luca cuando fue torturado. No puede ser cierto. No el Luca que conozco, que se despierta sudando por pesadillas donde no puede salvar a otros niños.

—Estás mintiendo —digo, pero hay una semilla de duda en mi voz.

Mark debe notarla, porque presiona más.

—¿Por qué mentiría? He dedicado cinco años de mi vida a mantenerte a salvo, Katia. A diferencia de él, no tengo nada que ganar mintiéndote.

Estoy completamente en shock.

CAPÍTULO 27

KATIA

Mi cabeza todavía está dando vueltas cuando levanto la cabeza y lo veo a lo lejos.

¿Cómo me ha encontrado?

Luca está avanzando por el camino principal del parque. Su rostro es una máscara de furia controlada, sus ojos verdes fijos en mí con una intensidad que me deja sin aliento. Cada paso que da hacia nosotros es deliberado, predatorio, como un lobo acercándose a su presa.

Mark se gira para ver qué ha captado mi atención, y su cuerpo se tensa visiblemente.

—Tenemos que irnos, Katia. Ahora —dice, tomando mi brazo con más fuerza de la necesaria.

Me libero de su agarre con un movimiento brusco.

—No voy a huir, Mark. Luca no me va a hacer ningún daño.

—No entiendes lo que está en juego —insiste, su voz bajando a un susurro urgente—. Ese hombre es peligroso, Katia.

Antes de que pueda responder, Luca está frente a nosotros. La diferencia entre ambos hombres nunca ha sido tan evidente. Mark, con su traje impecable y su postura rígida, parece un profesional competente pero ordinario. Luca, vestido completamente de negro, irradia una fuerza bruta, un poder apenas contenido que hace que el aire a su alrededor parezca cargado de electricidad.

—Donovan —saluda Luca, su voz engañosamente suave—. Qué conveniente encontrarte teniendo una conversación con Katia.

Mark da un paso adelante, colocándose ligeramente frente a mí en un gesto protector que ahora me parece molesto. No necesita defenderme de Luca. Si de algo estoy segura en esta vida es que nunca me haría daño.

—Salvatore. Esto no te concierne. Katia y yo tenemos asuntos que discutir.

La sonrisa que curva los labios de Luca no tiene nada de humor. Es el tipo de sonrisa que un depredador muestra justo antes de atacar.

—Todo lo relacionado con Katia me concierne.

Sus ojos se desvían hacia mí, y por un momento, veo algo más allá de la furia. Dolor. Preocupación. Miedo. Emociones que nunca asociaría con Luca.

—¿Estás bien? —me pregunta, ignorando completamente a Mark.

—Estoy bien —respondo, sorprendida por la firmeza de mi voz—. ¿Cómo me encontraste?

—Tu teléfono —admite sin una pizca de remordimiento—. Le pedí a Tony que lo rastreara después de que Renzo me confirmase que no estabas en casa.

Debería sentirme indignada por esta invasión de mi privacidad, pero lo único que siento es un extraño alivio. Una parte de mí, la parte que nunca ha dejado de estar alerta, de esperar lo peor, está agradecida de que alguien siempre sepa dónde encontrarme.

De que me cuide con esta ferocidad.

Mark suelta una risa seca.

—¿Ves lo que te digo, Katia? Te está controlando. Vigilando. Esto no es protección, es posesión.

Luca da un paso amenazador hacia Mark, pero me interpongo entre ambos. Lo último que necesito es una pelea en medio de Central Park.

—Basta, los dos —ordeno—. Estamos en un lugar público. Comportaos como adultos.

Para mi sorpresa, Luca retrocede inmediatamente. Mark parece momentáneamente desconcertado, como si no esperara que Luca me obedeciera.

—Katia —dice Luca, su voz más suave ahora—. Necesito hablar contigo. En privado.

—No vas a llevártela —interviene Mark—. No después de lo que he descubierto sobre ti.

Luca arquea una ceja, su expresión transformándose en algo peligrosamente divertido.

—¿Y qué has descubierto exactamente, Donovan?

—Le he mostrado a Katia lo que realmente eres —responde Mark, sacando las fotografías del sobre—. Un asesino. Un torturador. Un monstruo que mata a familias enteras, incluidos niños.

La última acusación hace que algo cambie en el rostro de Luca. Un destello de algo tan crudo, tan visceral, que casi puedo sentir su dolor físicamente.

—¿Eso le has dicho? —pregunta, su voz apenas un susurro—. ¿Que yo mataría a niños?

Hay tanta incredulidad, tanta ira contenida en esas palabras que, por un instante, me pregunto si he cometido un error terrible al dudar de él, incluso por un segundo.

Mark mantiene su postura, pero noto un ligero temblor en su mano.

—Tengo pruebas. Fotografías. Testimonios.

—Fabricados —responde Luca, sus ojos entrecerrados—. Igual que todo lo que le has dicho a Katia durante cinco años.

El aire entre nosotros se espesa con tensión. Mark se tensa visiblemente, sus ojos moviéndose rápidamente entre Luca y yo.

—¿De qué está hablando? —pregunto, una sensación de inquietud creciendo en mi estómago.

Luca me mira directamente, y hay una suavidad en sus ojos que contrasta con la dureza del resto de su expresión.

—Donovan no es como crees que es, Katia. Nunca lo ha sido.

—No lo escuches —interrumpe Mark—. Está manipulándote. Es lo que hacen los hombres como él.

—¿Hombres como yo? —repite Luca, dando un paso más cerca—. ¿Y qué tipo de hombre eres tú, Donovan? ¿El tipo que vende a la mujer que supuestamente protege por cinco millones de dólares?

Las palabras caen entre nosotros como una bomba. Siento que el suelo se tambalea bajo mis pies. No puede ser cierto. No Mark. No el hombre que ha sido mi única constante durante cinco años.

—Está mintiendo —dice Mark, pero hay algo en su voz, una nota falsa que nunca había notado antes—. Por supuesto que diría eso. Haría cualquier cosa para mantenerte a su lado. ¿A caso tienes pruebas de lo que estás diciendo? —pregunta dirigiéndose a Luca.

Luca niega con la cabeza, sus ojos nunca dejan los míos.

—No las tengo. Aún no. Solo tengo el testimonio de un lugarteniente de Smirnov que capturamos esta mañana. Pero estoy cerca, Katia. Muy cerca de probar que Donovan ha estado en nómina de Smirnov durante años.

Mark suelta una risa de alivio.

—¿Lo ves? No tiene nada. Solo acusaciones basadas en el testimonio de un criminal que diría cualquier cosa bajo tortura.

—¿Y por qué mencionaría específicamente tu nombre? —contraataca Luca —. ¿Por qué hablaría de cinco millones de dólares? ¿De una entrega programada para hoy?

Un escalofrío me recorre la columna. Es demasiada coincidencia. Demasiado específico.

—Mark —digo, mi voz temblorosa—. Dime que no es cierto.

Algo cambia en su expresión. Una sombra, un cálculo, que nunca había visto antes.

—Katia, piensa racionalmente. ¿A quién vas a creer? ¿Al hombre que te ha protegido durante años o a un asesino a sueldo que acabas de conocer?

La pregunta debería ser fácil de responder. Lógicamente, debería confiar en Mark. En su historial. En nuestro pasado compartido.

Pero nadie jamás me ha hecho sentir como lo hace Luca. Nadie me ha hecho sentir tan segura, tan importante, tan apreciada. Todo mi sistema se revela contra no confiar en él.

Hay algo en la forma en que Luca me mira. Una honestidad cruda, una vulnerabilidad que contradice todo lo que sé sobre los hombres como él.

Antes de que pueda responder, Luca da un paso hacia mí, su postura protectora pero no posesiva.

—Katia —dice, y su voz está cargada de una emoción cruda—. No voy a pedirte que elijas entre él y yo. No es justo. Pero necesito que sepas algo — hace una pausa, como si estuviera reuniendo valor—. Te amo. Probablemente desde el momento en que te vi en ese maldito baño turco. Y sea cual sea tu decisión, la respetaré. No te obligaré a estar conmigo. Pero no puedes confiar en Donovan. Te llevaré a donde haga falta para que estés a salvo. Lejos de nosotros dos. Te protegeré desde las sombras.

Sus palabras me golpean con la fuerza de una avalancha. Porque en ese momento, con esa declaración, Luca Salvatore me ha dado el regalo más precioso que he recibido jamás: la libertad de decidir mi propio destino, sin condiciones, sin manipulaciones.

Miro a Mark, buscando en su rostro al hombre que ha sido mi protector, mi constante, pero lo que veo es algo diferente. Una tensión calculadora, una

frialdad que nunca había notado antes.

—No lo estarás considerando en serio —dice, su voz endureciéndose—. ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Cinco años en los que nunca me diste una elección real —respondo, la verdad revelándose ante mí como una cortina que se descorre—. Cinco años en los que me mantuviste dependiente de ti. Asustada. Sola.

—Te mantuve viva —insiste.

—¿Para qué? —pregunto.

Mi pregunta cuelga en el aire entre nosotros. Y es la falta de negación inmediata de Mark lo que me da la respuesta que necesito.

Me giro hacia Luca, que me observa con una mezcla de esperanza y resignación. Como si ya hubiera aceptado que va a perderme, pero estuviera dispuesto a luchar hasta su último aliento de todos modos.

Y en ese momento, mi decisión está tomada. Tal vez lo ha estado desde el principio.

Doy un paso hacia él, luego otro, hasta que estoy lo suficientemente cerca para sentir su calor, para ver cada matiz de verde en sus ojos.

—Te elijo a ti —digo simplemente—. Elijo confiar en ti. Elijo creer en ti.

La transformación en su rostro es asombrosa. Como si un peso inmenso hubiera sido levantado de sus hombros. Como si le hubiera dado algo que nunca esperó recibir.

—Katia... —comienza, pero no termina la frase.

Porque detrás de mí, escucho el inconfundible sonido de un arma siendo amartillada.

—Mala elección —dice Mark, su voz tan fría que apenas la reconozco.

Me giro lentamente para encontrarlo apuntándonos con una pistola, toda pretensión de agente protector desvanecida. En su lugar, veo a un hombre calculador, peligroso, cuyos ojos ya no intentan ocultar su verdadera naturaleza.

—Tantos años —dice, negando con la cabeza—. Tantos años manteniéndote a salvo, esperando el momento adecuado. Y lo tiras todo por la borda por este... criminal.

—El único criminal aquí eres tú —responde Luca, dando un paso para colocarse parcialmente frente a mí—. Un hombre que traiciona su juramento.

Que vende a la persona que debería proteger.

Mark sonríe, una sonrisa fría que nunca le había visto.

—Los negocios son negocios, Salvatore. Y Katia es un negocio muy lucrativo.

Con su mano libre, saca un teléfono y marca un número. Cuando habla, lo hace en un ruso fluido que nunca le había escuchado usar.

—Es la hora. La tengo. Estamos en la zona norte de la fuente. —Una pausa —. Sí, Salvatore está aquí. Elimínenlo.

La traición es completa. El hombre en quien confié mi vida acaba de ordenar mi entrega y la ejecución de Luca.

Antes de que pueda procesar completamente lo que está sucediendo, un disparo rasga el aire. Un árbol a pocos metros de nosotros estalla en astillas. Sofia grita una advertencia, y Luca me empuja al suelo, cubriendo mi cuerpo con el suyo.

—¡Francotiradores! —grita, y siento más que veo cómo saca una pistola de su cintura.

Más disparos. Gritos de transeúntes que huyen en pánico. Y sobre todo el caos, la voz de Mark, extrañamente calmada:

—Deberías haberme elegido a mí, Katia. Habría sido mucho más sencillo.

Luca me arrastra tras la fuente de Bethesda, el mármol proporcionando una cobertura temporal contra las balas que llueven sobre nosotros.

—¿Confías en mí? —pregunta, sus ojos fijos en los míos mientras recarga su arma con movimientos precisos, automáticos.

—Con mi vida —respondo, y nunca he dicho palabras más verdaderas.

Una sonrisa feroz curva sus labios.

—Entonces salgamos de aquí. Juntos.

—Espera —le grito preocupada—. Tenemos que llevarnos a Sofia.

—No te preocupes por ella. Sabe cuidarse sola —asegura con tanta convicción que no se me ocurre cuestionarlo.

Y mientras el caos estalla a nuestro alrededor, mientras la traición se revela en toda su magnitud, siento una extraña calma. Porque por primera vez en mi vida, no estoy huyendo sola.

Tengo a alguien a mi lado. Alguien que mataría por mí, que moriría por mí.

Alguien que, contra toda probabilidad, me ama.

CAPÍTULO 28

KATIA

Las balas silban a nuestro alrededor como avispas mortales. El mármol de la fuente estalla en fragmentos que llueven sobre nosotros mientras Luca me mantiene pegada al suelo, su cuerpo como un escudo humano sobre el mío.

—Cuando diga tres, corremos hacia los árboles —susurra en mi oído, su aliento cálido contra mi mejilla—. No te separes de mí. Pase lo que pase.

Asiento, el corazón martilleando en mi pecho. Nunca he estado en un tiroteo. Veinte años huyendo, y nunca tan cerca de la muerte como ahora.

Luca se asoma brevemente por el borde de la fuente, evaluando la situación. Una bala pasa tan cerca de su cabeza que puedo jurar que mueve su cabello. No se inmuta.

—Uno —comienza, comprobando su arma con movimientos precisos, mecánicos—. Dos...

Antes de llegar a tres, un nuevo tiroteo estalla a nuestra izquierda. Gritos diferentes, órdenes en italiano. Luca sonríe, una expresión feroz que transforma su rostro.

—Renzo —dice, y hay tanto alivio como admiración en su voz—. Siempre a tiempo.

—¿Renzo está aquí? —pregunto, sorprendida.

—¿Creías que vendría solo? —responde, su sonrisa ampliándose—. Somos una familia, Katia. Nos protegemos.

Esa palabra. Familia. Hace que algo se retuerza en mi pecho, una emoción tan intensa que casi duele.

—¡Tres! —grita de repente, y me arrastra hacia los árboles.

Corremos agachados, zigzagueando entre las balas que impactan en el suelo a nuestro alrededor. Luca me mantiene delante de él, su cuerpo siempre entre las balas y yo. Puedo sentir su mano en mi espalda, guiándome, protegiéndome.

Llegamos a la cobertura de un grueso roble justo cuando una nueva ráfaga de disparos rasga el aire donde estábamos segundos antes. Luca me empuja

contra el tronco, su cuerpo presionado contra el mío, su respiración agitada pero controlada.

A unos metros de nosotros, veo a Sofia corriendo entre los árboles con una agilidad sorprendente. Y lo más impactante: lleva una pistola en la mano, disparando con precisión mortal. Nada en ella recuerda a la chica despreocupada que conozco. Esta es una guerrera entrenada.

El alivio recorre todo mi cuerpo.

Renzo aparece a su lado, moviéndose con la gracia letal de un depredador. Su traje impecable está ahora salpicado de polvo y astillas, pero su expresión es de calma absoluta mientras dispara con precisión quirúrgica.

—¡Por aquí! —grita hacia nosotros, señalando un sendero entre los árboles.

Luca me toma de la mano y corremos hacia ellos. El mundo a nuestro alrededor es un caos de gritos, disparos y sirenas a lo lejos. La policía no tardará en llegar, lo que complicará todo aún más.

A medio camino, veo a Mark. Está parapetado tras un banco de piedra, hablando frenéticamente por teléfono mientras sostiene su arma. Cuando nos ve, apunta directamente hacia mí.

El tiempo parece ralentizarse. Veo su dedo tensarse en el gatillo. Veo la determinación fría en sus ojos. Este hombre, que fue mi protector, está a punto de matarme.

No cierro los ojos. Si voy a morir, quiero ver quién me arrebata la vida.

Pero el disparo nunca llega. En su lugar, el pecho de Mark florece en rojo. Una, dos, tres veces. Su cuerpo se sacude con cada impacto antes de desplomarse sobre el banco.

Me giro para ver a Renzo bajando su arma, el humo aun saliendo del cañón. Su expresión es de fría satisfacción.

—Nadie amenaza a mi familia —dice simplemente, como si acabara de aplastar un insecto molesto.

No hay tiempo para procesar lo que acabo de ver. Luca tira de mí, urgiéndome a seguir corriendo. Detrás de nosotros, los hombres de Smirnov siguen disparando, pero ahora están divididos, algunos concentrados en el grupo de Renzo.

Llegamos a un claro donde dos SUV negros esperan con los motores encendidos. Hombres armados nos cubren mientras corremos hacia los

vehículos.

—¡Adentro! —ordena Luca, prácticamente lanzándome al asiento trasero del primer SUV.

Se desliza junto a mí mientras Renzo toma el volante. Sofia salta al segundo vehículo, que inmediatamente se separa de nosotros, tomando una dirección diferente.

—¡Agáchate! —grita Luca, empujando mi cabeza hacia abajo mientras los cristales de la ventana trasera suenan por los disparos. No estallan, por lo que deduzco que los cristales son antibalas.

Renzo conduce como un demonio, tomando curvas cerradas a velocidades imposibles. Los neumáticos chillan contra el asfalto mientras salimos del parque y nos sumergimos en el tráfico de Manhattan.

—¿Nos siguen? —pregunta Renzo, sus ojos nunca abandonan la carretera.

Luca se gira para mirar por la ventana trasera destrozada.

—Dos coches. Sedan negro y SUV plateada.

Renzo maldice en italiano, un sonido musical a pesar de su significado.

—Sujetaos.

El coche da un giro brusco, metiéndose en un callejón tan estrecho que los espejos laterales raspan las paredes. Salimos a otra calle, zigzagueando entre el tráfico con una habilidad que desafía la física.

—¡Agáchate! —vuelve a ordenar Luca cuando un nuevo disparo suena peligrosamente cerca.

Me presiona contra el asiento, su cuerpo cubriéndome completamente. Siento el calor de él, el latido de su corazón contra mi pecho. Rápido pero constante. No tiene miedo. Está en su elemento.

Renzo toma otra curva imposible y luego se mete en lo que parece ser un garaje subterráneo. Las puertas metálicas se cierran tras nosotros con un estruendo final.

—¿Los hemos perdido? —pregunto, mi voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma.

—Por ahora —responde Renzo, apagando el motor—. Pero no tardarán en encontrarnos. Tenemos que movernos.

Salimos del coche y me sorprendo al descubrir que estamos en un enorme garaje lleno de vehículos de lujo. Renzo se dirige a un Audi negro diferente al

que acabamos de abandonar.

—Vamos a cambiar de coche —explica Luca, guiándome con una mano en la parte baja de mi espalda—. Procedimiento estándar.

En menos de un minuto estamos de nuevo en movimiento, esta vez en un coche que no tiene marcas de balas ni cristales agrietados. Renzo conduce más tranquilo ahora, mezclándose con el tráfico como un ciudadano normal.

—¿Sofia? —pregunto, recordando de repente que nos separamos.

—Estará bien —asegura Luca—. Ha tomado otra ruta con Carlo. Nos encontraremos en el punto seguro.

Me permito relajarme ligeramente, recostándome en el asiento. La adrenalina comienza a abandonar mi cuerpo, dejando tras de sí un cansancio abrumador y un temblor que no puedo controlar.

Luca lo nota inmediatamente. Sin decir palabra, se quita su chaqueta y la coloca sobre mis hombros. El gesto es tan simple, tan íntimo, que hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

—Mark está muerto —digo, la realidad golpeándome finalmente—. Cinco años y... simplemente se acabó.

—Lo siento —dice Luca, y puedo sentir que lo dice en serio—. Sé lo que significaba para ti, a pesar de todo.

—No sé qué sentir —confieso—. Una parte de mí quiere llorar por el hombre que creí conocer. Otra parte quiere odiarlo por traicionarme.

—Puedes hacer ambas cosas —responde suavemente—. Las personas no son solo buenas o malas, Katia. Incluso alguien como Donovan podía tener momentos de bondad genuina.

Su comprensión, su capacidad para ver matices donde yo solo veo blanco y negro, me sorprende. Este hombre, que el mundo etiqueta como un monstruo, tiene una sabiduría emocional que muchos «buenos hombres» nunca alcanzarán.

Renzo nos lleva por un laberinto de calles secundarias, asegurándose de que nadie nos sigue. Eventualmente, salimos de la ciudad, dirigiéndonos hacia lo que parece ser un área industrial abandonada.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A una casa segura —responde Renzo—. Necesitamos reagruparnos antes de volver a la mansión. Asegurarnos de que no nos siguen.

El edificio al que llegamos parece una fábrica abandonada desde fuera, pero el interior revela un espacio sorprendentemente confortable. Sofás, una cocina pequeña pero bien equipada, y lo que parece ser un arsenal en una habitación lateral.

Sofia ya está allí. Levanta la vista cuando entramos, una sonrisa aliviada iluminando su rostro.

—Empezaba a preocuparme —dice, aunque su tono sugiere lo contrario—. ¿Todo bien?

—Sin heridos —confirma Renzo, dirigiéndose directamente a un armario de licores—. Necesitamos un plan.

Sofia se acerca a mí, estudiándome con ojos críticos.

—¿Cómo estás, testigo X? ¿Es tu primera vez en un tiroteo?

—Sorprendentemente, sí —respondo, intentando igualar su tono ligero—. Veinte años huyendo y nunca había estado tan cerca de morir.

—Bienvenida al club —sonríe, pero hay una gentileza en sus ojos que contradice su actitud despreocupada—. La primera vez es la peor. Luego te acostumbras.

—No quiero acostumbrarme —digo honestamente.

Sofia intercambia una mirada con Luca que no sé interpretar.

—Nadie quiere —dice finalmente—. Pero es mejor que la alternativa.

Luca me guía hacia un sofá, sentándose a mi lado, pero manteniendo una distancia respetuosa. —Necesitas descansar —dice—. Ha sido... intenso.

Una risa incrédula escapa de mis labios.

—¿Intenso? Acabo de descubrir que el hombre en quien confié durante años me vendió a la mafia rusa. Lo he visto morir. Y casi nos matan a todos. Creo que «intenso» se queda corto.

—Tienes razón —concede con una pequeña sonrisa—. ¿Apocalíptico?

A pesar de todo, me encuentro sonriendo.

—Mejor.

Renzo regresa con vasos de whisky para todos.

—Por sobrevivir otro día —brinda, levantando su vaso.

Todos bebemos. El alcohol quema mi garganta, pero el calor que se extiende por mi cuerpo es bienvenido.

—¿Y ahora qué? —pregunto, la pregunta que ha estado rondando mi mente desde que escapamos.

—Ahora planeamos nuestro siguiente movimiento—responde Renzo—. Smirnov sabe que estás con nosotros. No se detendrá.

Miro a Luca, que ha permanecido en silencio durante este intercambio. Sus ojos verdes me estudian con una intensidad que me deja sin aliento.

—Necesito aire —digo de repente, levantándome—. Solo... un minuto.

Nadie me detiene mientras me dirijo hacia lo que parece ser una puerta trasera. Se abre a un pequeño patio industrial rodeado por una valla alta. El cielo nocturno se extiende sobre mí, las estrellas apenas visibles a través de la contaminación lumínica de la ciudad.

Respiro profundamente, intentando ordenar mis pensamientos. Todo ha cambiado en cuestión de horas. Mark está muerto. Mi vida como la conocía ha terminado. Y ahora estoy aquí, con una familia de criminales que, irónicamente, me han mostrado más lealtad en unos días que la que he recibido en veinte años de protección federal.

Escucho la puerta abrirse suavemente detrás de mí. No necesito girarme para saber quién es.

—¿Estás bien? —pregunta Luca, su voz más suave de lo que la he escuchado nunca.

—No lo sé —respondo honestamente—. Nada de esto es... normal.

Se acerca hasta situarse a mi lado, nuestros hombros casi tocándose. Ambos miramos hacia el cielo en silencio por un momento.

—Lo que dije antes —comienza, su voz baja pero clara—. En el parque. Lo dije en serio.

Mi corazón da un vuelco. Sé exactamente a qué se refiere, pero necesito oírlo de nuevo. Necesito estar segura.

—¿Qué parte? —pregunto, girándome para mirarlo.

Sus ojos encuentran los míos, y hay tanta vulnerabilidad en ellos que me deja sin aliento.

—Te amo, Katia. No sé cómo pasó, ni cuándo exactamente. Solo sé que es la verdad más cierta que he conocido jamás.

Las palabras se sienten como un golpe físico, sacudiendo algo profundo dentro de mí. Nadie me ha dicho esas palabras antes. Nadie ha mirado dentro

de mi alma rota y ha decidido que valía la pena amarla.

—No me conoces —digo, un último intento desesperado de protegerme—. No sabes quién soy realmente.

—Te conozco mejor de lo que crees —responde, acercándose un paso—. Conozco tu fuerza. Tu valentía. La forma en que te preocupas por los demás, aunque el mundo solo te ha mostrado crueldad. La forma en que te despiertas cada mañana y decides seguir luchando, aunque sería más fácil rendirse.

Cada palabra se siente como si estuviera desentrañando las capas que he construido a mi alrededor durante años. Como si pudiera ver directamente a través de todas mis defensas.

—Conozco tus pesadillas —continúa—. Tus miedos. La forma en que tu mano busca un arma que no está ahí cuando te despiertas sobresaltada. La manera en que tus ojos siempre buscan las salidas en cada habitación.

Da otro paso hacia mí, tan cerca ahora que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo.

—Te conozco, Katia Petrova. Y te amo. Con todas tus cicatrices, con todos tus miedos. Te amo completa.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se derraman. No son lágrimas de tristeza, sino de liberación. Como si algo que ha estado atrapado dentro de mí durante décadas finalmente encontrara su camino hacia la superficie.

—No sé si puedo hacer esto —confieso, mi voz quebrándose—. No sé cómo dejarme amar. No sé cómo confiar.

—Yo tampoco —responde con una honestidad que me desarma—. Estoy tan perdido como tú. Pero quiero aprender. Contigo.

Sus manos encuentran mi rostro, sus pulgares secando suavemente mis lágrimas. Su toque es tan gentil, tan reverente, que hace que mi corazón se contraiga dolorosamente.

—No tienes que responder ahora —dice—. No tienes que sentir lo mismo. Solo quería que lo supieras. Que alguien en este mundo te ve. Realmente te ve.

Pero quiero responder. Necesito responder. Porque en este momento, con las estrellas como testigos y el mundo en caos a nuestro alrededor, hay una verdad que ya no puedo negar.

—Te amo —digo, las palabras saliendo como un suspiro—. Y me aterra. Porque nunca he amado a nadie antes. Porque no sé cómo hacerlo sin perderme a mí misma.

Una sonrisa lenta, hermosa, transforma su rostro. No es la sonrisa depredadora que he visto antes. Es algo más suave, más vulnerable. Más real.

—No te perderás —promete—. Te encontrarás. Nos encontraremos juntos.

Sus labios encuentran los míos en un beso que no se parece a ninguno que hayamos compartido antes. No es hambriento ni desesperado. Es tierno, casi reverente. Una promesa sellada sin palabras.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya, nuestras respiraciones mezclándose en el aire frío de la noche.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto.

—Ahora volvemos a la mansión —responde—. Planeamos nuestro próximo movimiento. Y terminamos esto de una vez por todas.

—¿Crees que podemos? —hay duda en mi voz—. ¿Acabar con Smirnov?

La sonrisa que curva sus labios ahora es diferente. Es la sonrisa del depredador que sé que puede ser. Del hombre que mató a tres atacantes con precisión letal para protegerme.

—Smirnov cometió el error de amenazar lo que es mío —dice, y hay una certeza en su voz que hace que un escalofrío recorra mi columna—. Y yo protejo lo que es mío. Con mi último aliento si es necesario.

Debería asustarme su posesividad. Debería recordarme a todas las jaulas de las que he intentado escapar. Pero en cambio, me hace sentir segura. Protegida. Amada.

Porque sé, con una certeza que trasciende la lógica, que Luca Salvatore nunca me encerrará. Que su protección no es una prisión, sino un refugio. Que su amor no es una cadena, sino un ancla en la tormenta.

Tomados de la mano, volvemos al interior. Hacia un futuro incierto pero, por primera vez, enfrentado juntos.

Y mientras Luca abre la puerta, manteniendo su cuerpo ligeramente delante del mío en un gesto protector tan natural que probablemente ni siquiera es consciente de ello, sé que he tomado la decisión correcta.

Porque por primera vez en mi vida, no estoy huyendo de algo.

Estoy corriendo hacia algo. Hacia alguien. Hacia un hogar.

CAPÍTULO 29

KATIA

La mansión Caballero nunca me había parecido tan imponente como esta mañana. Bajo la luz del amanecer, sus muros de piedra y ventanales reflejan el sol naciente, dándole un aspecto casi irreal. O quizás es el cansancio, las pocas horas de sueño después de la pesadilla en Central Park, lo que hace que todo parezca ligeramente distorsionado.

La noticia de lo sucedido ha corrido como la pólvora entre el personal y los guardias. Puedo sentir sus miradas cuando paso, una mezcla de curiosidad y algo más... ¿respeto? Es extraño pensar que, en este mundo, haber sobrevivido a una emboscada y una traición te eleva de alguna manera.

Luca no se ha separado de mi lado desde que regresamos anoche. Como una sombra protectora, siempre cerca, pero dándome espacio para respirar. Para procesar. Es un equilibrio delicado que maneja con una intuición que me sorprende constantemente.

Renzo ha convocado una reunión en su despacho. «Consejo de guerra», lo llamó Sofia con ese tono ligeramente irreverente que usa incluso para los asuntos más serios. Cuando entro, encuentro a todos ya reunidos: Renzo detrás de su escritorio, Sofia sentada casualmente en el borde de una ventana, Valentina en un sillón cercano, y Leone, el médico de la familia, revisando unos documentos.

Luca cierra la puerta tras nosotros, su mano encontrando brevemente la parte baja de mi espalda en un gesto que se ha vuelto familiar. Reconfortante.

—Bien —comienza Renzo, su voz firme pero no severa—. Estamos en una situación complicada. Smirnov sabe que Katia está con nosotros. Ha perdido a su contacto en el FBI y a varios de sus hombres. No se quedará de brazos cruzados.

—Debería irme —digo, las palabras saliendo antes de que pueda pensarlo mejor—. Este es mi problema, no el vuestro. Os he puesto a todos en peligro.

—Jamás —sentencia Luca a mi lado—. Nunca me separaré de ti.

Un silencio tenso cae sobre la habitación. Puedo sentir la mirada de Luca sobre mí, intensa, pero no me atrevo a girarme para enfrentarla.

—No —la respuesta de Renzo es simple, definitiva—. Esa no es una opción.

—Pero...

—Katia —me interrumpe Valentina, su voz suave pero firme—. ¿A dónde irías? ¿Quién te protegería? Mark era tu único contacto en el programa de protección, y ahora sabemos que estaba comprometido. ¿Cuánto tiempo crees que pasaría antes de que Smirnov te encontrara de nuevo?

Sus palabras me golpean con la fuerza de la verdad. Sin Mark, sin el FBI respaldándome, estaría completamente sola. Más vulnerable que nunca.

—Además —añade Sofia—, si te vas, Luca se volverá completamente insoportable. Y francamente, ninguno de nosotros quiere lidiar con eso.

A pesar de la tensión, una pequeña sonrisa se forma en mis labios. Finalmente me atrevo a mirar a Luca, cuyos ojos no se han apartado de mí ni un segundo. Su expresión es una mezcla de determinación y algo más vulnerable que hace que mi corazón se acelere.

—No voy a dejarte ir —dice simplemente, como si fuera la verdad más obvia del mundo—. Ni ahora. Ni nunca.

—No se trata solo de lo que quieras —respondo, aunque sin verdadera convicción—. Se trata de lo que es más seguro para todos.

Renzo se inclina hacia adelante, sus manos entrelazadas sobre el escritorio. —Déjame ser claro, Katia. Esta no es solo tu lucha ahora. Smirnov atacó a miembros de mi familia en suelo americano. Eso lo convierte en mi problema. Y los Caballero no huimos de nuestros problemas. Los eliminamos.

La frialdad con la que pronuncia esas últimas palabras me recuerda exactamente quién es este hombre. No el anfitrión amable o el esposo devoto de Valentina, sino el líder de una de las familias criminales más poderosas de Nueva York.

—Hay algo que necesitáis saber —digo finalmente, tomando una decisión —. Algo que he mantenido en secreto durante veinte años. Solo se lo he contado a Luca.

Todos los ojos se fijan en mí con renovado interés. Incluso Leone deja sus documentos para prestarme total atención.

—Las pruebas que Smirnov busca... existen —continúo, mi voz más firme ahora—. Mi padre no solo recopiló información sobre las operaciones de

lavado de dinero. Documentó cada asesinato, cada soborno, cada trato ilícito que Smirnov realizó durante los años 90. Nombres, fechas, lugares. Todo.

—¿Y sabes dónde están esas pruebas? —pregunta Renzo, su tono cuidadosamente neutral.

Asiento.

—Mi padre creó múltiples copias. La noche que vinieron por nosotros, me dijo dónde había escondido una de ellas. Me hizo memorizar las instrucciones. Me dijo que era mi seguro de vida, que nunca se lo contara a nadie, ni siquiera al FBI.

—¿Por qué no las has usado en todos estos años? —pregunta Sofia, genuinamente curiosa—. Podrías haber acabado con Smirnov hace tiempo.

—Al principio, era demasiado joven para entender completamente lo que tenía —explico—. Cuando crecí y comprendí su valor, también entendí que usarlas significaría exponerme. El programa de protección de testigos me mantenía anónima, invisible. Si hubiera presentado esas pruebas, habría tenido que testificar.

—Y convertirte en un blanco aún mayor —concluye Luca, su voz cargada de comprensión.

—Exacto —confirmo—. Además, con el tiempo, me di cuenta de que esas pruebas son lo único que me mantiene con vida. Smirnov no puede matarme hasta que las encuentre.

—Hasta ahora —dice Renzo, captando inmediatamente la implicación—. Porque ahora sabe que estás con nosotros, y teme que nos las entregues.

—O peor —añade Leone, hablando por primera vez—. Teme que ya lo hayas hecho y estemos planeando usarlas contra él.

Un silencio contemplativo cae sobre la habitación mientras todos procesan esta nueva información. Finalmente, es Luca quien rompe el silencio.

—Podemos usar eso —dice, su mente estratégica trabajando visiblemente —. Las pruebas. Podemos ofrecerle un trato.

Renzo asiente lentamente, siguiendo su línea de pensamiento.

—Las pruebas a cambio de la seguridad de Katia. Un acuerdo formal de paz.

—¿Creéis que aceptaría? —pregunto, escéptica—. ¿Después de todo este tiempo?

—Si las pruebas son tan incriminatorias como dices, no tiene otra opción —responde Renzo—. La alternativa sería que las entreguemos a las autoridades o, peor aún, a sus rivales.

—Es arriesgado —interviene Valentina—. Smirnov podría fingir aceptar y luego intentar eliminaros a todos.

—Por eso necesitamos un plan B —dice Luca, sus ojos encontrando los míos—. Y un plan C. Y probablemente un plan D.

A pesar de la gravedad de la situación, no puedo evitar una pequeña sonrisa. Es tan típico de él, siempre preparado para lo peor.

—¿Dónde están las pruebas exactamente? —pregunta Renzo.

Dudo un momento. Este es el secreto que he guardado toda mi vida adulta. La última carta que me queda por jugar.

—En una caja de seguridad —respondo finalmente—. En un banco de Zurich. Mi padre la abrió bajo un nombre falso semanas antes de... antes de que vinieran por nosotros.

Renzo asiente, procesando la información.

—Bien. Enviaré a alguien de confianza a recuperarlas inmediatamente.

—Iré yo —dice Luca, su tono no dejando espacio para discusión.

Renzo lo considera un momento y luego asiente.

—Muy bien. Luca irá a Zurich. Mientras tanto, estableceré contacto con Smirnov para acordar un encuentro.

—¿Vamos a decirle que tenemos las pruebas? —pregunto.

—No —responde Renzo—. Solo le diremos que tenemos algo que le interesa. Que estamos dispuestos a negociar. Eso lo mantendrá interesado sin revelar nuestras cartas.

Mientras los demás discuten los detalles logísticos, Luca se acerca a mí, su mano encontrando la mía en un gesto discreto pero significativo.

—No me gusta dejarte —murmura, solo para mis oídos—. Ni siquiera por unos días, pero esas pruebas son tan importantes para tu seguridad que no me siento cómodo con que nadie más las maneje.

—Estaré bien, aunque no quiero que te vayas —respondo, apretando su mano—. Estaré aquí, rodeada de guardias armados hasta los dientes. Tú eres quien va a meterse en territorio hostil.

Una sonrisa torcida curva sus labios.

—He sobrevivido a cosas peores.

—Más te vale que sobrevivas a esta también.

La reunión continúa con detalles sobre comunicaciones seguras, lugares potenciales para el encuentro, y la logística de la recuperación de las pruebas. Para cuando terminamos, ya es mediodía y tenemos un plan.

Luca partirá esa misma tarde hacia Zurich. Renzo establecerá contacto con Smirnov para proponer una reunión en terreno neutral. Y yo... yo esperaré, protegida por la fortaleza Caballero, hasta que sea el momento de enfrentarme al hombre que ha sido el fantasma de mis pesadillas durante veinte años.

Tres días después, estoy de pie junto a Luca en un almacén abandonado en los muelles. El lugar ha sido cuidadosamente preparado: los hombres de Renzo ocultos en posiciones estratégicas, rutas de escape establecidas, francotiradores en los tejados cercanos. Nada se ha dejado al azar.

Luca regresó anoche de Zurich con las pruebas: un disco duro encriptado y documentos originales que mi padre había recopilado meticulosamente. Verlos después de tantos años fue como enfrentarme a un fantasma. El último legado de mi padre, su forma de protegerme incluso después de la muerte.

—¿Estás lista? —pregunta Luca, su voz baja y firme.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz. El miedo y la anticipación se mezclan en mi estómago como una tormenta. Después de veinte años huyendo, finalmente voy a enfrentarme a Nikolai Smirnov cara a cara.

—Recuerda —dice, sus ojos verdes fijos en los míos—. Pase lo que pase, no te separes de mí. Si algo sale mal, nos vamos. Inmediatamente. Sin discusiones.

—Sin discusiones —confirmo, agradecida por su firmeza en este momento.

El sonido de coches aproximándose interrumpe nuestra conversación. Luca se tensa visiblemente, su mano moviéndose instintivamente hacia la pistola oculta bajo su chaqueta.

—Es la hora —dice Renzo, acercándose desde las sombras—. Mantened la calma y seguid el plan.

Las puertas del almacén se abren y tres SUVs negros entran lentamente. Del primero descienden cuatro hombres armados que rápidamente escanean el

área. Del segundo emerge un hombre que reconozco como Dimitri, el lugarteniente de Smirnov. Y finalmente, del tercer vehículo, sale él.

Nikolai Smirnov.

Es más viejo de lo que recordaba, por supuesto. El cabello que alguna vez fue negro ahora está salpicado de gris, y líneas profundas marcan su rostro. Pero sus ojos... sus ojos son exactamente como los recuerdo. Fríos. Calculadores. Completamente desprovistos de compasión.

Me siento de nuevo como esa niña de siete años, temblando en un sótano oscuro. Pero esta vez no estoy sola. Esta vez tengo a Luca a mi lado, su presencia sólida como una roca, recordándome que ya no soy aquella niña indefensa.

—Señor Caballero —saluda Smirnov, su acento ruso más marcado de lo que esperaba—. Agradezco que haya propiciado este encuentro.

—Señor Smirnov —responde Renzo con igual formalidad—. Vayamos al grano. Tenemos algo que le interesa. Usted tiene algo que queremos.

Smirnov sonríe, una expresión que no alcanza sus ojos. —Y supongo que ese «algo» es la pequeña Ekaterina Volkova. O debería decir, la doctora Katia Petrova.

Escuchar mi nombre real en sus labios me provoca un escalofrío. Un nombre con el que ya no me identifico. Luca lo nota y da un paso imperceptible más cerca de mí, su cuerpo ligeramente por delante del mío en una postura protectora.

—Mi interés es en las pruebas —responde Smirnov, sus ojos fijos en mí—. Las que el traidor de su padre escondió antes de recibir lo que merecía.

La mención casual de la muerte de mi padre hace que la ira reemplace momentáneamente al miedo.

—No era un traidor —digo, mi voz sorprendentemente firme—. Era un hombre honesto en un nido de víboras.

Smirnov ríe, un sonido frío y desagradable.

—Veo que has heredado su imprudencia. No es sabio insultarme, pequeña Katia.

—No estamos aquí para rememorar el pasado —interviene Renzo, su tono profesional—. Estamos aquí para negociar un acuerdo que beneficie a ambas partes.

—¿Y qué propone exactamente? —pregunta Smirnov, volviendo su atención a Renzo.

—Simple. Tenemos las pruebas que ha estado buscando durante veinte años. Se las entregaremos a cambio de que deje en paz a Katia. Permanentemente.

Smirnov arquea una ceja.

—¿Por qué habría de confiar en que me entregarán todas las copias?

—Por la misma razón que nosotros confiaremos en que mantendrá su palabra —responde Renzo—. Porque la alternativa es mucho peor para todos.

Un silencio tenso cae entre ellos mientras Smirnov considera la oferta. Sus ojos se mueven entre Renzo, Luca y yo, calculando, evaluando.

—Muéstreme las pruebas —dice finalmente—. Quiero ver qué estoy comprando.

Luca saca un sobre de su chaqueta y lo coloca sobre la mesa que separa los dos grupos. Dentro hay algunas de las fotografías y documentos menos incriminatorios. Una muestra, no el conjunto completo.

Dimitri recoge el sobre y se lo entrega a Smirnov, quien examina su contenido con expresión impasible. Pero puedo ver el ligero temblor en sus manos, la forma en que su respiración se acelera ligeramente. Reconoce los documentos. Sabe que son auténticos.

—Esto es apenas una fracción —dice, devolviendo los documentos al sobre —. ¿Dónde está el resto?

—En un lugar seguro —responde Luca—. Los recibirá cuando tengamos un acuerdo firmado.

Smirnov lo mira con intensidad.

—¿Y qué me impide simplemente tomar lo que quiero? Tengo hombres rodeando este lugar.

—Y nosotros tenemos francotiradores apuntando a su cabeza —responde Luca con una sonrisa fría—. Además, si algo nos sucede, las pruebas completas serán enviadas automáticamente a las autoridades de cinco países diferentes y a sus principales competidores. ¿Está dispuesto a arriesgarse?

Es un farol, por supuesto. No tenemos tal sistema automático. Pero por la forma en que Smirnov entrecierra los ojos, puedo ver que lo está considerando seriamente.

—¿Qué garantía tengo de que esto terminará aquí? —pregunta Smirnov —. ¿De que no usarán estas pruebas contra mí en el futuro?

—Mi palabra —responde Renzo—. Y un contrato legalmente vinculante que estipula que, a cambio de su compromiso de no buscar venganza contra Katia o cualquier miembro de mi familia, nosotros nos comprometemos a no utilizar estas pruebas contra usted o sus intereses.

—¿Un contrato? —Smirnov suelta una risa seca—. ¿Entre criminales?

—Entre hombres de negocios —corrige Renzo—. Con intereses mutuos en la estabilidad y la paz.

Smirnov me mira de nuevo, sus ojos fríos evaluándome.

—Has sido un problema muy persistente, Ekaterina. Como una espina clavada en mi costado durante veinte años.

—Y usted ha sido la sombra que ha oscurecido cada día de mi vida — respondo, encontrando una fuerza que no sabía que tenía—. Creo que estamos a mano.

Una sonrisa torcida curva sus labios.

—Tienes agallas, como tu padre. Espero que no termines como él.

Luca da un paso adelante, su postura cambiando sutilmente de protectora a amenazante.

—Eso ha sonado como una amenaza, Smirnov.

—Una observación —corrige el ruso, sin inmutarse—. Nada más.

—Entonces, ¿tenemos un acuerdo? —pregunta Renzo, llevando la conversación de vuelta al tema principal. Dándose cuenta de que Luca está a dos segundos de explotar.

Smirnov considera la pregunta durante lo que parece una eternidad. Finalmente, asiente.

—Traigan el contrato. Y las pruebas completas. Terminemos con esto de una vez por todas.

Renzo hace una seña y uno de sus hombres se acerca con un maletín. Dentro hay dos copias de un contrato detallado y un disco duro externo que contiene todas las pruebas.

—Todo está ahí —dice Renzo—. Puede verificarlo antes de firmar.

Smirnov hace un gesto a Dimitri, quien toma el disco duro y lo conecta a un portátil que trae consigo. Pasan varios minutos tensos mientras revisan el

contenido, asegurándose de que todo esté allí.

Finalmente, Dimitri asiente a Smirnov, quien toma un bolígrafo y firma ambas copias del contrato. Renzo hace lo mismo, y luego cada uno toma su copia.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, señor Caballero —dice Smirnov, guardando su copia del contrato—. Espero que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse.

—Lo mismo digo —responde Renzo con una sonrisa tensa.

Smirnov se gira hacia mí una última vez.

—Adiós, Ekaterina Volkova. O quien quiera que seas ahora. Parece que has encontrado protectores poderosos. Úsalos sabiamente.

Y con eso, se da la vuelta y regresa a su vehículo, seguido por Dimitri y sus guardias. Los tres SUVs salen del almacén tan silenciosamente como entraron, dejándonos en un silencio cargado de tensión no resuelta.

Solo cuando el sonido de los motores se desvanece completamente, Luca se permite relajarse ligeramente.

—¿Estás bien? —pregunta, sus ojos estudiando mi rostro con preocupación.

Asiento, incapaz de formar palabras. Veinte años. Veinte años huyendo, escondiéndome, mirando por encima del hombro. Y ahora, en cuestión de minutos, todo ha terminado.

—¿Crees que cumplirá su palabra? —pregunto finalmente.

—Lo hará —responde con certeza—. No por honor, sino por interés propio. No puede arriesgarse. Además —añade, su brazo encontrando mi cintura en un gesto protector—, si intenta algo, tendrá que pasar sobre mi cadáver. Y no soy fácil de matar.

Renzo asiente, satisfecho con el resultado.

—Volvamos a casa. Ha sido un día largo.

Mientras salimos del almacén, con Luca firme a mi lado, una sensación extraña me invade. Libertad. Por primera vez en veinte años, puedo respirar sin miedo. Puedo existir sin esconderme.

Puedo, finalmente, dejar de correr.

Y mientras subimos al coche, con el brazo de Luca rodeándome y su calor envolviéndome como una promesa, me permito pensar en el futuro. Un futuro

que, por primera vez, parece posible.

Un futuro con él.

CAPÍTULO 30

KATIA

Dos meses. Han pasado dos meses desde aquel día en el almacén, desde que Smirnov firmó el acuerdo que me devolvió mi libertad. Sesenta días en los que he aprendido cómo se siente vivir sin miedo, sin mirar constantemente por encima del hombro, sin tener una maleta preparada bajo la cama.

La mansión Caballero ya no me parece ajena. Sus pasillos, sus jardines, sus rincones secretos se han convertido en mi hogar. El hogar que nunca tuve, que nunca me permití tener.

Esta mañana, me detengo frente al espejo de cuerpo entero en nuestra habitación. *Nuestra*. Aún me sorprende la facilidad con la que he aceptado compartir mi espacio, mi vida, con alguien más. Con él.

Mi reflejo no ha cambiado mucho a simple vista. El mismo cabello rubio, los mismos ojos verdes. Pero hay algo diferente. Una suavidad en mi mirada que antes no estaba, una calma que viene de sentirse segura, protegida. Amada.

Y hay algo más. Un secreto que llevo dentro. Un secreto que hoy, finalmente, compartiré con Luca.

Mis manos se deslizan instintivamente hacia mi vientre, aún plano. No hay signos visibles todavía, pero sé que está ahí. Una nueva vida. Una que creé con el hombre que me salvó en todos los sentidos posibles.

El sonido de la puerta abriéndose me saca de mis pensamientos. Luca entra, recién salido de la ducha, con una toalla envuelta en la cintura y gotas de agua aun brillando en su torso musculoso. Incluso después de estos meses, la visión de él sigue dejándome sin aliento.

—¿Admirando la vista? —pregunta con esa sonrisa torcida que hace que mi corazón se acelere.

—Siempre —respondo, sin molestarme en ocultar mi apreciación.

Se acerca, sus movimientos fluidos y predatorios como siempre. Sus brazos me rodean desde atrás, y sus labios encuentran ese punto sensible detrás de mi oreja que me hace estremecer.

—Te he echado de menos esta mañana —murmura contra mi piel—. La cama estaba fría sin ti.

—Solo me he levantado hace una hora —respondo, inclinando la cabeza para darle mejor acceso a mi cuello.

—Demasiado tiempo —sus manos se deslizan por mi cintura, apretándome contra él—. Deberías estar prohibida por ley.

Una risa escapa de mis labios, una risa libre y genuina que se ha vuelto más frecuente en estos meses.

—¿Por qué? ¿Por levantarme temprano?

—Por existir —responde, girándome para mirarme a los ojos—. Por ser tan hermosa que duele mirarte. Por hacerme querer cosas que nunca pensé que querría.

La intensidad en su mirada me deja sin palabras. Este hombre, este guerrero feroz que el mundo ve como un monstruo, me mira como si fuera la cosa más preciosa del universo. Como si cada momento conmigo fuera un regalo que no merece pero que atesora con desesperación.

—¿Qué cosas? —pregunto, genuinamente curiosa.

Sus manos acunan mi rostro, sus pulgares acariciando mis mejillas con una gentileza que contradice la fuerza que sé que poseen.

—Un futuro —responde simplemente—. Una vida que no sea solo supervivencia. Un propósito más allá de la violencia.

Sus palabras hacen que mi corazón se hinche de emoción. Es el momento perfecto, me doy cuenta. El momento de compartir mi secreto.

—Hablando de futuro... —comienzo, mi voz ligeramente temblorosa—. Tengo algo que decirte.

Algo cambia en su expresión. Una tensión sutil que no estaba ahí antes.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Típico de Luca, inmediatamente preocupado por mi bienestar. Sonrío para tranquilizarlo.

—Estoy perfectamente —respondo, tomando sus manos entre las mías—. Mejor que nunca, de hecho.

Lo guío hasta sentarnos en el borde de la cama. Su mirada no se aparta de mí ni un segundo, atenta a cada micro-expresión de mi rostro.

—Luca —digo, respirando profundamente—. Estoy embarazada.

LUCA

El mundo se detiene.

Las palabras flotan en el aire entre nosotros, transformando el oxígeno en algo más denso, más potente. Más real.

Embarazada.

Katia está embarazada.

Lleva a mi hijo en su vientre.

Un torbellino de emociones me atraviesa con tanta fuerza que por un momento no puedo respirar. Alegría. Terror. Orgullo. Miedo. Y por encima de todo, un amor tan feroz, tan primitivo, que amenaza con consumirme por completo.

—¿Luca? —su voz me trae de vuelta—. ¿Estás... estás bien con esto?

La vulnerabilidad en sus ojos me golpea como un puñetazo. ¿Cómo puede dudar? ¿Cómo puede no saber que acaba de darme el regalo más precioso que jamás podría recibir?

—¿Bien? —mi voz suena extraña, áspera con emoción—. Katia, yo...

Las palabras me fallan. Siempre me fallan en los momentos importantes. Así que hago lo único que puedo: la tomo en mis brazos, levantándola como si no pesara nada, y la beso con todo lo que soy, con todo lo que siento, con todo lo que nunca he sabido expresar.

La beso hasta que ambos nos quedamos sin aliento, hasta que siento sus lágrimas mezclándose con las mías que no sabía que estaba derramando.

Cuando finalmente nos separamos, su sonrisa es tan radiante que casi duele mirarla.

—Creo que eso es un sí —dice, riendo suavemente.

—Es un jodido sí —respondo, mi voz cargada de emoción—. Es el sí más grande de toda la historia de los síes.

La deposito suavemente en la cama, arrodillándome frente a ella. Mis manos encuentran su vientre, aún plano, pero ahora infinitamente más precioso.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, asombrado ante la idea de que una vida, nuestra vida, está creciendo ahí dentro.

—Casi ocho semanas —responde, cubriendo mis manos con las suyas—. Lo confirmé ayer.

Ocho semanas. Dos meses. Justo después de que todo terminara con Smirnov. Como si el universo hubiera esperado a que estuviéramos seguros, a

que pudiéramos ofrecerle a esta nueva vida un mundo sin amenazas constantes.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —pregunto, sin poder evitar un tono ligeramente acusatorio.

—Quería estar segura —explica, acariciando mi mejilla—. Y quería encontrar el momento perfecto.

La miro, realmente la miro, y me golpea de nuevo lo increíblemente afortunado que soy. Esta mujer, esta guerrera que ha sobrevivido a lo inimaginable, que ha enfrentado sus demonios y los ha vencido, ahora me está dando el regalo de una familia. De un futuro.

—Te amo —digo, las palabras saliendo como una plegaria—. Te amo tanto que no sé cómo contenerlo dentro de mí.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Yo también te amo. Más de lo que creí posible amar a alguien.

Subo a la cama, atrayéndola hacia mí hasta que está completamente envuelta en mis brazos. Su cabeza descansa sobre mi pecho, justo donde puede escuchar el latido de mi corazón. El latido que ahora tiene un propósito renovado: proteger, amar, cuidar.

—Vamos a ser padres —murmuro contra su cabello, la realidad finalmente asentándose—. Voy a ser padre.

Siento su sonrisa contra mi piel.

—Vas a ser un padre increíble.

—Voy a ser sobreprotector como el infierno —corrijo, ya imaginando los sistemas de seguridad que necesitaré implementar, las precauciones que deberé tomar—. Ese niño o niña va a tener la infancia más segura y feliz que jamás haya existido.

Katia ríe, el sonido vibrando contra mi pecho.

—No lo dudo. Probablemente querrás envolverme en burbujas de plástico durante los próximos siete meses.

—No es mala idea —respondo, solo medio en broma.

Me incorporo de repente, una urgencia apoderándose de mí.

—Necesitamos prepararnos. Hay tanto que hacer. Tenemos que acondicionar una habitación, comprar muebles, juguetes, ropa...

—Luca —me interrumpe, riendo—. Tenemos tiempo. Aún faltan siete meses.

—Siete meses no es nada —insisto, mi mente ya catalogando todo lo que necesitaremos—. Y deberías estar descansando. ¿Has comido bien? ¿Estás tomando vitaminas? Necesito hablar con Leone, asegurarnos de que tengas el mejor cuidado médico.

Katia toma mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarla.

—Respira —ordena suavemente—. Estoy bien. El bebé está bien. Todo está bien.

Exhalo lentamente, intentando calmar la tormenta de pensamientos protectores que amenazan con abrumarme. Tiene razón. Necesito mantener la calma. Por ella. Por nuestro hijo.

—Lo siento —digo—. Es solo que... nunca pensé que tendría esto. Una familia. Alguien a quien amar, que me amara de vuelta. Un hijo.

—Lo sé —responde, su voz llena de comprensión—. Yo tampoco. Durante veinte años, ni siquiera me permití soñar con algo así. Parecía imposible.

La atraigo hacia mí de nuevo, besando su frente, sus mejillas, sus labios. Cada beso una promesa silenciosa. Cada caricia un juramento.

—Nada es imposible contigo —murmuro contra su piel—. Has cambiado todo. Me has cambiado a mí.

Sus manos encuentran mi nuca, sus dedos enredándose en mi cabello mientras me atrae hacia otro beso, este más profundo, más hambriento. El deseo, nunca muy lejos entre nosotros, se enciende instantáneamente.

—¿Es seguro? —pregunto contra sus labios, mis manos ya deslizándose bajo su camiseta—. Para el bebé, quiero decir.

Sonríe contra mi boca.

—Perfectamente seguro. Al menos durante los próximos meses.

No necesito más invitación. En un movimiento fluido, la recuesto sobre la cama, mi cuerpo cubriendo el suyo. La toalla que llevaba en la cintura desaparece en algún momento, y sus ropas pronto siguen el mismo camino.

La tomo con una reverencia que no había sentido antes. Cada caricia, cada beso, está cargado de un nuevo significado. Ya no es solo deseo, aunque Dios sabe que la deseo con cada fibra de mi ser. Es adoración. Es gratitud. Es amor en su forma más pura y primitiva.

Cuando finalmente nos unimos, cuando su cuerpo recibe al mío en ese abrazo íntimo que nunca deja de asombrarme, siento que he encontrado mi lugar en el universo. Aquí, con ella, dentro de ella, creando vida y futuro y esperanza.

Después, mientras yacemos entrelazados, su cabeza sobre mi pecho y mis dedos trazando patrones perezosos en su espalda desnuda, una paz que nunca había conocido me envuelve.

—¿Crees que será niño o niña? —pregunta, su voz soñolienta y satisfecha.

—No me importa —respondo con honestidad—. Solo quiero que esté sano. Y que tenga tus ojos.

—Y tu fuerza —añade ella.

—Y tu corazón —contrarresto.

—Y tu determinación.

Sonrío en la penumbra.

—Pobre criatura si hereda mi terquedad y la tuya. Será imparable.

Su risa suave es el sonido más hermoso que he escuchado jamás.

—Imparable. Me gusta cómo suena eso.

Mientras ella se duerme en mis brazos, mi mente divaga hacia el futuro. Un futuro que ahora incluye tardes en el parque, cumpleaños con pastel, primeros días de escuela. Un futuro donde mi hijo o hija crecerá sabiendo que es amado, protegido, valorado. Todo lo que yo no tuve.

Mis manos se deslizan protectoramente sobre el vientre de Katia. Aún no hay nada que sentir, ningún cambio físico evidente. Y, sin embargo, sé que está ahí. Mi hijo. Nuestra creación. El milagro que nunca supe que necesitaba hasta este momento.

—Te protegeré —susurro a la oscuridad, una promesa para mi hijo nonato —. A ti y a tu madre. Con mi vida si es necesario. Siempre.

Y mientras el sueño finalmente me reclama, una última certeza se asienta en mi alma: por primera vez en mi vida, soy completamente feliz.

KATIA

El sol de la tarde se filtra a través de las cortinas, bañando la habitación en un resplandor dorado. Luca duerme a mi lado, su rostro más relajado de lo que lo

he visto nunca. Las líneas de preocupación que suelen marcar su frente han desaparecido, y parece más joven, casi inocente.

Es un pensamiento que me hace sonreír. Luca Salvatore, el temido sicario de la familia Caballero, parece un niño mientras duerme. Un niño cuya mano, incluso en sueños, descansa protectoramente sobre mi vientre.

No me sorprende su reacción a la noticia. En estas semanas juntos, he aprendido que, bajo esa fachada de dureza y control, Luca es profundamente leal, ferozmente protector con quienes ama. Y ahora tiene una razón más para serlo.

Me deslizo cuidadosamente fuera de su abrazo, sin despertarlo. Necesita descansar después de la noche que pasó reorganizando los sistemas de seguridad de la mansión. Porque por supuesto, esa fue su primera reacción después de la alegría inicial: asegurarse de que estamos completamente protegidos.

Me pongo su camisa, que me queda como un vestido corto, y me acerco a la ventana. Los jardines de la mansión se extienden debajo de mí, verdes y exuberantes en este final de primavera. Puedo ver a Valentina entre los rosales, seleccionando flores para los jarrones del comedor. Sofia está en la piscina, nadando largos con la misma intensidad con la que hace todo. Y Renzo, siempre vigilante, supervisa a los guardias que patrullan el perímetro.

Mi familia. Porque eso es lo que son ahora. Mi familia elegida.

—Ven aquí —la voz ronca de Luca me sobresalta. Se ha despertado y me observa desde la cama, su mirada intensa incluso en la somnolencia—. Hace frío sin ti.

Sonrío y regreso a su lado. Inmediatamente me envuelve en sus brazos, atrayéndome contra su pecho cálido.

—¿Estás bien? —pregunta, sus dedos apartando un mechón de cabello de mi rostro—. Parecías pensativa.

—Estoy perfectamente —respondo, y por primera vez en mi vida, es completamente cierto—. Solo pensaba en lo afortunados que somos.

Su expresión se suaviza, y hay tanta vulnerabilidad en sus ojos que me deja sin aliento.

—Yo soy el afortunado —dice, su mano encontrando mi vientre de nuevo —. Tú me salvaste, Katia. Me diste un propósito más allá de la violencia. Me

diste un futuro.

—Nos salvamos mutuamente —corrijo, porque es la verdad.

Me besa entonces, un beso lento y profundo que promete una vida entera de momentos como este. Cuando nos separamos, apoya su frente contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta.

Frunzo el ceño, intentando recordar si hay alguna fecha especial que haya olvidado.

—¿Viernes?

Sonríe, esa sonrisa torcida que hace que mi corazón se acelere.

—Hoy hace exactamente cuatro meses desde que te vi por primera vez. En aquel baño turco.

El recuerdo me hace sonreír. Yo entrando preocupada al ver a un hombre inmóvil durante tanto tiempo. Él mirándome como si fuera una aparición. La tensión inmediata, la conexión inexplicable.

—Cuatro meses —repito, asombrada—. Parece toda una vida.

—Y a la vez, apenas un instante —completa, sus dedos trazando patrones en mi espalda—. A veces me pregunto qué habría pasado si no hubieras entrado en ese baño turco aquel día.

—El destino habría encontrado otra forma de juntarnos —respondo con una certeza que me sorprende—. Estábamos destinados a encontrarnos, Luca. De una forma u otra.

Me mira con tal intensidad que casi puedo sentir el calor físico de su mirada.

—¿Crees en el destino ahora, doctora?

La pregunta me hace reír. Es la misma que me hizo en mi consulta, aquel día que parece pertenecer a otra vida.

—Creo en nosotros —respondo—. En lo que hemos construido. En lo que seguiremos construyendo.

Sus labios encuentran los míos de nuevo, y esta vez el beso es más urgente, más hambriento. Sus manos recorren mi cuerpo con esa familiaridad que nunca deja de asombrarme, sabiendo exactamente dónde tocar, cómo tocar, para encender cada nervio de mi piel.

—Te necesito —murmura contra mi cuello, su voz ronca de deseo—. Siempre te necesito.

Y me entrego a él, como lo he hecho tantas veces en estos meses. Pero cada vez es diferente, cada vez descubrimos nuevas formas de amarnos, de conectarnos. Cada vez es un regalo que nunca doy por sentado.

Después, mientras yacemos entrelazados, su mano dibujando círculos perezosos en mi vientre, pienso en el largo camino que me ha traído hasta aquí. En la niña asustada en un sótano de Moscú. En la adolescente en constante movimiento. En la mujer que construyó murallas alrededor de su corazón.

Y ahora, en la persona que soy hoy. Amada. Segura. En casa.

—¿En qué piensas? —pregunta Luca, siempre atento a mis cambios de humor.

—En que por fin he dejado de correr —respondo, girándome para mirarlo a los ojos—. En que finalmente tengo un lugar al que pertenecer. Personas a las que pertenecer.

Su sonrisa es suave, casi vulnerable.

—¿Y cómo se siente?

Considero la pregunta por un momento, buscando las palabras exactas para describir esta sensación que aún me resulta tan nueva, tan preciosa.

—Se siente como despertar —digo finalmente—. Como si toda mi vida hubiera estado conteniendo la respiración, y ahora, por fin, puedo respirar libremente.

Luca toma mi mano y la lleva a sus labios, besando cada nudillo con reverencia.

—Respira, entonces —murmura—. Respira profundamente, amor mío. Porque este es solo el comienzo.

Y mientras el sol comienza a ponerse fuera de nuestra ventana, tiñendo el cielo de tonos rosados y dorados, sé que tiene razón. Este es solo el comienzo de nuestra historia. Una historia que, contra todo pronóstico, contra toda lógica, ha encontrado su camino hacia la luz.

Una historia que continuará, día tras día, respiración tras respiración.

Para siempre.

EPÍLOGO

SOFIA

Necesito algo de emoción en mi vida, y lo necesito ya.

Sí, soy médica. Sí, trabajo con mi padre tratando a algunos de los criminales más peligrosos de Nueva York. Y sí, vivo rodeada de la élite de la mafia. Pero, aun así, me aburro hasta la médula.

Mientras camino por los pasillos de la mansión Caballero, pienso en lo irónico que es todo. Valentina, mi mejor amiga desde la infancia, ha encontrado el amor verdadero con el hombre más peligroso de la ciudad y ahora está embarazada, radiante con esa felicidad que solo las mujeres que lo tienen todo pueden exhibir. Katia, la nueva adquisición de la familia, ha domado al psicópata de Luca y también espera un bebé. Y yo... yo sigo aquí, atendiendo heridas de bala y fingiendo que me emociona la perspectiva de otra noche de Netflix con un bol de palomitas.

Pronto estarán demasiado ocupadas con pañales y biberones para recordar que existo. Las dos personas que me mantenían cuerda en este mundo de locos, construyendo sus propias familias mientras yo me quedo al margen. Como siempre.

Necesito adrenalina. Necesito sentir que estoy viva antes de que la soledad me consuma por completo.

Cuando Tony, el guardia personal de Renzo, me intercepta para decirme que el jefe quiere verme en su despacho «inmediatamente», mi corazón da un vuelco de emoción. Renzo nunca me llama a su despacho a menos que sea algo importante. O algo peligroso.

Por favor, que sea peligroso.

Toco dos veces antes de entrar. El despacho de Renzo siempre me ha intimidado un poco, con sus paredes de madera oscura y ese aire de poder contenido. Él está de pie junto a la ventana, su silueta recortada contra la luz del atardecer.

—Sofia —me saluda, girándose con esa elegancia depredadora que nunca pierde—. Gracias por venir tan rápido.

—Como si tuviera otra opción —respondo con una sonrisa descarada—. ¿Para qué soy buena esta vez? ¿Alguien necesita que le extraigan una bala sin hacer preguntas?

Renzo no sonríe. Nunca lo hace cuando se trata de negocios. En su lugar, me indica que me siente mientras él rodea su escritorio y toma asiento frente a mí.

—Tengo una propuesta para ti —dice, estudiándome con esos ojos que parecen ver directamente a través de todas mis defensas—. Una que requiere tus... talentos particulares.

—¿Mis talentos médicos o mi encantadora personalidad? —bromeo, aunque mi pulso ya se ha acelerado por la anticipación.

—Tu capacidad para meterte donde no debes y salir ilesa —responde, y esta vez hay un atisbo de sonrisa en sus labios—. Y tu talento para hacer que la gente confíe en ti cuando no debería.

Ahora sí que tiene toda mi atención. Renzo desliza una carpeta sobre el escritorio hacia mí. Cuando la abro, me encuentro con la fotografía de un hombre que me deja momentáneamente sin aliento.

Alto, de complexión atlética pero elegante. Cabello negro perfectamente peinado hacia atrás. Rasgos que parecen esculpidos en mármol: mandíbula fuerte, nariz recta, labios que sugieren tanto crueldad como sensualidad. Pero son sus ojos los que me atrapan. Azules, fríos, calculadores. Ojos que han visto demasiado y que no revelan nada.

—Matteo Ricci —dice Renzo, interrumpiendo mi escrutinio—. Heredero de la familia Ricci de Boston. Treinta y dos años. Graduado en Harvard. Tomó el control del negocio familiar tras la muerte de su padre hace tres años.

—Guapo —comento, intentando sonar casual—. ¿Qué ha hecho para ganarse tu atención?

—Está expandiéndose hacia Nueva York —la voz de Renzo se endurece—. Silenciosamente. Estratégicamente. Y necesito saber por qué.

Paso las páginas del expediente. Informes de inteligencia, fotografías de Matteo en diversos eventos, detalles sobre sus negocios tanto legítimos como ilegítimos.

—¿Y yo entro en esto porque...?

—Necesito a alguien dentro —responde Renzo—. Alguien que pueda acercarse a él. Ganarse su confianza. Descubrir sus planes.

La implicación es clara, y hace que un escalofrío de excitación recorra mi columna.

—Quieres que lo seduzca.

—Quiero que te infiltres —corrige, aunque ambos sabemos que es lo mismo—. Matteo no confía en nadie. Es calculador, meticuloso y absolutamente despiadado con sus enemigos.

—Suena encantador —murmuro, volviendo a mirar su fotografía—. ¿Por qué yo? Tienes docenas de hombres entrenados para esto.

—Porque él los detectaría en un segundo —responde Renzo—. Pero una mujer hermosa, inteligente, con conexiones en el mundo médico pero aparentemente ajena a los negocios de la familia... eso podría funcionar.

—Me estás pidiendo que traicione a mi familia —digo, aunque no hay verdadera resistencia en mi voz—. Que finja ser alguien que no soy.

—Te estoy pidiendo que protejas a tu familia —corrige—. Si los Ricci se establecen en Nueva York, habrá guerra. Y en las guerras, Sofia, muere gente.

Es un golpe bajo y ambos lo sabemos. Pero es efectivo. La idea de que algo les suceda a las personas que amo hace que mi decisión sea más fácil. Además, ¿qué tengo que perder? Valentina y Katia están construyendo sus propias familias. Mi padre está más interesado en sus investigaciones que en pasar tiempo conmigo. Esta misión, por peligrosa que sea, me ofrece algo que desesperadamente necesito: un propósito.

Vuelvo a mirar la fotografía de Matteo Ricci. Hay algo en sus ojos, algo que va más allá de la frialdad calculadora. Algo que me llama, que me reta a descubrir qué se esconde detrás de esa fachada perfecta.

—¿Y si me descubre? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Estarás por tu cuenta —la honestidad brutal de Renzo es algo que siempre he apreciado—. No podré protegerte sin comprometer toda la operación.

Debería estar aterrorizada. Debería rechazar esta misión suicida. Pero en lugar de miedo, lo que siento es una emoción que no experimentaba en mucho tiempo. Adrenalina pura corriendo por mis venas.

Por fin, algo que rompe la monotonía. Un desafío. Un peligro real.

—¿Cuándo empiezo? —pregunto, cerrando la carpeta con decisión.

Renzo me estudia, como si estuviera evaluando si realmente entiendo en qué me estoy metiendo.

—Mañana por la noche. Matteo estará en el club Inferno. Es tu oportunidad de establecer el primer contacto.

Asiento, mi mente ya trabajando en los detalles. Qué vestir, qué decir, cómo acercarme a un hombre que probablemente tiene detectores de mentiras incorporados.

—Ten cuidado, Sofia —dice Renzo mientras me levanto para irme—. Matteo Ricci no es como los demás hombres que conoces. Hay una razón por la que su propia gente lo llama «Il Principe di Ghiaccio».

—El Príncipe de Hielo —traduzco, sintiendo un cosquilleo de anticipación —. Suena como un reto interesante.

—Los retos interesantes son los que más duelen cuando salen mal — responde, su mirada intensificándose—. No subestimes lo que estás a punto de hacer.

Mientras salgo del despacho, con la imagen de esos ojos azules grabada en mi memoria, siento una inquietud en el fondo de mi estómago. Una premonición, quizás.

Pero también siento algo más: la emoción de lo desconocido, la promesa de aventura, la posibilidad de finalmente encontrar algo que haga que mi corazón lata con la misma intensidad que veo en los ojos de Valentina cuando mira a Renzo, o en los de Katia cuando está con Luca.

Porque si hay algo que he aprendido creciendo en este mundo, es que el verdadero peligro no está en arriesgar tu vida.

Está en descubrir que has estado viva a medias todo este tiempo.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI

¿QUIERES CONOCER LA HISTORIA DE SOFIA?



¿Por qué estoy dispuesta a traicionar a mi familia por el hombre que debería ser nuestro enemigo?

SOFIA: Tengo más agallas que sentido común. Cuando Renzo me pide infiltrarme en la familia Ricci de Boston, seducir a su heredero y espiar sus planes de expansión en Nueva York, incluso yo dudo. Matteo Ricci es conocido por su brillante mente y su absoluta falta de piedad. Lo que nadie esperaba es que tras esa fachada de hielo hubiera un fuego que me consumiría por completo.

MATTEO: Tras la muerte de mi padre, he dedicado mi vida a expandir nuestro imperio más allá de Boston. Cuando Sofia Leone aparece en mi vida, con su sonrisa insolente y ojos que esconden mil secretos, sé que es una trampa de los Caballero. Una trampa en la que caigo voluntariamente.

Entre mentiras y verdades a medias, jugamos un juego mortal donde cada caricia podría ser una traición y cada beso una sentencia de muerte. Y mientras las familias se preparan para una guerra, debo decidir qué vale más: el legado de mi padre o la mujer que debería ser mi enemiga.

«MATTEO: Honor y Traición» es el tercer libro de la serie **ÉLITE CRIMINAL**. Una historia donde la lealtad se pone a prueba y el amor más peligroso podría ser el único camino hacia la redención.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

Violeta Dark crea historias de amor intensas y apasionantes donde mujeres fuertes encuentran un amor que desafía todos los obstáculos. Sus novelas combinan romance, suspense y emoción, garantizando siempre ese final feliz por el que merece la pena luchar.

En sus páginas encontrarás hombres protectores y heroínas valientes, secretos que cambian destinos y una pasión que lo conquista todo. Porque el verdadero amor, ese que hace latir el corazón más fuerte, a veces llega de la forma más inesperada.

Le encanta saber cosas sobre sus lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/VioletaDark